

A. M. Gutierrez de Alba.



DEL CIELO A LA TIERRA



Viaje curioso



152

DEL CIELO Á LA TIERRA



R. 41.732



1
7

152

José M.^a Gutiérrez de Alba.

DEL CIELO Á LA TIERRA



VIAJE CURIOSO

DEL APÓSTOL SAN PEDRO Á ESTE
PÍCARO MUNDO, Y SUS CONSE-
CUENCIAS ENTRE LOS ÁNGE-
LES, ENTRE LOS DIABLOS
Y ENTRE LOS HOM-
BRES.



SEVILLA

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 5.

1896

1931

1931

1931

das las condiciones de perfección que necesitan para el medio en que han de vivir y para llenar los altos fines que el Creador se ha propuesto. Otra de las cosas que deseo probar es la redención por el amor, milagro debido á la mujer humilde y cristiana, cuya santa misión tan olvidada tenemos, según se ve por la educación que le damos.

Dichoso yo si, por medio de la curiosidad, logro que despierten en el corazón de alguna hija de Eva tan nobles propósitos y tan generosos sentimientos.

Desisto, pues, de poner un prólogo á mi libro, y desde luego vamos á entrar en materia.

Es de ustedes servidor humilísimo,

EL AUTOR.

Capítulo primero.

Donde se refiere el interesante monólogo que hizo el señor San Pedro sentado en su portería.

Y va de cuento.

Érase, amigo lector, un cuartito muy chiquito, muy bonito, muy limpito, con dos puertas sumamente estrechas, una de las cuales daba al exterior y otra al interior, como dicen en sus acotaciones los autores dramáticos. La del exterior se comunicaba con una especie de estrecho vestibulo, donde iba á terminar una larguísima escalera, que por entre matorrales y abrojos descendía hasta un globulillo, casi imperceptible, mirado desde el elevadísimo lugar donde abrimos la escena. La puerta del interior se comunicaba por una espaciosa y elegante arcada con el

inmenso pórtico de un majestuoso edificio, cuya arquitectura indescriptible reunía todas las bellezas artísticas que imaginarse puede, tanto en las formas como en la riqueza y brillantez de los materiales.

En uno de los ángulos del cuartito, que empezamos á describir, había una camita estrecha, pero con sábanas, almohadas y colcha tan limpias, como las de la monja más pulcra y escrupulosa, en los tiempos en que acudían al claustro, lleno de comodidades, las personas desengañadas de las miserias de este pícaro mundo.

A un lado de la cama y al alcance de la mano había una ventanita enrejada con su puerta de madera en la parte interior, y otra de un cristal muy diáfano hacia el exterior, lo que facilitaba mirar para afuera sin gran trabajo y evitaba al mismo tiempo el peligro de las corrientes de aire. Cerca de aquel ventanillo se abría una cavidad cónica, especie de embudo ó buzón de correos, que se comunicaba con el interior del gran edificio por medio de un tubo. Sobre esta abertura había un letrero, en que se leía: CONDUCTO DE PETICIONES, pero de tal manera dispuesto, que, según la distancia y el punto de vista que se eligie-

ra, veíase la inscripción en una lengua distinta. Cerca de aquel conducto había otro casi de la misma forma, con su tarjetón correspondiente, que decía: DESPACHO DE GRACIAS É INDULGENCIAS. De ambas aberturas partían sendos alambres, apoyados en la escalera, con sus respectivos aisladores, verdaderos conductores eléctricos por donde se transmitían comunicaciones continuas en todas las lenguas y en todos los tonos, desde tiempo inmemorial; lo cual indica que ni Morse, ni Edison, ni el mismo Franklin, descubriendo el uno y aplicando los otros la electricidad á las necesidades humanas, tienen el mérito que por aquí se les atribuye.

Concluyendo esta descripción, que ya se va haciendo demasiado larga, diremos: que frente á la cama y sobre una mesa había un estante con muchos libros viejos, numerados por siglos, que contenían la estadística de la humana especie, y además un tintero de gran tamaño y unas antiparras. Cerca del estante pendía de un clavo, sólidamente fijo en la pared, un gran manojo de llaves, muchas de ellas enmohecidas; en otro clavo veíanse colgados un paraguas de color carmesí y dos redes: la una de mallas estrechas como para

sacar pescados de todo género, y la otra de mallas muy anchas y con muchas roturas, por cada una de las cuales cabía muy cómodamente un hombre. En el estante había además una tiara y un báculo de antiguo y frecuente uso, y sobre una rinconera veíase una jaula con un gallo que, á juzgar por los espolones, debía ser ya gallo maduro.

Por lo que acabamos de expresar, ya el lector habrá comprendido que aquella habitación era la portería del Cielo, y su morador habitual y obligado el Sr. San Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

En el instante en que principia la acción, objeto de este cuento, acababan de sonar en un reloj, de atuera, las cinco de la mañana.

San Pedro, que acababa de despertar, y que conoció que ya era de día, aplicó el oído, contó las campanadas, sacó los brazos de las coberteras de su limpio lecho, bostezó, se restregó los ojos con ambos puños, se desperezó; y luego, incorporándose lentamente, trazó con el pulgar de la mano derecha la señal de la cruz sobre su frente, que empezaba en el colodrillo; y ciñéndose su túnica, y cubriéndose la cabeza con un gorro en forma de turbante, se sentó en un ancho sillón que tenía

junto á la cabecera y se puso á calzarse sus sandalias

Hecho todo ésto con la indiferencia, precisión y facilidad á que predispone la costumbre, tomó del fondo del estante ó armario una botella de cierto licor espirituoso; se echó de él un buen trago; sacó de uno de los bolsillos de su túnica una yerba seca y retorcida; la acercó á una lamparilla, cuya luz estaba ya próxima á extinguirse; y, chupando por uno de los extremos el envoltorio de yerba, se arrellanó en su sillón, arrojó al viento algunas bocanadas de humo, y pronunció á media voz el siguiente monólogo:

—Pues señor, hace muy cerca de diez y nueve siglos que desempeño la plaza de portero de las mansiones celestiales. Dificilmente se podrá hallar quien haya poseído un empleo, de esta ó de otra naturaleza, por un período tan dilatado. Confieso que ya me va cansando la portería. Por otra parte, el oficio da tan poco que hacer, sobre todo en los últimos tiempos, que casi no merece la pena de que un santo como yo ocupe una plaza tan insignificante. Otras veces no dejaba de venir alguna que otra alma á solicitar (con buenos títulos, eso sí) un lugar en el Cielo.

Hoy se pasan los meses y los años sin que nadie llame á esa puerta. ¡El mundo debe de estar cada día más depravado! La población del Purgatorio sa habrá aumentado considerablemente; ¡pero la del infierno!.. Si no han ensanchado el local.... estarán allí los condenados como sardinas en banastas; ¡pobre humanidad! Mi Divino Maestro se sacrificó inútilmente; ¡y quién sabe si tendrá que bajar de nuevo á redimir á aquellos desventurados!... Y hoy la cosa sería un poco más difícil. El hallar otra María sería empresa de tres bemoles; y, aun hallándola, ¿en dónde buscar un nuevo apostolado? Los escribas y fariseos abundan por todas partes, y raro sería que le dejasen llegar á los treinta y tres años.

¡Tengo una curiosidad de ver por mí mismo lo que pasa en el mundo!

¡Si el Padre Eterno me admitiera mi dimisión, ó me diera á lo menos una licencia para bajar por algún tiempo!... Quizás mi viaje no sería estéril.

¡Es un Señor tan llano y tan bondadoso!... Algunas mañanas suele venir por la portería. Tan pronto como lo vea, voy á abordar el asunto. Quizás mis razones lo convenzan; y, en último caso, nada pierdo con proponérselo.

Acabado apenas este soliloquio, oyó una música deliciosa en la parte de adentro; vió penetrar una claridad suavísima por los resquicios de la puerta; sintió una fragancia deliciosa, y dijo para sí:

—Es el Padre Eterno, sin duda; porque solo Él viene acompañado de nubes de incienso, de vivos resplandores y de sublimes y arrobadoras melodías.

Y, para cerciorarse, abrió la puerta del interior y se encontró de manos á boca con el mismísimo Padre Eterno.

Capítulo II.

De la conversación que hubo entre el Padre Eterno y el Príncipe de los Apóstoles.

Tan pronto como San Pedro vió á la Divina Majestad, que se dirigía hacia él, se adelantó, llevando la cabeza profundamente inclinada, cruzados sobre el pecho los brazos y haciendo genuflexiones, y, por último, se hincó de rodillas, besó la orla del vestido del Creador y aguardó á que éste le diese la orden de levantarse. El Señor le tendió la mano, y le dijo con paternal afabilidad:

—Buenos días, Pedro.

—Muy buenos, Señor—exclamó el Apóstol levantándose.—¿Quiere Vuestra Majestad tomar asiento y descansar un rato?

—No estará de más—contestó el Eterno—porque el paseo matinal ha sido un poco

largo, y, mientras me preparan el des ayuno....

San Pedro entró corriendo en la portería, sacó el sillón único que había en ella, y, limpiándole el polvo con un pico de su manto, lo presentó al Eterno Padre, el cual tomó asiento, demostrando con su benévola sonrisa ser muy de su agrado el servicio que se le prestaba. Después hizo con la mano una señal á los celestiales cortesanos que iban en su compañía, y santos y santas, ángeles y arcángeles, serafines y querubines, formaron un semicírculo á su alrededor y se pusieron en actitud de descanso, apoyándose algunos en sus instrumentos de música.

San Pedro se mantenía siempre á una distancia respetuosa; pero el Señor le mandó acercarse, y, mientras abría su caja de rapé, para tomar un polvo, le dijo con una familiaridad encantadora:

—¿Qué tal te va, Pedro?

—Así, así, Señor—respondió el Apostol.

—¿Así, así, no más?—volvió á preguntar el Eterno Padre, haciendo como que ignoraba lo que iba á decirle.—¿Has estado enfermo? Los achaques de la edad son inevitables. Pero veamos. ¿Qué es lo que has tenido?

—La verdad, Señor—contestó San Pedro—hay en la vecindad quien me da muy malas noches.

—¡Cómo es eso! ¿No hay orden en mi casa?—dijo el Señor, dirigiendo en torno de sí una mirada severa.

—Yo no digo tanto; pero ...

—Explicate.

—Es que.... todos los animales de la gloria me los han traído por aquí cerca. El buey de mi compañero Lucas mugía de una manera escandalosa; el perro de Roque no cesaba de ladrar; el león de Marcos daba unos rugidos que metían miedo; el caballo de Santiago menudeaba los relinchos; el cerdo de Antón gruñía como un desesperado; y hasta mi gallo, por lo común tan pacífico, completaba la orquesta con un quiquiriquí cada tres minutos.

El Padre Eterno, al escuchar aquel relato y al ver la cara compungida del Apóstol, prescindió de su respetuosa gravedad y soltó una carcajada homérica, que su comitiva repitió como un eco y resonó por todos los ámbitos celestiales.

—¿Y es eso todo?—dijo reponiéndose de su hilaridad, que debió parecerle un tanto

burlona, según lo colorado que se puso San Pedro.

—Pues nó, Señor; hay algo más, ya que es preciso que todo lo diga.

—Habla. ¿Que más sucede?

—Lo que sucede, Señor, es que estoy cansado de esta vida sedentaria é inútil. Otros siquiera tienen algún trabajo. El Patriarca San José, por ejemplo, se entretiene en su carpintería; Santa Polonia, en componer muelas cariaadas; San Crispín, en hacer calzado; Santa Bárbara, en aplacar el furor de las tempestades; Santa Lucía, en preparar colirios para los ojos; San Antonio, en buscar cosas perdidas y proporcionar novios á las muchachas; San Emigdio, en impedir los estragos de los terremotos; Santa Rita, en sostener el amor conyugal donde quiera que flaquea; San Ramón, en cuidar de que las mujeres en cierto estado no se desgracien; en fin, cada uno tiene aquí su oficio; esos muchachos cantan y tocan; todos hacen lo que pueden, menos yo, que estoy hecho un holgazán, cobrando el sueldo de mi empleo y comiéndomelo de bóbilis bóbilis sin hacer maldita la cosa, porque se pasan los años enteros, como Vuestra Majestad lo sabe, sin

que un alma de Dios se arrime á esa puerta.

El Eterno Padre se puso un poco serio al oír las quejas del Apóstol, y al fin le dijo:

—¡Es el primer empleado á quien oigo lamentarse de cobrar un sueldo y no desquitarlo en trabajo! En eso solo das una gran prueba de tu honradez, y mi justicia te premiará como mereces.

—Además, Señor—prosiguió San Pedro—no llevo ya un día ni dos en esta portería: van á cumplirse diez y nueve siglos que la vengo desempeñando, y me parece que tengo derecho á mi jubilación, ó, á lo menos, á que se me dé una licencia, siquiera de un año, para ir á pasearme, á distraerme.... y á desentumirme.

—¿Y quién se queda mientras en la portería?

—¡Phs! Para lo que da que hacer ya ha mucho tiempo, cualquiera puede desempeñarla. Ahí está San Simplicio.

—Bueno. ¿Y adónde quieres ir?

—Señor: aquí, en confianza, le diré á Vuestra Majestad que lo que deseo es ir á la Tierra, no sólo por la curiosidad de ver con mis propios ojos el fruto que ha dado el sacrificio de mi Redentor y Divino Maestro, sino por

dar una buena lección á alguno, ó algunos de aquellos bribones, que se han olvidado ya de la sangre vertida por amor de ellos; que creen que todo lo saben, y que hasta murmuran de vuestras obras, atreviéndose á decir que si por un instante tuvieran el poder de Dios crearían mundos mejores que los que ha creado vuestra sabia omnipotencia, y producirían criaturas mucho más perfectas y acabadas que las que han salido de vuestras manos!

— ¡Pobres! Déjalos que digan lo que quieran — exclamó el Señor, ostentando en su divino semblante un rasgo de su inmensa bondad y de su infinita misericordia.

— No, Señor: eso es lo que ellos quieren, y por eso cada día se aumenta más su soberbia. Hay que darles una lección; pero bien dura; y yo me encargo.... ¡Miserables! Algunos creen que todas las maravillas que tienen ante sus ojos, y de las cuales no comprenden ni jota, se han hecho por casualidad; que todo se mueve por medio de resortes mecánicos, como los muñecos que ellos fabrican; que su pensamiento es producto, no de un alma inmortal, sino de la agrupación y movimiento de ciertas cosas muy menudas, que llaman moléculas, y de la combustión de

una sustancia llamada fósforo; y, por último, aseguran que no habrá un secreto que no arranquen, por fuerza ó de grado, á Vuestra Divina Majestad; como si ellos fueran capaces de comprender lo que aquí tanto nos admira y sorprende; ellos, que no saben ni en dónde están de pies, ni tienen siquiera idea de sí mismos!

—Pero es que yo no quiero imponer colectivamente á la humanidad otro castigo como los anteriores. Selo he ofrecido así, y ya comprendes que no puedo faltar á mi palabra.

—No, Señor: no digo yo que el castigo sea colectivo, ni que paguen justos por pecadores, como ha sucedido otras veces (lo cual hasta cierto punto se aviene mal con vuestra justicia); pero sí es bueno escarmentar á alguno que otro, para que los demás aprendan y se corrijan, si es que de toda corrección no se han hecho ya incapaces.

El Señor se quedó un rato pensativo, con la extremidad del índice de la mano derecha apoyada en la frente, y al fin dijo á San Pedro....

Pero, lo que le dijo, capítulo aparte requiere.

Capítulo III.

De cómo el Apóstol fué autorizado por el Creador para bajar á la Tierra, y de la ratificación del poder para atar y desatar que el Redentor le habia conferido.

En el capítulo anterior hemos dejado al Padre Eterno á punto de abrir su divina boca para decretar verbalmente la solicitud, también verbal, que San Pedro acababa de dirigirle, y sobre la cual se expresó de esta manera:

—No quiero, Pedro amigo, que un servidor, tan antiguo y leal como tú, tenga derecho á dudar de mi agradecimiento, ni se disguste por una cosa insignificante. Recuerdo con placer los servicios prestados por tí á mi Eterno Hijo; prescindo, como Él prescindió, de tus pequeñas infidelidades, negándolo por tres veces consecutivas; porque, en medio de

todo, las circunstancias eran un poco graves, y el suplicio que imponían aquellos bárbaros era tremendo para exigir de la flaqueza humana un valor que solo podía hallarse en la naturaleza divina. Comprendo muy bien que, cuando mi Hijo te eligió para piedra angular del edificio de su Iglesia, algo debió de observar en tí que te hiciera digno de tan elevada honra; y muy grande sería su confianza cuando te entregó las llaves del Cielo. Por todo lo cual yo accedo gustoso á tu solicitud, y, aunque no te admito la dimisión que haces de tu destino, porque juzgo que en él podrás algun día ser necesario, vengo en concederte la licencia que me pides, conservándote, mientras que de ella goces, los honores y preeminencias de tu empleo, el sueldo de que disfrutas y el uso de los distintivos é insignias que como á tal te corresponden, y nombrar en lugar, y en calidad de portero interino, por el espacio de un año terrestre, tiempo que durará tu licencia, al bienaventurado San Simplicio, propuesto por tí para ocupar tu plaza. En consecuencia, luego que llegue á palacio le haré notificar por la secretaría de lo interior este nombramiento; y cuando venga á tomar posesión, puedes entregarle el archi-

vo y las llaves y darle todas las instrucciones que necesite para desempeñar su cargo á mi completa satisfacción, mientras tú estuviere ausente. Y en cuanto á tí, ya que deseas ir á la Tierra, te autorizo, aunque no de buena gana, á que bajes á aquel hormiguero alborotado, y procures hacer entrar en razón á tanto pequeño infusorio como bulle en su superficie, teniendo por único norte la fatuidad y la ignorancia, y por móvil los intereses mezquinos y de momento, que creen allí perdurables.

—Señor—dijo San Pedro—y perdone Vuestra Majestad que le interrumpa: ¿Continúan en vigor, ó se ha derogado ya, el Decreto que me autorizaba para *atar* y *desatar* en la Tierra, dándolo por *atado* y *desatado* en el cielo?

—La resoluciones divinas—repuso el Padre celestial un poco amostazado—no son como las leyes humanas, que no tienen estabilidad ni consistencia. Allí lo que uno hace otro lo deshace, por el placer de contrariar las ajenas determinaciones. Aquí lo que preceptua y ordena cualquiera de las tres Personas de la Santísima Trinidad, es ley eterna é incontrastable, como emanada de un solo Dios

verdadero. En tal virtud, el decreto en que mi Eterno Hijo te invistió de tan alto poder, subsiste y subsistirá *per omnia sæcula sæculorum*.

—Amén— exclamó San Pedro con una profunda reverencia, y luego continuó: —Pues bien, Señor; autorizado nuevamente por vuestros designios sacrosantos, haré mis preparativos de viaje, y espero que Vuestra Divina Majestad no quede descontento de mi conducta durante mi segunda permanencia entre los hombres.

—Así lo espero— dijo el Todopoderoso disponiéndose á levantarse, al ver que un angel se acercaba para hacerle saber que el chocolate estaba servido.

—Aun otra gracia quisiera recibir de vuestra inagotable bondad—repuso el antiguo pescador del mar de Tiberiades.

—¿Cuál es?

—La de llevar siquiera un angel en mi compañía y á mis inmediatas órdenes, para comunicar á Vuestra Majestad algún asunto urgente, ó difícil, que exija resolución acertada y pronta.

—Bien está: Miguel, mi Arcangel, designará hoy mismo el agregado ó *attaché* que

debe acompañarte; y Gabriel, á cuyo cargo están las Relaciones Exteriores, enviará á la Tierra una circular para que todos los ángeles custodios que allá existen y no están de servicio se pongan á tus órdenes y te auxilien en cuanto puedas necesitarlos.

—Mil gracias, Señor.

—Pero no olvides que el telégrafo y el teléfono están corrientes, y que éstos no se descomponen por aquí como los de allá abajo.

—Lo tendré presente.

—¡Ah! que no te vayas sin despedirte.

—Descuide Vuestra Divina Majestad, que que allá iré, luego que ponga en posesión á Simplicio. Además, tengo que pedir órdenes á muchas personas, y necesitaré para ello algunos días.

—Hasta más ver, Pedro—dijo el Omnipotente levantándose y alargando al portero el sillón que había ocupado—gracias por tu amabilidad y no te olvides de lo dicho.

—De ningún modo, Señor. Agradezco mucho la visita que os habéis dignado hacerme, y será eterno mi reconocimiento por vuestra deferencia y vuestras bondades. Que descanse Vuestra Majestad y le aproveche el desayuno.

—Gracias.

Y, ésto diciendo, la celestial comitiva volvió á colocarse en orden de procesión; los músicos entonaron sus melodías; los de los pebeteros soplaron las ascuas, ya amortiguadas, y echaron sobre ellas algunas cucharadas de mirra é incienso, y los encargados de las bengalas iluminaron el espacio con vivísimas luces de distintos colores.

San Pedro los acompañó hasta el fin de la arcada principal y volvió á su portería restregándose las manos de gusto y dando saltos de placer, como pudiera hacerlo un muchacho.

Capítulo IV.

Que trata de la toma de posesión por San Simplicio de la portería del Cielo, y de los preparativos del Apóstol para su bajada á la Tierra.

Apenas había pasado media hora desde la partida del Padre Eterno, tiempo apenas necesario para que el viejo pescador hiciese su *toilette*, limpiase su cuarto y arreglase su cama, cuando aseguró bien el cerrojo de la puerta de afuera; tomó del estante una tasa primorosamente labrada y esculpida, salió por la puerta del interior, y dirigiéndose á una colina próxima, donde la Divina Pastora apacientaba un hermoso rebaño de ovejas, compró un cuartillo de pura y humeante leche, que era su desayuno ordinario, tan ligero como nutritivo (porque allí no acostumbran aguarla), y se volvió á su portería, tomando en el

camino algún que otro sorbo, para que con el vaivén no se le derramase.

Saboreaba aun su taza de leche y relamíase de gusto el santo portero, cuando sintió unos golpecitos dados con delicadeza en la puerta del interior; preguntó quién llamaba, y le contestaron con voz suave:

—Gente de paz; abra usted: soy yo: soy Simplicio.

San Pedro corrió á abrir sin demora, diciendo entre sí:—¡Pronto lo han despachado!

San Simplicio, que es un santo muy bonachón y nada amigo de cumplimientos, entró sin ceremonia, dió á San Pedro los buenos días con un apretón de mano, y, sin aguardar á que lo invitase, se sentó en el borde de la cama. San Pedro volvió á ocupar su sillón; tomó el último sorbo de leche, se limpió los labios con el dorso de la mano, costumbre que no habían podido hacerle perder sus profundos cambios de posición social, y dijo á San Simplicio:

—¿Sabe usted ya el destino para que lo nombran?

—Pues á eso vengo precisamente —contestó el recién llegado sacando de uno de sus bolsillos un gran pliego oficial con un sello de

lacre verde, y entregándolo á San Pedro.

Este se caló al punto sus anteojos; rompió la nema, y leyó en voz baja é ininteligible lo que el pliego contenía. Después lo dobló cuidadosamente, y dijo á su interlocutor, mientras colocaba la orden en un cajón del estante:

—Está en regla.

—Ahora quiero también dar á usted las gracias, porque he sabido que á su eficaz recomendación debo tan honroso nombramiento—dijo San Simplicio con una sonrisa tan cordial y un placer tan profundo, que le rebo-saba hasta por los ojos.—Con que vamos á ver: explíqueme usted minuciosamente todas mis obligaciones; porque yo, aunque santo de bien y honrado, como todo el cielo lo sabe, soy un poquillo torpe, y no quisiera dar motivo al Padre Eterno para arrepentirse de su elección, ó, lo que es peor todavía, declararme cesante.

Y el bueno del santo reía, si había que reír, y escudriñaba con los ojos hasta el último rincón de la portería.

—¡Pobre santo!—exclamaba el Apóstol para su túnica, dirigiendo á su alegre sucesor una mirada compasiva—¡qué bien merece el nombre que lleva!

Después continuó en voz alta:

—Por eso, amigo Simplicio, no tenga usted cuidado, que yo lo aleccionaré cuanto mejor pueda; aunque, por otra parte, el oficio da hoy tan poco que hacer, que casi casi no ofrece trabajo.

—¡Tanto mejor!—dijo San Simplicio soltando la carcajada. Luego prosiguió:

—Y.... francamente, ¿qué idea es la que le ha dado á usted ahora para abandonar un empleo tan descansado como éste, donde se disfruta de un buen sueldo, muchas prerrogativas.... y.... según dicen, no escasean los provechillos?

San Pedro se puso livido de cólera y se levantó de su asiento como un energúmeno, exclamando:

—¡Calumnias, amigo Simplicio, calumnias!

El bueno de San Simplicio, que no esperaba aquella explosión, se puso pálido como la cera y empezó á tartamudear algunas disculpas.

—¡Ni en el Cielo—continuó el Apóstol—se ve uno libre de las malas lenguas! Esas son habladurías de algún santo de la Antigua Ley que no puede sufrir la superioridad de Ley de Gracia!

—Tal vez—murmuró San Simplicio.—Yo no me acuerdo ahora en dónde ni á quién he oído la especie. Acaso fué en la tertulia que la señora Judit tuvo hace poco para celebrar el aniversario de la degollación de Holofernes. ¡Pero nadie dió crédito á semejante cosa!

—Es muy posible que allí fuera; porque yo sé que cierto día esa señora se permitió decir que la cuchillada que yo dí á Malco, cuando le corté la oreja, era una heridilla de poco más ó menos; mientras que la de ella al confiado caudillo de los asirios que asediaban á Betulia había sido un golpe de redondo y mayúsculo.

—Toda comparación es odiosa—dijo el nuevo portero frunciendo los labios con un desdén muy expresivo.

—Yo bien sé—continuó San Pedro serenándose, y volviendo á ocupar su sillón—que hay ocasiones en que el fin justifica los dios; pero.... ciertos actos.... ciertos actos de esa señora Judit, en la Ley de Gracia.... no hubieran pasado como meritorios; porque.... En fin, doblemos la hoja.

—Es lo mejor; y usted no debe tomarse calenturas por lo que á cada uno le dé la ga-

na de decir; y, sobre todo, que hay mucha diferencia entre el Príncipe de los Apóstoles, depositario de las llaves del cielo, y una mujer que, al fin, sea como fuere.... Pero dice usted bien, vale más que doblemos la hoja.

—Nada, amigo Simplicio—dijo San Pedro con la satisfacción natural que en todo hombre, ó santo, producen las alabanzas de sus cualidades ó el encarecimiento de sus servicios—la murmuración á nadie perdona. ¡Por eso mi Maestro la odiaba tanto! Hay que ponerse en guardia contra los tiros de la maledicencia, porque es sutil como la serpiente del Paraíso; por todas partes se introduce con maña; y tal hay, que no sabe siquiera que están murmurando, cuando habla de los demás, ni siente el veneno de la envidia, madre de la murmuración, sino cuando lo tiene ya infiltrado en sus propias venas, Pero voy á explicarle á usted sus obligaciones y á dejarlo de una vez instalado en la portería; porque tengo tanto que hacer antes de ponerme en camino.... Empiece usted por despedirse de todos sus relacionados, para que ninguno tome queja; reciba los encargos de cada uno, por difícil que sea la ejecución,

para que lo tengan por cumplido y bien criado; y como, á excepción de los espíritus angélicos, casi todos los demás que aquí habitan proceden de la Tierra, todos querrán que desempeñe en su nombre alguna comisión, y será el cuento de nunca acabar, según presumo.

—Tiene usted un modo muy sencillo de salir del paso.

—¿Cuál es?

—Dejar iguales á todos, despidiéndose, como dicen por allá abajo, á la francesa, que es no despedirse de nadie.

—¡Buena se armaría! El que más y el que menos iría diciendo de mí: «¡Quién esperaba otra cosa! De un pescador ignorante ¿se puede aguardar más de lo que ha hecho? Cada cual se porta como quien es. No hay que pedir peras al olmo....» Y cuantos refranes se pueden aplicar al ente más incivil, antisocial y grosero, me aplicarían de buen grado; y hasta dirían que nuestro Amo y Señor no tuvo buen criterio para elegir la piedra fundamental de la Iglesia Católica. Pero vamos á nuestro asunto.

San Simplicio se puso en pie, y aguardó que el Apóstol comenzara á darle instruccio-

nes. Éste dijo, señalando con el dedo los objetos que iba nombrando:

—Esos libros contienen, como expresa la numeración que va en su lomo, el nombre de todos los seres de algún viso que han formado parte de la humanidad en el siglo que cada uno soñaba.

—¿Y solo las personas notables?—preguntó San Simplicio con una candidez encantadora.

—Por supuesto—contestó el Apóstol con la misma sencillez que se le había dirigido la pregunta.—En el Cielo, como en la Tierra, los seres insignificantes entran en montón, según su categoría. Allá se llama pueblo al conjunto de esas entidades que nada significan, si no significan nada. De estas cuatro llaves—descolgándolas y entregándolas á San Simplicio—la mayor es la de la puerta de afuera; las otras tres corresponden á los departamentos en que, como usted sabe, está el Cielo dividido; esto es: departamento de los Confesores, de los Mártires y de las Vírgenes. La primera, ó sea la del exterior, ya lo ve usted, está algo usada, no porque llegue gente, sino porque yo tengo la costumbre de abrir la puerta todos los días para que el cuar-

to se ventile. La del departamento de los Confesores se suele usar de cuando en cuando; la de los Mártires, muy rara vez; la de las Vírgenes, que es la más mohosa, casi no me acuerdo de que se haya usado en el siglo presente; pero no importa, tenemos ya once mil bien aseguradas.

—Es igual—dijo San Simplicio, tomando las llaves y encogiéndose de hombros. Luego prosiguió:

—¿Qué más advertencias tiene usted que hacerme?

—Solo una de verdadera importancia—contestó San Pedro, acentuando las últimas palabras de la frase de modo que llamaran la atención del futuro portero.—¡Mucho ojo, amigo Simplicio; mucho ojo con las *monedas falsas*!

—¿Con las monedas falsas?

—Sí, amigo mío; y ahora le diré lo que aquí se conoce con ese nombre. Se llaman *monedas falsas* todas las almas que, habiendo pertenecido á gente de mala vida, pero con grandes medios de fortuna, han logrado, á última hora y comprándolos con dinero, títulos para entrar en la Gloria. De estas almas, que infunden sospechas á primera vista por las

trifulas y el desahogo con que aquí suelen presentarse, y que hasta en el olor se conocen, he tenido yo que rechazar muchas por orden expresa de Nuestro Divino Redentor, que es el que me ha encargado una gran vigilancia, porque dice que, después de engañar á todos en la Tierra, creen que también podrán engañar al Cielo

—¿Y como se conoce por el olor?—preguntó San Simplicio con una curiosidad extrema.

—Es muy sencillo—respondió San Pedro.—Como el único mérito que tienen es el de haber poseído las riquezas, bien ó mal adquiridas, con las cuales se han formado la ilusión de comprar para *in æternum* la bienaventuranza; y como los medios puestos en juego son el pago de sufragios tardíos, aplicados por lo general con indiferencia, y estos sufragios van siempre acompañados de agua bendita é iluminación de cirios, las almas que se apoyan solo en esos méritos huelen á humedad y á cera; mientras que las pocas que traen verdaderos títulos trascienden al perfume santo de las virtudes, sobre todo al de la caridad, que no se confunde con ningún otro, aunque también han tratado de falsificarlo.

San Simplicio se hizo de la frente al pecho la señal de la cruz, y dijo con grande admiración.

—¡Lo que se inventa!

—¡Ah! también hay otras monedas falsas—añadió el viejo pescador—pero más conocidas son las almas de los hipócritas, nuevos fariseos que, bajo la capa de una austeridad externa, y adoptando la profesión de beatos ó ardientes devotos, aman á Dios con la boca, odian á la humanidad con el corazón, y son capaces de todo lo malo. Éstas se conocen en el sonido y desde lejos: vienen rezando siempre en voz alta.

—No lo olvidaré.

Cuando San Pedro acabó de dar al sustituto las instrucciones que juzgó necesarias para desempeñar cumplidamente el oficio de que le dejaba encargado, rogóle en primer lugar que cuidase del gallo como de sí propio; que guardase bien el báculo, la tiara y las redes, que habían sido de su uso personal y exclusivo; del mueblaje de la portería, que era también de su pertenencia.

San Simplicio le llamó la atención sobre las redes que le dejaba, diciéndole que si no podría utilizarlas mientras estuviese en la

Tierra; á lo que contestó el Apóstol que la de pescado no podía servirle, porque no pensaba volver á su primera profesión, por tener que ocuparse en asuntos más graves; y en cuanto á la de pescar hombres, estaba ya muy rota, y, por otra parte, la pesca de este género se hacía cada vez más difícil, y por consiguiente menos productiva.

Con esto se despidió del nuevo portero, que no cabía de gozo en el sillón porterial, y él se dirigió hacia el interior de la Gloria con ánimo de empezar á hacer desde luego las visitas de despedida.

Al abrir la puerta vió que lo aguardaba un angel, mancebo robusto, vigoroso, de bellas formas y de gallarda presencia.

Era el agregado ó *attaché* que por suprema determinación le enviaba el Arcangel.

San Pedro lo recibió muy cortésmente y lo admitió desde aquel instante en su compañía.

Capítulo V.

De la sensación que produjo en el Cielo el cambio de personas, no esperado, con otros sucesos muy importantes.

El buen Apóstol, contento con haber dejado, siquiera temporalmente, la estrecha habitación en que había vivido como confinado el respetable período de casi diez y nueve siglos, tomó por la calle principal de la Jerusalén eterna, con su paraguas rojo, único mueble que había sacado de la portería, ya empleándolo para apoyarse á guisa de bastón, ya poniéndoselo debajo del brazo izquierdo cuando encontraba algún conocido ó amigo, á quien tenía que saludar estrechándole la mano; y que por cierto no eran muchos, porque lo creían destituido y en desgracia del Padre Eterno. El angel lo seguía alegre, á cor-

ta distancia, con la satisfacción pintada en el semblante, como el colegial á quien sacan de su encierro por primera vez para llevarlo á una fiesta.

Y era natural: en la Tierra iba á ver á muchos amigos antiguos, destinados á la poco envidiable tarea de servir á los hombres de ángeles custodios.

¡Cuántas cosas nuevas iba á saber! Porque, aun suponiendo que la reserva de los ángeles sea mucha y la curiosidad muy poca, al fin, entre muchachos no es muy común guardar secretos.

En cuanto á la presencia de San Pedro en las calles de la ciudad, donde nunca se le había visto, fué un acontecimiento ruidoso. Por todas partes había corrillos, que comentaban la noticia según el color político de los círculos á que pertenecían los comentadores. Los del antiguo régimen, partidarios acérrimos de Moisés y de las tradiciones y prácticas del Viejo Testamento, decían que le habían quitado el destino porque no inspiraba confianza al Padre Eterno, y que Éste se proponía volver á la senda de autoridad y de rigor por tanto tiempo abandonada; que iba á formarse un nuevo ministerio, en que á Salomón se

le daría la cartera de Instrucción pública, en la actualidad desempeñada por San José de Calazans; que Josué entraría en la de Guerra en lugar de Santiago; Aarón en la de Justicia y Cultos, sustituyendo á San Lino; Noé en la de Marina en lugar de San Andrés, que solo navegó en agua dulce; David en la de lo Interior, reemplazando á Constantino el Grande, y Abraham en la de Agricultura, en lugar de San Isidro.

En cuanto á la de Relaciones Exteriores, todos reconocían las aptitudes especiales de San Gabriel, y nadie se atrevía á disputársela.

Los demócratas opinaban de otro modo: unos suponían intrigas de corte, para sustituir á San Pedro, que era muy rígido, con otro portero menos celoso, para introducir de contrabando algunas almas que no traían patente limpia; otros que el antiguo portero habría hecho dimisión para que le dieran mejor destino; y otros, por último, que lo habrían jubilado por la edad y por los achaques.

Todo esto y mucho más se vociferaba; pero, cuando se supo ya en todo el Cielo la verdadera causa de aquel cambio, la corriente de la opinión tomó otro rumbo; se

alabó el nombramiento y no hubo santo ni santa que no se propusiera hacerle algún encargo, como con razón había temido el Apóstol.

Mientras disponía su viaje, San Pedro pidió hospitalidad á uno de sus antiguos compañeros, San Juan Evangelista, que tenía una casa espaciosa, como discípulo predilecto de Jesús, y trabajaba entonces en corregir, para una nueva edición, algunas erratas de su misterioso Apocalipsis.

San Juan lo recibió con mucho gusto, y se disculpó de antemano por no poderle consagrar todas las atenciones que merecía, á causa de lo grave y perentorio de sus ocupaciones; pero le cedió una bonita sala baja con ventana á la calle y puerta al zaguán, y con dos alcobas, una para él y otra para su agregado, que era cuanto podía desear el huesped. San Pedro y el angel se instalaron en ella con el mayor gusto; y aprovechando la comodidad, el Apóstol entraba y salía como Pedro por su casa.

El nombramiento de San Simplicio para portero de la Gloria no satisfizo completamente á uno ni á otro bando: era un nombramiento incoloro que no dejaba conocer el

verdadero sentido político de aquel cambio de personas. Por lo demás, la simplicidad misma del elegido le quitaba toda la importancia é intención que le atribuían algunos.

Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Arbués, jefes de la policía, estuvieron muy alarmados al saber que se había establecido una sociedad secreta, que celebraba sus sesiones en la casa y bajo la presidencia de San Juan Bautista; pero no se atrevieron á allanar aquella morada ni á tomar medidas severas porque se les dijo que la reunión tenía un objeto inocente y filantrópico, y además, porque el parentesco del Bautista con el Redentor lo hacía demasiado respetable, y hasta apartaba de él la sospecha de conspirador que llegaron á concebir los políticos de mayor suspicacia.

El angel agregado, por dar mayor importancia á su nuevo empleo, divulgó por todas partes la noticia de que San Pedro iba á la Tierra como Ministro plenipotenciario, encargado de una misión especialísima, y que él lo acompañaba en calidad de secretario íntimo, y de sustituto, en el caso de ausencia, enfermedad ó algún otro acontecimiento grave.

El angel y el santo alcanzaron en pocas horas una popularidad envidiable. Los nombres de los elegidos andaban de boca en boca con un crédito extraordinario; y ya nadie los nombraba á secas, sino con el aditamento de «mi respetable y sabio amigo,» cuando de San Pedro se hablaba, ó «el inteligente é ilustrado joven J. de T.» cuando se trataba del angel.

Santa Cecilia, que solía tener en su casa algunas reuniones de carácter musical, indicó á varios de sus discípulos pobres lo oportuno que era para ellos dar una serenata á los nombrados recientemente; lo cual llamaría sobre ellos mismos la atención pública y daría á conocer el mérito artístico de algunos genios ignorados.

El consejo no se echó en saco roto; y á las diez de la noche, poco más ó menos, la calle del Evangelista se hallaba literalmente atestada de santas y sartos, profetas, ángeles, arcángeles, serafines y querubines, que con otros bienaventurados de menor cuantía que formaban la masa popular, tenían en alarma al vecindario.

San Pedro y su *attaché* dormían á pierna suelta, cansados de las excursiones del día;

San Juan, á la luz de un nuevo aparato eléctrico, meditaba y escribía sus observaciones, y ni el uno ni los otros se cuidaban de lo que estaba ocurriendo en la calle. Entretanto, algunas almas necesitadas colocaban atriles frente á la ventana del Apóstol; otras encendían luces y colocaban los papeles de música, mientras que los artistas, muy piano, concertaban sus instrumentos.

Cuando ya todo se hallaba á punto, la misma Santa Cecilia, disfrazada de varón (por no producir escándalo, pues la emancipación de la mujer no había cobrado todavía gran crédito), empuñó la *batuta*, hizo la señal preventiva, y desató súbitamente una especie de tempestad armónica que hizo retemblar toda la calle.

San Pedro y su agregado saltaron en la cama como impulsados por un resorte; el Evangelista sufrió una conmoción de nervios y echó involuntariamente un borrón sobre lo que estaba copiando en limpio; cien ventanas se abrieron en la calle á un mismo tiempo, y asomaron por ellas muchos rostros más ó menos desabridos, muchas cabezas más ó menos desgredadas, y hasta hubo algunos indiferentes que, al conocer la causa del bulli-

cio, se volvieron á la cama, murmurando por lo bajo: «¡Música celestial! ¡buen provecho les haga!» y se durmieron otra vez como si tal cosa.

Capítulo VI.

Del carácter que fué tomando aquella manifestación pública; de cómo se fueron con la música á otra parte; de los discursos que se pronunciaron y de las sospechas que empezó á concebir la policía.

Mientras los artistas hacían prodigios de habilidad, y Santa Cecilia, entusiasmada, marcaba el compás con la batuta, con las manos, con la cabeza, con los pies y con todo el cuerpo; mientras en la calle se apiñaba cada vez más gente, por interés los unos, por curiosidad los otros y por imitación la mayor parte, San Pedro, todavía soñoliento, llamó al agregado y le dijo:

—¿Para quién será esa música? ¿Vive por aquí cerca alguna santa joven, rica y hermosa?

No fué necesario que el angel contestara

á esta pregunta, porque en aquel momento acababan de tocar la primera pieza, y una voz de bajo profundo, que San Pedro creyó conocer en el timbre, exclamó, dominando el bullicio:

—¡Viva el Príncipe de los Apóstoles! ¡Viva el enviado á la Tierra!

—¡¡Viva!!—contestó la muchedumbre entusiasmada.

—Enciende la luz, niño—dijo San Pedro al angel—que parece que va conmigo la cosa.

El angel encendió una bujía y la puso sobre la mesa, y el Apóstol se apresuró á vestirse para asomarse á la ventana.

El *attaché*, aunque muchacho, y como tal algo perezoso, también se vistió su túnica y se cubrió con su diadema. Lo único que no se puso fueron las alas, por temor que se le estropeasen las plumas.

Cuando empezó la segunda pieza observó la multitud que se abría la ventana. Todos fijaron en ella los ojos y vieron asomar dos bultos que formaban un singular contraste: la respetable y arrugada cara de San Pedro, adornada de barba blanca como la nieve, y la calva cubierta con el gorro de dormir, que

asomaban por debajo; y la del angel, colorada y fresca, con bozo apenas incipiente y la cabeza adornada con diadema y plumaje, que hacía resaltar más la diferencia que existía entre uno y otro.

La aparición de aquella antítesis viviente produjo una explosión de aplausos verdaderamente atronadores.

San Juan Evangelista arrojó la pluma con desesperación; se cruzó de brazos, y dijo, lanzando una espiración con honores de resoplido: — ¡Aguardaremos, á ver si acaban!

San Pedro y el angel saludaron cortésmente á la concurrencia; los vítores y aplausos volvieron á repetirse, y entre el estruendo se oyó una voz, que lo dominaba todo, exclamando:

— ¡Que hable el Apóstoll

Un coro unísono repitió:

— ¡Que hable! ¡Que hable!

El viejo pescador, que no había vuelto á hablar en público desde su salida de la Tierra, hizo un gesto de resignación y se concentró en sí mismo para coordinar sus ideas. Después tosió y escupió hasta dejar expedita la garganta; y por último, anunciando con un ademán significativo que guardasen silencio,

en lo cual se le obedeció al punto religiosamente, habló á la multitud en esta sustancia:

—Moradores de la Corte celestial... y sus arrabales: Mucho os agradezco la prueba de estimación que venís á darme esta noche, con una espontaneidad, con un entusiasmo, con un cariño, que nunca se apartarán de mi memoria. (*Varias voces: ¡Bien! ¡bien!*)

Hace diez y nueve siglos, poco menos, que me fué encomendada la alta misión de conservar bajo mi custodia las llaves de la entrada única de las mansiones celestiales. *¡Mihitraditæ sunt claves regni cælorum!* (*¡Bravo! ¡bravo!*)

No obstante mi ignorancia, el Divino Maestro se dignó elegirme para pastor de sus ovejas. *¡Tu es pastor ovium!*

No obstante mi humildad, fuí elevado á la más alta jerarquía. *Princeps Apostolorum.*

No obstante mi flaqueza, se levantó sobre mis hombros el inmenso edificio de la Iglesia Católica. *¡Et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam!*

Y por último, señores: Auxiliado de la Divina Gracia, obtuve el poder de anonadar las fuerzas infernales. *Et portæ inferi non præva-*

lebunt adversus eam. (Prolongados aplausos.)

El orador aprovechó aquellos momentos para pedir al angel un vaso de agua; tomó algunos sorbos, volvió á concentrarse en sí mismo, y continuó diciendo:

—La fidelidad y la constancia con que he desempeñado la honrosa misión que á mi cargo tuve, y que conservo todavía *ad honorem*, por expreso mandato del Todopoderoso, se explica muy bien por el tiempo que he servido mi empleo, y por la forma en que se ha decretado mi licencia para volver á bajar entre los hombres. (*Mucha atención.*)

¿A qué voy yo allá? dirán algunos. ¿Qué falta hace Pedro, después de la Redención? dirán otros. ¿Que qué falta hago? Señores, ese es un secreto que solo Dios lo sabe. (*Varias voces: ¡Bien! ¡Muy bien!*)

En diez y nueve siglos, señores, el mundo da muchas vueltas. En diez y nueve siglos se ha podido olvidar, obscurecer ó pervertir la sublime doctrina del Maestro. ¡En diez y nueve siglos han podido cometer los hombres espantosas barbaridades! (*Frenéticos aplausos.*)

El Señor no puede ya castigar, como en otro tiempo, con un diluvio ú otra calamidad

colectiva, aquella enjambre de microscópicos y desagradecidos insectos (*Risas*), entre los cuales hay algunos que se atreven á negar la existencia del alma, porque no la ven forma; y hasta la de Dios, que los ha criado, que los mantiene y que los tolera. (*Movimiento de horror en las masas*) ¿Y sabéis, señores, por qué no puede castigarlos en conjunto? Porque media ya el iris, el iris de paz, símbolo de su palabra y de su promesa.

Pues bien, señores: Yo no voy á la Tierra á castigar, porque el azote de Dios está en la depravación humana. No voy á redimir, porque lo que no haya hecho la sangre del Dios-hombre, vertida tan abundante y generosamente; lo que no haya hecho la obra divina, ¿cómo podrá ejecutarlo la obra de un sér tan limitado? (*Señales de asentimiento.*)

Sin embargo, la acción de uno que fué mortal sobre los que hoy son mortales, puede ejercer, ya que no para un general castigo, para un escarmiento individual, que sirva de ejemplo á las presentes y venideras generaciones. (*¡Muy bien!*)

Autorizado por la Divina Majestad, hoy me despido de vosotros, multitud entusiasta é inteligente, pueblo generoso y amable. (*Sen-*

sación profunda.) Pero mi ausencia solo durará un año terrestre á lo sumo. San Simplicio queda en mi lugar, y os lo recomiendo como uno de los más dignos bienaventurados. (*Señales de conformidad.*) Entretanto, mi espíritu estará con vosotros; y en la Tierra como en el Cielo, mis simpatías, mi amor, mis sentimientos más constantes, serán para esta patria á que todos pertenecemos; será para esos ángeles del Señor, cuyos cánticos de alabanza constituyen la alegría de la Gloria; para esos coros de vírgenes, de confesores y de mártires, que son el espejo de las virtudes; para esos serafines y querubines, que brillan con la luz de los espíritus más sublimados; para esos arcángeles, que son el terror de los dragones protervos; y, en fin, para toda la Corte celestial, adonde quedan los fundamentos de mi fé y las aspiraciones todas de mis esperanzas. He dicho. (*Estrepitosos y prolongados aplausos; vivas y entusiastas aclamaciones; lágrimas y suspiros; voces de ¡buen viaje! ¡buen viaje!*)

San Pedro cerró la ventana y se acostó tan satisfecho.

El angel se enamoró de la oratoria, y hubiera dado la mejor pluma de su penacho por

haber sido el autor de tan aplaudido discurso.

San Juan Evangelista volvió á tomar el hilo de sus meditaciones, y continuó escribiendo.

Los músicos, al ver que todavía era temprano, resolvieron dar otra serenata.... ¿á quién dirán mis lectores? al bueno de San Simplicio, que, encerrado en su portería, se hallaba entregado á ensueños de color de rosa que le anunciaban ascensos en la jerarquía celestial, embriagaban su mente y lo hacían el más dichoso de los santos.

La escena que se representó en la puerta del Evangelista, se repitió casi por completo en la portería de la Gloria.

San Simplicio despertó despavorido; oyó los acordes de la música, y, con todo, se creía presa de una ilusión que no se explicaba. Una serenata en su obsequio era una cosa tan inesperada para él, santo de la clase ínfima hasta entonces, que le costaba trabajar crédito á sus propios sentidos. Al fin abrió la ventanilla, y, al oír repetir su nombre, y comprender el general deseo de que se presentase, experimentó una emoción tan profunda, que creyó que iba á volverse loco.

Como era muy pequeña la ventana, determinó abrir la puerta; vistiéndose de prisa, y se presentó en el umbral medio asustado.

La multitud lo recibió también con un aplauso unánime, que aumentó su emoción y su aturdimiento; pero lo que acabó de colmar la medida fué la aclamación general, que expresaba una exigencia casi inverosímil: todos deseaban que hablase al público y éste aguardaba su peroración con notable impaciencia.

Aquel obsequio debía pagarse en palabras.

El pobre santo no sabía qué hacer; sudaba de miedo de ponerse en ridículo ante tanta gente; recordaba haber oído algunos discursos en la recepción de varias almas recién llegadas al cielo; pero él no había hablado nunca sino en el lenguaje sencillo de la intimidad del hogar, y el pronunciar algunas frases, siquiera medianamente coordinadas, y en aquella ocasión tan solemne, era para él de una dificultad insuperable.

En esto se le acercó uno de los espectadores, que era uno de sus amigos más íntimos, y le dijo por lo bajo:

—Es preciso que hables, aunque sea cuatro palabras, como es costumbre, si no quieres pasar por un mentecato.

—Pero.... si yo nunca....—contestó el portero en el mismo tono y temblando de pies á cabeza.

—No importa—le replicó el otro— dos palabras no más, y sales del paso.

—Voy á ver si puedo—contestó San Simplicio; y se puso á recordar algo de los discursos que había oído á otros, por si podía aprovechar alguna frase

Nada: su memoria estaba cada vez más rebelde y no había modo de utilizar el trabajo ajeno.

Santa Cecilia se esforzaba cuanto le era posible para meter en compás un trombón, que se iba por los cerros de Úbeda, y hacer entrar en tono un clarinete y un violín que desafinaban de una manera espantosa.

Por fortuna, el bullicio que reinaba en la calle, al que contribuía más que todo la algazara de algunos ángeles pequeñuelos que habían logrado escaparse de la escuela-hospicio en que se educaban en pos del maestro, que era uno de los músicos, y la poca discreción de algunos bienaventurados de

las clases menos cultas de la sociedad, que habían abusado ligeramente del maná y de la ambrosía muy fermentada, no dejaban percibir bien lo inarmónico del conjunto; aunque, por si acaso, la santa directora de orquesta forzó cuanto pudo *el metal*, aunque la melodía se perdiese.

Concluida la segunda pieza, el público volvió á repetir:

—¡Que hable! ¡que hable!

—Allá voy—exclamó el aturdido santo, y todos guardaron silencio. En seguida continuó con voz entrecortada y labio balbuciente:

—Señores: (*Grande atención.*) Hoy me ha dejado aquí San Pedro encargado en la portería.... para que.... para que abra cuando llegue algún alma. Yo.... yo no esperaba que ustedes.... es decir, yo no esperaba.... una sorpresa como la que ustedes han venido á darme, por.... que yo.... es decir, yo.... no soy digno ni merezco que ustedes.... porque al fin, un pobre santo como yo.... La.... la emoción no me deja continuar. Muchas gracias, señores, y que pasen muy buena noche.

El público soltó una carcajada; aplaudió cómicamente, si es posible aplicar este ad-

verbio á una escena verificada en aquel lugar, y se retiró alegre y haciendo graciosos comentarios.

El pobre santo portero cerró su puerta y su ventana y se volvió á acostar; pero no pudo acarrear el sueño en toda la noche.

Entretanto, algunos individuos de la policía, que rondaban en las afueras, vieron atravesar dos ó tres sombras sospechosas por los alrededores de la puerta exterior; pero no pudiendo alcanzarlas, por la mucha obscuridad, entraron á dar cuenta á sus superiores.

¿Qué sombras eran aquellas? Lo veremos más adelante.

Capítulo VII.

De cómo San Pedro comenzó á hacer visitas de despedida, y de la multitud de encargos que varios santos y santas le hicieron.

Como el buen Apóstol se proponía viajar por toda la Tierra y no tenía á mano ninguna Guía de forasteros que le indicase los mejores medios de locomoción, las curiosidades más notables, y sobre todo las personas que entonces componían el mundo oficial de cada país, resolvió buscar recomendaciones eficaces para las principales naciones, y formó una lista de santos y santas á quienes pedir tan importante servicio, en la forma siguiente:

Para Francia, el rey San Luis.

Para España, el rey San Fernando.

San Eduardo, para Inglaterra.

San Bonifacio, para Rusia.

Santa Matilde, para Alemania.

Para Hungría, Santa Isabel.

Para Italia, San Celestino; etc., etc., etc.

En cuanto á la América, de la cual tenía noticias muy vagas, porque en su tiempo no era conocida, solo encontró un fraile y una monja que pudieran informarle: Santa Rosa de Lima, que por haber vivido en el claustro debía conocer muy poco su propia tierra, y San Martín de Porres, que por su humilde condición social y por su color obscuro, tampoco podría darle noticias muy claras. Sin embargo, también los incluyó en la lista para un caso apurado.

Cuando ya calculó ser hora apropiado para presentarse en las casas ajenas sin ser tachado de imprudente, dejó en la suya al angel con el encargo de tomar nota de todo el que fuera á buscarle y del objeto que cada uno llevara, y salió con su tarjetero y su lista en la mano á pedir órdenes para la Tierra.

Despidióse primero, como era justo, de la Santísima Trinidad, persona por persona; después de la Sacra Familia, y así continuó por los santos de mayor importancia.

De la lista hecha para recomendaciones,

casi todos los contenidos en ella se excusaron de dárselas: San Luis porque, desde la decapitación del XVI.^o rey de su nombre, había cortado toda clase de relaciones con su patria; San Bonifacio, porque, aunque no era rey ni emperador, tenía miedo á los nihilistas por llevar coronada la cabeza; Santa Matilde, porque no se trataba con el canciller Bismark; Santa Isabel, porque no quería ni aun recordar la esclavitud en que había caído su pueblo; y San Celestino, el antiguo Papa, porque odiaba la profanación de Roma por sus actuales dominadores. Sólo San Fernando le dió una esquelita para su sucesor Alfonso XIII, encargándole que no olvidara las tradiciones de familia; y San Eduardo, que le ofreció recomendación para Londres, si se proponía hacer algun negocio comercial en Inglaterra, pues de lo contrario, toda recomendación le parecía inútil.

Fatigado ya de tanto andar, y aburrido con los encargos que cada cual le iba haciendo, resolvió dar punto á las despedidas en persona; pero todavía no se había fundado ningún periódico en el Cielo, porque el Padre Eterno temía, y no sin razón, que tan pronto como la política empezara á agitarse

en la prensa, se despertarían ambiciones por todas partes, y las masas angélicas, al grito de libertad y de derechos individuales, entrarían en fermentación; se agitarían en desorden y sin concierto, como las olas del mar alborotado por huracanes impetuosos, y darían al traste con la tranquilidad y sosiego de la Gloria; á falta de periódicos, pues, en que insertar una despedida colectiva, para que nadie tuviera derecho á quejarse, resolvió poner unos cartelones manuscritos en las calles de más concurrencia con este anuncio:

EL EXPORTERO PEDRO, APÓSTOL,

QUE SE PARTE PARA LA TIERRA

Á UN VIAJE DE RECREO,

no pudiendo despedirse personalmente de sus numerosos amigos y relacionados, por sus muchas ocupaciones, tiene el honor de hacerlo por el presente anuncio, esperando que se le dispense esta falta involuntaria, y se le den órdenes (que recibirá durante la semana presente en casa de San Juan Evangelista, y más tarde por allá abajo), las cuales cumplirá con mucho gusto.

El cartelón evitó al Apóstol algunos paseos; pero, en cambio, le produjo graves molestias, causadas por santos que no habían tenido nunca con él relaciones de amistad, y, por consiguiente, no tenían derecho á exigirle ningún servicio. No obstante, así son las cosas: lo que los amigos verdaderos no se atrevieron á intentar, por no causar incomodidades al santo Apóstol, lo realizaron con la mayor frescura los simples conocidos, sin otro título para pedir favores, que su poca... circunspección y su excesiva petulancia.

Cuando San Pedro llegó á la casa del Evangelista, jadeante y cansado de recorrer el Cielo en todas direcciones, y recibir un millar de encargos, ya verbales, ya por escrito, encontró á varias personas que lo aguardaban en conversación con el angel, que, acosado por la misma plaga, ya iba perdiendo la paciencia. Las personas eran cuatro: dos caballeros y dos señoras; aquéllos, San Bartolomé y San Dimas, el Buen Ladrón; éstas, Santa María Magdalena y Santa Polonia.

La Magdalena y San Bartolomé eran antiguos amigos y compañeros; los otros dos habían tenido muy pocas relaciones con el Príncipe del Apostolado. Apesar de eso, to-

dos le estrecharon la mano á su llegada, con la misma cordialidad y con el mismo cariño.

San Pedro los mandó sentar de nuevo; limpióse el sudor del rostro, se dejó caer en una *butaca*, y dijo en el tono más afectuoso del Cielo:

—¿A qué debo el honor?...

La Magdalena, que desde el principio de la visita se había sentado muy cerca del angel, estrechándole de vez en cuando la mano con una ternura verdaderamente maternal, dijo con cierta coquetería:

—Yo ya dije al niño—señalando al angel que estaba presente—la molestia que vengo á causarle.... Pero luego hablaremos, después que salgan estos señores.

—Yo—dijo Santa Polonia, matrona ya entrada en años y muy respetuosa—me he tomado la libertad de molestar la atención de usted para que se sirva buscarme por allá abajo una muela que se me quedó perdida y que me hace mucha falta para masticar bien los alimentos. Ahí le doy las señas—continuó entregándole un papel—para que no la equivoque con alguna otra; pues cuando el Papa Sixto V mandó recoger las muelas

que, como más, se veneraban en la cristianidad, llegaron á Roma nada menos que nueve carros cargados; y usted comprende que yo no podía haber tenido tantas.

—¡Claro está!—contestó San Pedro sonriendo.

Luego continuó, dirigiéndose á San Bartolomé:

—Y usted, compañero, ¿qué es lo que tiene que mandarme?

—¿Yo?—contestó San Bartolomé—le voy á molestar para una cosa muy sencilla. Ya usted sabe el martirio que aquellos bárbaros de la Tierra me dieron por defender la doctrina que el Divino Redentor nos dejó encomendada.

—Sí, señor, sí—dijo San Pedro, haciendo á su pesar una contorsión, como si le punzaran las carnes.

—Pues bien—continuó San Bartolomé—al tiempo de venir para acá pude recobrar el pellejo que me habían quitado, lo cual no siempre es posible en la Tierra; y aquí, poco á poco, he ido ajustándomelo al cuerpo, como usted ve; pero al llegar á esta pierna, de la que me colgaron aquellos animales, sin duda se quedó un pedazo de cuerpo preñdi-

do al garabato, lo que hace imposible poderlo ajustar completamente, y me queda aquí esta especie de llaga.

Y levantó la túnica y echó al aire la pantorrilla izquierda, donde se veía una gran desolladura.

La Magdalena y Santa Polonia, que vieron, sin querer, la pantorrilla del santo martir, se cubrieron el rostro con las manos y se pusieron coloradas como una amapola.

San Pedro, San Dimas y el angel la examinaron con curiosidad y hasta con pena.

El primero dijo:

— Es verdad que la piel no se ajusta.

— Pues bien, compañero—prosiguió San Bartolomé—yo tengo mis presunciones de que el pedazo de cuero que me falta debe de hallarse como reliquia en alguna de las iglesias donde se venera mi imagen.

—Al cabo de tanto tiempo....—dijo el Apóstol con cierta incredulidad—¿cree usted que lo conserven?

— Es lo más probable—contestó el santo de la desolladura—porque, si han conservado aún tantas reliquias falsas, ¿cómo no habían de conservar una genuina y verdadera?

—Tiene usted razón—exclamó San Pe-

dro plenamente convencido.—Pierda usted cuidado, que yo buscaré el pedazo de cuero, y por seco que esté....

—Con echarlo algunos días en agua—replicó cándidamente el dueño de la reliquia.

—Es verdad—dijo su interlocutor.—Pero ¿cómo lo conozco?

—Para eso—contestó San Bartolomé alargándole un papelito doblado—cogí la medida y ahí se la entrego.... con algunos reales para que lo compre.

—¿Cómo es eso?—repuso San Pedro con cierta extrañeza—presentándome yo á reclamarlo en persona, ¿no me lo entregarán de balde?

—Va usted á la Iglesia. Lleve usted dinero—le dijo San Bartolomé con una sonrisa algo maliciosa.

El Apóstol se encogió de hombros y recogió el dinero y la medida.

El otro se despidió, y se fué con Santa Polonia, que disimuladamente le entregó también al salir algunos reales para la compra de su muela.

Luego que volvió el Apóstol de despedir á los que se alejaban, le tocó su turno á San Dimas, y éste se expresó así, no sin experi-

mentar cierto embarazo por la presencia de la Magdalena y del angel.

—Ya usted sabe, señor San Pedro, que antes de tener yo la alta honra de ser crucificado con nuestro Divino Redentor, mi vida no había sido muy ejemplar, vamos al decir. Pero las cosas cambian de un momento á otro, y las circunstancias en que uno se encuentra imponen ciertas obligaciones....

—Adelante.

—Es el caso, pues, que habiendo cambiado mi posición social de una manera tan profunda como inesperada, y siendo hoy un santo.... de cierto respeto, quisiera yo no dejar en la Tierra, ni en el Cielo tampoco, huella alguna de mis antecedentes.

—No comprendo bien....

—Allá voy. En la Judea debe de existir original la causa ó el proceso que se me siguió, como á mi desgraciado compañero Gestas, para condenarnos al último suplicio. ¿Está usted?

—Sí, señor, sí, ya comprendo.

—Pues bien, la justicia humana no es muy escrupulosa, y, con un pequeño sacrificio de mi parte, creo que podría usted comprar y destruir aquellos documentos que tan

poco me favorecen; conseguido lo cual, ya podría hombrearme sin sonrojo con los santos más venerables, y la Corte celestial nada perdería en su crédito.

Y, al acabar la frase, alargó á San Pedro un bolsillo con algunas monedas de oro, que el Apóstol no tuvo inconveniente en recibir, diciendo á media voz:

—Es un acto inocente.

Despedido San Dimas con la esperanza pintada en el semblante, tocó su turno á la Magdalena.

—Y bien, amiga mía—le dijo San Pedro con cierto aire de jovialidad, que recordaba las buenas relaciones que entre los dos habían existido.—Estoy á las órdenes de usted para lo que guste mandarme.

—Es algo doloroso para mí—dijo con rubor la Magdalena—tener que hacer á usted un encargo que quizás le sea algo difícil....

—No importa; cuando se trata de hacer un favor, y á una personita como usted, el trabajo no se excusa.

—Pues bien, amigo: usted sabe que, antes de mi arrepentimiento, mi vida no fué muy ejemplar ni edificante.

—¡Quién se acuerda ya de eso!

—Yo misma, y lo he confesado siempre, aunque con rubor, para que la vergüenza sirva de castigo á mis culpas. Pero esa franqueza no ha sido bastante para evitar que muchas santas casadas, cuyos antecedentes no fueron mejores que los míos, se nieguen á recibirme en sus reuniones y hagan escrúpulos de tratarme, por no haber tenido yo, como ellas, editor responsable de mis actos.

—Es una injusticia—replicó San Pedro—que si en la Tierra es muy común, en el Cielo no tiene disculpa.

—Y en medio de todo, no tienen razón—prosiguió la Magdalena enjugando algunas de sus preciosas lágrimas.—No tienen razón, porque, aunque muy joven, yo también me casé, si bien pronto me divorcié de mi marido, á quien ya no volví á ver nunca. En Magdala debe de existir mi contrato de matrimonio. ¿Quiere usted tener la bondad de buscarlo y traérmelo?

—Con mucho gusto, señora.

—Yo le reembolsaré los gastos que haga, porque en el momento.... estoy algo apuradilla de recursos.. .

—No hablemos de eso. Será usted complacida.

—Gracias—exclamó con efusión la penitente, besando la mano del viejo Apóstol; y al fin añadió:—Ya que es usted tan amable, ¿se tomaría usted también la molestia de traerme unos guantes color de lila y una cajita de perfumes?

—De mil amores—contestó San Pedro con cierta socarronería.

—Gracias; buen viaje y hasta más ver—añadió la de Magdala, y se retiró satisfecha y gozosa, diciendo, al salir, al angelito, que la acompañó hasta la puerta de la calle:—Niño, mucho juicio y no se olvide usted de esta pobre pecadora.



Capítulo VIII.

De la ojeada rápida que San Pedro y el angel echaron sobre el sistema solar, desde un balcón del Cielo, antes de bajar á la Tierra.

Era una mañana despejada y serena. El coro matinal de los escogidos llenaba los espacios de melodías arrobadoras. La morada del Altísimo irradiaba su resplandores de deslumbrante luz, como si se hubieran reunido en un solo punto millares de soles. Los perfumes más suaves y deliciosos inundaban la atmósfera celeste. Los santos y santas, con ligeras túnicas, vagaban por las calles sin otra ocupación que la de disfrutar de la bienaventuranza eterna, y los espíritus alados revoloteaban en el aire como bandadas de palomas. Todo era allí paz y alegría, cuando San Pedro y el angel, que habían pasado ca-

si toda la noche en sus preparativos de viaje, salieron á la puerta de la casa del Evangelista, y la cerraron con mucho tiento, para no despertarlo; pues sabían que había estado escribiendo hasta la madrugada.

San Pedro llevaba su paraguas rojo; el angel un pequeño estuche con recado de escribir y otras menudencias; y una pobre alma, sirviente del Evangelista, llevaba á la espalda un saco de noche con lo más necesario. Así llegaron á la portería del Cielo, donde San Simplicio, que acababa de levantarse, los recibió de la manera más afectuosa.

Después de los saludos de ordenanza y de los cumplimientos que puede suponer el lector en aquellos instantes, el portero activo sacó una botella de su armario y tomó con ellos alegremente un trago de lo puro. El Apóstol hizo un cariño á su gallo, dió un abrazo de despedida á San Simplicio, y, abriendo la puerta exterior, se puso de un salto en el vestíbulo de la Gloria.

De allí para afuera la luz se hallaba muy debilitada. San Pedro y el angel tendieron la vista y consideraron por algunos momentos el grandioso panorama que se presentaba á sus ojos.

Desde el Empíreo, las estrellas ó soles que pueblan el firmamento se ven de un tamaño mucho mayor que desde la Tierra. El angel no había visto aquello nunca; pero su curiosidad y su admiración le hicieron preguntar al Apóstol, con la candidez del niño, algunos pormenores sobre aquel asombroso espectáculo.

San Pedro, aunque no había estudiado astronomía en los libros, pudo aprenderla en otro libro mucho más importante; y tomando de repente una actitud noble y severa, le fué señalando las constelaciones; le hizo admirar las nebulosas donde se agitan en germen millares de millares de mundos, y, por fin, se limitó á hablarle del sistema solar, á donde iban á hacer su viaje.

—Mira—le dijo—ese globo que tenemos más cerca, y que dista de aquel astro brillante que se ve allá abajo más de mil y cien millones de leguas, no era conocido por los hombres cuando yo andaba por el mundo; pues allí lo descubrieron en 1846 de la era cristiana. Yo, sin embargo, al pasar para el Cielo, lo conocí, como otras muchas cosas que el hombre no puede penetrar hasta que se despoje de su corteza. En el lenguaje hu-

mano, ese globo, que á ellos les parece tan grande, se llama Neptuno; en el lenguaje divino se llama como los demás, átomo. Más allá se ve otro un poco más pequeño, llamado Urano por los hombres que le descubrieron en 1781. Es una especie de planeta cangrejo, que marcha al revés de los demás. Este, como ves, tiene ocho acólitos ó agregados que giran alrededor de su jefe, mientras que á Neptuno no se le ven sino dos, á pesar de su mayor tamaño; pues su volúmen es cerca de ochenta y cuatro veces mayor que el de la Tierra á dónde nos dirigimos, mientras que el de Urano es de setenta y dos próximamente.

—Y ¿en dónde está la Tierra de que usted me habla?—preguntó el angel—porque no la veo.

San Pedró abrió el saco de noche; sacó de él un largo anteojo, y dándoselo al angel con encargo de colocarlo en cierta dirección, le dijo:

—Mira ahora.

Pasado un momento le preguntó:

—¿Qué ves?

—Veo—contestó el angel sin dejar de mirar—allá.... abajo.... pero muy lejos, un glo-

bo como seiscientas veces mayor que todos los que le rodean, reunidos en uno solo. También es infinitamente más brillante.

—Ese es el Sol—le dijo el Apóstol—centro de todos esos mundos, como cada una de esas estrellas lucientes lo es también con respecto á los globos que la acompañan.

—¡Cuántas maravillas!—exclamó el angel asombrado.

—¿Qué observas—volvió á preguntar San Pedro—cerca de ese brillante astro que ha llamado tu atención más que los otros?

—Veo—dijo el angel—cuatro globulitos, á diferentes distancias, que giran alrededor del mayor y sobre sí mismos con una rapidez vertiginosa.

—Al más cercano—dijo San Pedro—le llaman Mercurio, el dios de los ladrones.

—Qué, ¿esos pícaros tienen astros que los favorezcan?

—Esa, á lo menos, es la opinión de los hombres.

—¿Y el segundo?

—El segundo se llama Venus, diosa de los amores.... desarreglados.

—¡Buena andará la cosa! ¿El tercero?

—El tercero es la Tierra, á donde proyectamos nuestro viaje.

—Pero ¡si es tan chiquitito! ¿Cómo vamos á caber allí, ni qué tenemos que hacer nosotros en aquel grano de arena?

—Hijo mío—respondió San Pedro—en aquel grano de arena casi imperceptible, apesar de la ayuda de ese anteojo, viven y se agitan millones de seres, cuya pequeñez es proporcionada al tamaño de su habitación; y sin embargo, tienen las aspiraciones más exageradas, y las pasiones más escandalosas. ¿Y lo creerás? No obstante su pequeñez y su gran distancia del Empíreo, fué el globo elegido por Dios para ostentar sus más asombrosas maravillas; pero los seres inteligentes á quienes consagró y dispensó beneficios que había negado hasta á los ángeles, no bien entraron en posesión de una felicidad no merecida, correspondieron al bien con la mayor de las ingratiitudes. Mas ya te contaré toda esa historia al llegar allá y en los ratos desocupados. Concretémosno por ahora á examinar desde aquí las diferentes ruedas que constituyen esa pequeña máquina llamada por los hombres Sistema Solar, y que toda ella, apesar de su diámetro de más de dos mil y

doscientos millones de leguas, de sus grandes globos seguidos de satélites y de sus cometas, viajeros, al parecer, perdidos y errantes, no es más que un punto en la extensión inmensa del espacio. Pero continuemos nuestro exámen. ¿Qué ves, á una distancia mayor del centro, después de Mercurio, Venus y la Tierra?

—Veo otro globito mucho más pequeño que su vecino inferior, pero más colorado que los otros. ¡Y qué de prisa anda!

—Una friolera—respondió San Pedro—veintidos mil leguas por hora. Ese es Marte. En él han simbolizado los hombres el dios de la guerra.

—Como lo ven rojo....

—Han pensado que era de ira; asimilándolo todo á su manera de ver, de sentir y de obrar, que es la manía de los seres humanos.

—¿Y está muy lejos del centro alrededor del cual da vueltas?

—Todos están un poquito distantes, porque la estufa central despidе un calor más que mediano: solo en un segundo da tanto calor como muchos millares de leguas del combustible más poderoso quemado

en un solo punto y en un solo instante.

—Ya hay para asar una chuleta— exclamó el angel sonriendo.—¿Y á qué distancia están del Sol?

—Mercurio como á unos trece millones de leguas; Venus á unos veintisiete; la Tierra á cerca de treinta y ocho, y veinte más que ella el colorado Marte. Pero sigamos, que aquí fuera ya corre el tiempo, y tengo prisa por acabar esta explicación para que nos pongamos en camino inmediatamente. ¿Qué ves después del planeta rojo?

—Muchos planetitas muy chiquitos. Hay más de un ciento, y dan vueltas, cruzándose unos con otros, como en las contradanzas que en el colegio nos enseñaron para las grandes fiestas del Cielo; sólo que el salón en que esos globulitos se mueven parece algo grande.

—Tiene próximamente—contestó San Pedro—ochenta millones de leguas de anchura, y su longitud es un círculo proporcionado á la distancia del centro. Pero sigue.

—¡Este que viene ahora—exclamó el angel con admiración—sí que es mayúsculo!

—Ese es Júpiter, el más grande de todo

el sistema. Es mil cuatrocientas veces más voluminoso que la Tierra que nos aguarda, y se halla distante del Sol doscientos millones de leguas.

—¡Ya es algo!—replicó el angel, y luego continuó.—El que le sigue es un poco más pequeño, pero tampoco es rana. ¿Qué nombre tiene?

—Por allá lo llaman Saturno, personificación del tiempo, padre de los dioses. Saturno devoraba á sus propios hijos.

—¡Qué bárbaro!

—Es que en la transformación continua —dijo San Pedro con notable seriedad— á que están sujetos todos los seres de la naturaleza, el tiempo crea y destruye alternativamente las formas de todo lo creado por medio de una cadena ó círculo de fenómenos interminables. Tal vez por eso simbolizaron ese círculo en el anillo ó anillos de que está circundado el planeta.

—¿Y ese está muy lejos del Sol?

—Trescientos sesenta y cuatro millones de leguas próximamente.

—Y tiene varios globitos que lo acompañan.

—Sí; Júpiter se contentó con llevar cua-

tro en su escolta. Éste, además de los anillos, tiene ocho acompañantes.

—Así no llevará miedo. Pero, si no me engaño, la Tierra también lleva uno.

—Sí, es la Luna, especie de cadaver esqueletado, ó de fósil planetario, cuarenta y nueve veces más pequeño que el globo de donde procede, y al que sigue á noventa y seis mil leguas de distancia, aguardando el momento de la transformación, que ha de volver á su materia el calor y la vida.

—No comprendo....

—Acaba, hijo, acaba, que en otra ocasión trataremos de eso más despacio.

—Ya sólo faltan dos globos—dijo el angel.—Y no son pequeños.

—Son los dos que primero has visto: Urano y Neptuno.

—Es verdad. ¡Luego hay una niebla muy densa!... ¡muy densa!...

—Es la envoltura en que oculta Dios lo que no puede ó no debe penetrar todavía nuestra inteligencia. Pero guardemos el anteojito y partamos.

—¿Cuál será el vehículo?

—El más ligero —dijo el Apóstol con cierta solemnidad.

—¿Será el viaje muy largo? ¿Durará mucho tiempo?

—Sólo de Neptuno á la Tierra, sin contar la distancia que de él nos separa, si tuviéramos que descender como la materia, aun llevando la velocidad de veinte mil leguas por hora, tardaríamos, encontrándolo de la parte acá del Sol, seis años, un día y quince horas. Llevando la velocidad de la luz, que es de setenta y siete mil leguas por segundo, tardaríamos tres horas, cincuenta y un minutos y veintitres segundos. Pero hay otro medio más breve, y es el pensamiento, es la voluntad. Sígueme.

Y esto diciendo, ambos se desprendieron de su forma corpórea, y su espíritu, en alas del pensamiento, se trasladó á la Tierra en un solo instante.

Capítulo IX.

De cómo San Pedro se metió á filosofar apenas llegó á este mundo.

Sin darse cuenta de las particularidades del camino, San Pedro y el angel se encontraron, de pronto, en la Tierra, y en un lugar hacia el cual se sentían arrastrados por una atracción misteriosa.

Pero ¿en qué punto habían descendido?

La percepción ó lucidez intelectual de que el Apóstol y el angel disfrutaban en el Cielo, se había modificado considerablemente. Su espíritu se hallaba como incrustado en una especie de envoltura material, que no les dejaba comunicarse con el exterior sino por medio de los sentidos. A San Pedro le costaba mucho trabajo amoldarse á aquellas

circunstancias, aunque para él no eran nuevas; pero el angel sufría horriblemente con la encarnación á que se veía sometido, sin hallar modo de sustraerse á las influencias del medio en que por primera vez se encontraba.

El frío horrible de los espacios interplanetarios que acababan de recorrer, apesar de hallarse á más de cien grados bajo cero, según testimonio de algunos físicos, no había llegado á impresionarles, por no haber hallado en ellos materia que afectar. Por la misma razón no se habían inflamado al rozar con la atmósfera; pero ambos se hallaban como aturridos por el cambio que acababan de experimentar en su existencia.

San Pedro tendió la vista á su alrededor; evocó sus recuerdos, y al fin pudo reconocer que se hallaba en el Circo romano. Inmediatamente, y obedeciendo á su propio instinto, síntesis de la suprema ley de conservación, sus ávidos ojos buscaron los oscuros antros donde solían encerrar las fieras destinadas á cebar sus ebúrneos dientes y sus aceradas garras en los miembros palpitantes de las humanas víctimas, en cuyas horribles contorsiones encontraba el pueblo rey su más agradable distracción y su más

inocente entretenimiento. Pero los antros estaban vacíos, y sus bóvedas, como las gradas en que solían gritar los espectadores, sólo presentaban ruinas, desolación y completo abandono.

—Cerca de aquí—dijo al angel—fui yo crucificado con la cabeza hacia abajo, en tiempo de Nerón, el más vil de los emperadores.

Luego, pasando por el Vaticano, en la Vía Tiunfal, añadió:

—Ahí fué depositada mi primera corteza terrestre en el año 68 de nuestra era. Mi compañero San Pablo fué degollado en el mismo día, y sepultados sus restos en la Vía Ostiense.

Internáronse después en las calles de la ciudad, donde en vano buscaron los tribunos y los lictores, los orgullosos patricios y las legiones de guerreros, avasalladoras del mundo. Tampoco hallaron ya tropas de frailes, de clérigos y de cantantes afeminados, adiestrándose para ir á adormecer y explotar las naciones con sus encantadoras melodías. Encontraron un pueblo nuevo, activo y varonil, que salía como el Fénix de sus propias cenizas.

Así como la naturaleza, en las continuas transformaciones iniciadas desde los primeros tiempos geológicos, anunciaba, como por ensayo, en una época, tipos, que más tarde se desenvolvían en géneros y especies numerosas, el tipo del juglar, anunciado por el infame Nerón y sus abyectos imitadores en los espectáculos públicos, vióse por algún tiempo dominando en la capa social de una época reciente; pero vino una nueva transformación, y el tipo del ciudadano romano volvió á encarnarse, y el juglar desapareció de la escena. San Pedro se encontraba desorientado.

En un momento de lucidez Dios le permitió abarcar de una sola ojeada el profundo cambio operado en las naciones de Europa, y hasta entrever las grandes transformaciones de ambos continentes.

La institución á que él había servido de base no era ya monocéfala y poderosa como en otros tiempos. La Iglesia católica se había dividido en tres ramas, y ostentaba ya otras dos cabezas, que imprimían al espíritu humano dirección y aspiraciones distintas. La Iglesia griega por una parte, y la anglicana por otra, socavaban por el cimiento la disciplina y el dogma, que en los primeros si-

glos parecían inquebrantables. De ambas, pero de la segunda especialmente, habían brotado muchos retoños, que empezaban á absorber la savia del tronco principal, para dejarlo sin jugo y precipitar su destrucción, como sucede con el árbol viejo, cuyas fibras se endurecen y cuyos conductos se obstruyen. Tal vez una nueva evolución las haga volver á su origen.

Pero Roma no era ya la capital del mundo católico. El Vicario de Jesucristo, que, al hablar, *urbi et orbi*, hacía en otro tiempo doblegar la cabeza á los reyes; que, uniendo su poder temporal á la potestad espiritual, desencadenaba ó apaciguaba á su arbitrio las tempestades políticas; que dirigía los movimientos sociales y señalaba límites á las naciones, veíase despojado de una de sus más poderosas fuerzas, y luchaba en vano, poniendo en acción todos los músculos y nervios de su quebrantado organismo, para recobrar un vigor, cada día más debilitado. Oíase su voz al través de las rejas de su estrecha y voluntaria cárcel; pero su fuerza no se sentía ya como impulso de una poderosa corriente eléctrica, sino como el débil temblor de un cadáver galvanizado.

San Pedro concibió por un instante la idea de darse á conocer, empuñar de nuevo el timón de la nave y dirigirla por el mismo rumbo en que navegaban los Apóstoles; pero se habían levantado ya muchos bajíos, y era muy fácil zozobrar en los mares que en otro tiempo aparecían sin fondo.

Tenía además otro temor, y era el de que no se le reconociese y se levantase un nuevo cisma; pero el que hubiera á un tiempo dos Papas no era para él un obstáculo insuperable, porque ya se había visto otras veces la Iglesia en iguales apuros, sino el provocar una crisis demasiado violenta en un enfermo tan decaído y tan grave.

Por todas estas consideraciones resolvió al fin abstenerse, permanecer incógnito y esperar de Dios el remedio.

El estado general del mundo, en cuanto á primera vista pudo comprender, no le pareció muy satisfactorio. Los síntomas de desorganización eran alarmantes. El malestar social se dejaba sentir por donde quiera; y lo mismo en las clases más ínfimas de los antiguos siervos, convertidos ya en proletarios, que en las de los viejos dominadores por la conciencia y por la estirpe, reducidas hoy á

una sola categoría, la del dinero, todos se hallaban afectados de una inquietud y de un dolor que, no por indefinibles, eran menos punzantes.

San Pedro comparaba aquella situación penosa á la de una mujer próxima á su alumbramiento. Parecíale haber entrado el mundo en el estado de gestación de una nueva idea y hasta de una nueva forma social. Pero ¿qué pariría? ¿Sería otro nuevo parto de los montes?

Reconocía él, por el olor, que la levadura que fermentaba por todas partes era la misma que él había ayudado á introducir entre la masa humana; pero la habían adulterado ya con muchas sustancias nuevas.

Aquel espíritu comunista de los buenos tiempos apostólicos, en que el rico distribuía gustoso su hacienda entre sus hermanos y se contentaba con participar de ella, según el criterio del diácono encargado de repartirla, se presentó á los ojos del santo en su primitiva y genuina forma, pero mucho más generalizado ó democratizado, que es la palabra sacramental, y con distinto origen, ó brotando de una nueva fuente.

Antes eran los ricos los que por amor de

Dios y del prójimo llevaban sus bienes á repartir; era, pues, la aristocracia de la riqueza la que tomaba la iniciativa; ahora son las *masas* las que piden ese reparto en nombre también de una gran virtud, de la caridad; pero de la caridad bien ordenada, que, como se sabe, empieza por uno mismo.

La lucha entablada, al parecer, entre la *autoridad* y la *libertad*, no era tampoco una lucha franca. San Pedro lo veía bien claro. Tanto la una como la otra no eran sino parapetos desde los cuales esgrimía sus armas el egoísmo. Los de una parte no querían soltar nada; los de la otra lo querían todo.

El primer baluarte que se había minado era el de la conciencia. Los unos colocaban en él á Dios; los otros lo consideraban como un juego de cubiletes para explotar á los incautos.

La autoridad, que era la que tenía más fuerza, observó el cáncer en el cuerpo social y trató de extirparlo por el hierro y el fuego, pero los cirujanos aplicaron el cauterio con tan poco tino, que quemaron la parte sana y el cáncer siguió corroyendo.

De la lucha interior se pasó pronto á otro género de lucha y se esgrimieron otras

armas. El estómago tomó parte en la contienda; del ayuno forzoso resultó, como era natural, la conmoción de todos los miembros amenazados. Entonces se proclamaron los DERECHOS DEL HAMBRE, que, por un error de imprenta, se llamaron DERECHOS DEL HOMBRE; pero la equivocación surtió su efecto, y la bandera adquirió cada día mayor prestigio.

Los combatientes se dividieron después en tres bandos; y el que ocupó el centro tomó el nombre de *Clase media*; dejó sus armas, sus banderas y hasta sus fortificaciones en poder de los que peleaban contra la autoridad y no querían reconocerla en ninguna forma, y alargó un pie hacia las tiendas de los autoritarios.

La naturaleza humana, inclinada siempre á amar algo y respetar algo, viendo que la alejaban de Dios, como ente inútil ó inverosímil; que la autoridad, apoyada en la conciencia, se había desprestigiado por sus mismos defensores; que la del linaje era una sombra vana; la de la virtud, un mito; la de la inteligencia, ensimismada y estéril, y la de la fuerza inconstante y voluble, acabó por concentrar todo su amor y todo su respeto en un

ídolo que pudiera satisfacer sus aspiraciones, y que, si no crea, por lo menos reemplaza los méritos de la conciencia, del linaje, de la virtud, de la inteligencia y de la fuerza misma, que siempre se halla á sus órdenes.

Ese ídolo es el DINERO.

Él es, con excepciones rarísimas, el móvil de todas las acciones humanas. Por él se lucha sin tregua y sin descanso, y en sus aras se inmolan víctimas y se hacen sacrificios de sangre y de honra, de virtud y de conciencia.

¿Y qué ha sido de la LIBERTAD?

¡La LIBERTAD!... También ha sucumbido en las aras del ídolo insaciable; pero ¡oh dolor! ¡la han sacrificado después de prostituirla!

Tal fué el juicio que formó San Pedro sobre las cosas del mundo en su primera y rápida ojeada; y con el mayor desaliento dijo al angel:

—¡Quizás nuestro viaje es viaje perdido!

El angel, ó no lo comprendió bien, ó no veía las cosas como el Apóstol. Lo cierto es que no se atrevía á contestar afirmativa ni negativamente; pero viendo al santo que continuaba muy pensativo, le dijo al fin:

—Y á nosotros, en último caso, ¿qué nos importa?

—Tienes razón—exclamó San Pedro.

Y reparando en un hotel que se hallaba enfrente, entraron á pedir hospedaje.

Capítulo X.

Donde se revela un proyecto infernal de los ángeles caídos.

En tanto que nuestros dos viajeros celestes se amoldaban á su nueva situación y empezaban un estudio más detallado y serio de las cosas terrenales, en los Infiernos andaba una baraunda de doscientos mil demonios.

Y las circunstancias no eran para menos.

Pero despejemos la incógnita.

Partiendo del principio de que el diablo todo lo sabe, porque en todas partes se mete, no bien el Apóstol y su agregado pusieron los pies en la Tierra, cuando uno de los muchos espíritus infernales que andaban por las ca-

lles de Roma metiendo zizaña, al reconocer con asombro aquellos dos personajes tan importantes, dejó todos sus quehaceres, voló á Nápoles, trepó á la cumbre del Vesubio, y, arrojando al aire los vestidos con que se hallaba disfrazado, se lanzó de cabeza á una de las perforaciones del cráter, y desapareció como el relámpago entre las nubes.

Las materias hirvientes, acumuladas en la chimenea tortuosa y humeante, dieron paso al espíritu; y éste, penetrando en el interior del globo, y recorriendo con celeridad espantosa las profundas cavidades llenas de gases inflamados y dispuestos para producir las futuras erupciones y los terremotos, llegó á la puerta del palacio de Luzbel, y empuñando el aldabón, sacudió en ella dos golpes tremendos.

El volcán lanzó una furiosa llamarada, y aquel ruido llegó á la superficie del planeta como un rumor sordo, acompañado de un movimiento de trepidación que hizo estremecer de espanto á los mortales en muchas leguas á la redonda.

El Príncipe de las tinieblas, á quien, no obstante su ya larga aclimatación, todavía molestaba un poco aquella temperatura de

mucho miles de grados, á cuya acción se funden los metales más resistentes, y que, sin embargo, allí no alumbra, se hallaba recostado y meditabundo, ó más bien soñoliento, echándose aire entre ambas astas con la extremidad de su cola, á guisa de abanico, y balanceándose en una hamaca de gruesos hilos de amianto, pendiente de la elevada bóveda en la inmensa galería, que, según la hipótesis de algunos geólogos, existe, como depósito de gases inflamables, entre la costra sólida y el núcleo incandescente de nuestro planeta. Esta cavidad, donde no sin razón han localizado el Infierno, y aun el Purgatorio, pared por medio, sirve no sólo para castigo de las almas, sino de aparato de transformación de la materia, donde los gases desprendidos se convierten en sustancias líquidas y sólidas, que lentamente se van adhiriendo á la techumbre y aumentando la corteza de esta bola aplastada, la cual corteza, aun teniendo veinte leguas de espesor, como algunos suponen, no ofrece más resistencia ni seguridad que la de un papel en que se hallase envuelta una naranja.

Alrededor de la hamaca de Luzbel había extensos bancos de metales candentes, don-

de reposaban las numerosas legiones de espíritus protervos que en remotas épocas bullían y se agitaban en el mundo para arrastrar consigo á los mortales. Aquella quietud y aquel silencio eran solemnes, y no los turbaba sino el lento y monótono ruido de la caída de las almas, que acompasadamente, y como las gotas desprendidas de un filtro, iban cayendo por diferentes perforaciones, y buscando su puesto entre las llamas, como las materias líquidas y gaseosas van por sí mismas á colocarse en el lugar que les corresponde, obedeciendo á la ley de su gravedad específica.

Los gemidos, las maldiciones y las blasfemias de los condenados, que, sin consumirse, se agitan en lagos profundos de materia hirviente, llegaban allí como ecos de tempestades lejanas, que ni conmueven ni impresionan.

En aquella actitud de calma soporífera se encontraba el Infierno cuando Astarot, que tal es el nombre del diablo recién llegado, hizo estremecer con sus golpes los ecos de aquellas sombrías profundidades.

Luzbel lanzó una imprecación horrible; se incorporó en su hamaca y echó mano á su tridente.

Los diablos todos, al oír la imprecación de su soberano, que retumbó como cien truenos por aquellas cavernas insondables, se levantaron como un solo espíritu y lanzaron en derredor miradas siniestras.

—¡Algo muy grave ocurre allá arriba!— exclamó Luzbel con voz ronca, cuyo eco hizo estremecer de espanto á las diabólicas legiones.—¡Vayan pronto á abrir esa puerta!— continuó luego—¡á ver qué demonio es el que viene á interrumpir nuestro letargo!

Un pelotón de los espíritus más activos corrió inmediatamente á abrir la puerta principal, que, rechinando sobre sus goznes, dió paso á Astarot, el cual, sin detenerse ni corresponder á la cortesía con que fué saludado, se lanzó presuroso y jadeante hasta la hamaca de su jefe.

Éste le tendió la pata derecha en señal de buena acogida. El súbdito acercó respetuosamente sus labios á la uña del dedo pulgar, ceremonia recién establecida por la etiqueta de aquella corte, y que es una modificación de la práctica nada limpia de los tiempos de duendes y brujas, en que el beso se daba, según crónicas muy respetables, debajo de la cola y en mitad de las posaderas.

—¿Qué pasa, Astarot—dijo luego Luzbel—que vienes tan azorado?

—Señor—contestó el que acababa de llegar—hay grandes novedades, no sólo en la Tierra, sino en el Cielo.

—Explicáte—repuso Luzbel, sentándose formalmente en la hamaca.—¿Qué hay?

—Lo que hay es—dijo el interpelado—que San Pedro ha dejado su portería, y se halla en la Tierra de incógnito.

—¡De veras!

—Y lo acompaña un angel, que viene también disfrazado.

—¿Y qué diablos traen por este mundo?

—No lo he podido averiguar, pero debe de ser algo grave.

—Sin duda—exclamó el jefe de los demonios; y se quedó por algunos instantes muy pensativo. Al cabo volvió á preguntar:

—¿Te habrás equivocado?

Astarot se sonrió maliciosamente de la desconfianza de Luzbel, el cual se apresuró á decirle, como para satisfacer la susceptibilidad del subordinado, injustamente herida:

—No es que yo dude, ni por un momento, de tus aptitudes y de tu pericia, de que

tengo relevantes pruebas; es que no alcanzo á comprender el motivo que haya podido determinar la venida á la Tierra del Príncipe de los Apóstoles y del angel que lo acompaña. Hace ya mucho tiempo que tácitamente se había establecido una tregua entre las potestades celestes y las infernales, en vista de nuestra actitud pacífica, actitud que no procede ciertamente de una modificación de nuestros propósitos é intenciones, sino de la ninguna necesidad que tenemos ya de molestarnos para recoger de la Viña del Señor casi todo el fruto. Como tú sabes, sin el trabajo de disfrazar ni esconder nuestras garras, nuestros cuernos y nuestra cola, ni de modificar nuestros azufrados perfumes, ni presentarnos siquiera en el teatro de nuestras antiguas hazañas, tenemos ya en el mundo agentes más poderosos que nosotros, y que dan resultados cada día más admirables. El hombre, rodeado de la Pereza, de la Ambición y de la Envidia, se ha hecho esclavo de la Infidelidad y de los Rencores, cuyas armas esgrime contra sus hermanos. Ya no necesita de Eva para comer toda clase de manzanas, sin que su aspecto ni su sabor le repugnen. La mujer, por su parte, tiene á los dos enemigos

del alma que allá quedan como sus amigos más íntimos; y aunque tienda á su completa emancipación de derecho, está de hecho suficientemente emancipada para obrar en todo por su propia cuenta, ó por la nuestra, pudiéramos decir más propiamente. Así, pues, nuestro fruto madura por sí mismo y viene á caer en nuestras trojes sin que tengamos que molestarnos, y sin que nadie pueda exigirnos responsabilidad moral con sólido fundamento.

—Vuestro juicio es tan exacto—añadió Astarot—como una demostración matemática.

Luzbel volvió á quedar pensativo otro largo rato, y luego, como herido de repente por una idea tenebrosa, dirigió á su interlocutor una mirada envuelta entre lívidos resplandores; dejó ver en sus labios la más diabólica de las sonrisas, y al fin exclamó con voz ronca:

—¡Ya hemos triunfado de la Tierra! ¡Ahora triunfaremos del Cielo! Siéntate y escucha.

Astarot acercó una masa de fuego que estaba por allí cerca y se sentó enfrente de su jefe. Éste hizo una señal á los demás dia-

blos para que se alejasen, y cuando ya los vió á cierta distancia, se expresó de este modo:

—Ya sabes, amigo y confidente mío, que mi rencor justo y cada vez más concentrado contra el Tirano de las alturas y contra sus obras, rencor de que aquí todos participamos, es eterno como su poder y nuestra desgracia.

Nosotros hemos venido inutilizando, uno por uno, todos los medios inventados por Él para sustituir con la raza humana la de los ángeles precitos. En el Paraíso terrenal, yo, disfrazado de serpiente, hice comer á Eva, y por ella á Adán, la manzana de perdición, origen de nuestros lisonjeros triunfos. Más tarde, haciendo agradables á los hijos de Dios las hijas de los hombres, logramos que el Creador mismo se arrepintiese de su obra, y á no ser por Noé y su reducida familia, el diluvio lo hubiera aniquilado todo.

Nuestro era ya otra vez el mundo, apesar del pacto divino con el pueblo de Israel; todas las naciones estaban sujetas al yugo de la idolatría, hechura nuestra, cuando fué intentada otra nueva rehabilitación á costa de un mayor sacrificio: el Hijo de Dios derra-

mó su sangre para redimir á los hombres, y dejó en la Tierra la semilla del bien, destinada á destruir nuestro imperio. ¡Vana tarea! Nosotros hicimos degenerar aquella semilla; el trigo se perdió otra vez entre la zizaña; las malvas se convirtieron en hortigas, y la indigestión de la manzana de Eva se ha recrudecido en sus descendientes y nos ha hecho de nuevo señores absolutos de esta maldita raza.

Aunque no podemos penetrar los designios de Dios, que aun permanecen para nosotros inexplorables, la venida de San Pedro á la Tierra envuelve, sin duda, un proyecto contra nuestro poder, y hay que combatirlo con energía. ¡Se nos trae de nuevo la guerra á nuestros dominios! ¡Llevémosla nosotros á las regiones celestiales! Allí, según mis noticias, no se avienen muy bien los santos de la Antigua Ley con los de la Ley de Gracia; hay muchos ángeles postergados, que debían ser ya serafines ó querubines, y no han obtenido ni un miserable ascenso en su dilatada carrera; hay descontento general, por el favoritismo caprichoso inspirado por una camarilla ignorante; y estoy seguro de que, con una ligera instigación, habrá un serio pronuncia-

miento ó una insurrección general, de que podemos sacar mucho partido.

Tiempo hace que me propuse introducir allí algunos emisarios para avivar el descontento; pero la vigilancia del antiguo portero por una parte, y por otra la de la policía, á cuya cabeza se hallan dos santos inquisidores, han hecho mis esfuerzos inútiles y obligado á regresar á mis agentes sin la más remota esperanza.

Hoy, las circunstancias han variado mucho. Cualquiera que sea el nuevo portero, estoy seguro de que tendrá algunas distracciones, y nuestra empresa no es ya imposible. Solo falta elegir dos diablos activos é inteligentes que trabajen bien el negocio; que tengan valor para vencer cualquiera dificultad que surja, y que, á todo trance, penetren en el Cielo.

—Si creéis que yo puedo servirlos....—dijo Astarot con fingida modestia.

—¡Por supuesto!—exclamó Luzbel—tú serás uno de mis enviados; pero el otro.... Si el Cojuelo no fuera tan conocido....

—Patetas sería un buen compañero—repuso Astarot—porque es un diablo muy astuto; él solo ha traído revuelta la Tierra por es-

pacio de mucho tiempo con su actividad incansable; y ya sabéis que su extraordinaria ligereza es la que le ha hecho merecer el honroso nombre con que se le distingue.

—¡Tienes razón!—exclamó el Príncipe infernal, dándose una palmada en su cornuda frente, que hizo despedir un relámpago.— ¿En dónde está?

—Él fué el que me abrió la puerta. No debe de estar muy lejos.

—¡Que lo llamen!

Y antes de que Luzbel acabase de pronunciar su mandato, Patetas se presentó á su jefe con ademán resuelto, y dijo:

—¿Qué me mandáis, señor?

Luzbel lo miró de alto á bajo con una sonrisa de complacencia; y al ver á aquel diablo vivaracho y travieso, ágil y vigoroso, en la fuerza de la juventud, con ojo inteligente y briosa apostura; y comparándolo con Astarot, diablo reflexivo é intencionado, de larga experiencia y refinada malicia, dijo para sí: «Se completan.» Y, levantándose de la hamaca, se encerró con ellos en un antro reservado y obscuro, donde les explicó el objeto de su escabrosa y árdua misión, y les dió algunas instrucciones para cumplir bien su cometido.

Al poco rato salían los dos camino del Cielo con algunos diablos más, que tendían un hilo metálico invisible para facilitar las comunicaciones.

Luzbel se volvió á su hamaca, diciendo entre dientes y con diabólica satisfacción: —¡Triunfaremos!

Capítulo XI.

De los nombres extraños que San Pedro y el angel tomaron en la Tierra sin faltar á la verdad; de la primera comunicación telegráfica interrumpida por un fraile, y de las lecciones que el Apóstol empezó á dar á su discípulo.

A las pocas horas de habitar San Pedro y el angel en el hotel que habían elegido por morada, se les presentó con mucha urbanidad el dueño del establecimiento, preguntándoles su nombre, su profesión y su procedencia, para ponerlo en conocimiento de la policía.

San Pedro se vió un poco apurado para contestar, sin darse á conocer ni decir mentira, cosa que siempre había repugnado á su caracter; pues si una sola vez faltó á su propósito, negando á su Maestro, lo pagó bien caro con sus lágrimas, y quedó escarmentado desde entonces para no faltar ya nun-

ca al octavo mandamiento del decálogo.

Adoptando, pues, el sistema de reservas mentales, admitido hoy como un recurso inocente, aun entre las personas de más severos principios, como son los hijos de Loyola, el Apóstol, que había recibido del Espíritu Santo la ciencia infusa y el dón de hablar y entender todas las lenguas, contestó al hostelero en buen italiano, para que tomase sus apuntes:

—Me llamo Simón Roca; vengo del Celeste Imperio, y mi profesión es.... la de sacerdote del culto católico. El joven que me acompaña, de nombre Celestino, es.... ahijado mío; tiene la misma procedencia, y aún no ha elegido profesión, porque se está educando.

El hostelero escribió en su libro de memorias, para transmitirlos á la policía, los renglones siguientes:

«El señor abate Simón Roca, misionero procedente de la China; un joven, ahijado del anterior, llamado Celestino.»

Para su gobierno particular, ó su fuero interno, la inscripción fué diversa, y expresaba una interpretación maliciosa de las relaciones que existían entre sus dos huéspedes; pues decía así:

«El señor abate Simón Roca, misionero católico; presencia respetable, mirada inteligente, conversación amena, porte de hombre acaudalado.

El joven Celestino, hermoso y simpático, mirada dulce, preciosas formas. ¿Discípulo? ¿Ahijado?... ¿Hijo?...»

La sospecha del hostelero, por ofensiva que fuese, al recaer sobre un sacerdote católico, era disculpable; porque en Roma, y aun fuera de ella, son muy frecuentes... estas equivocaciones.

Antes de despedirse preguntó al abate el trato material que deseaba que se le diese; y, al ver que San Pedro exigía un verdadero trato de príncipe, ya no dudó de que su huesped sería uno de los muchos sacerdotes que, sin dejar la pobreza del espíritu, se enriquecen á la sombra de la Iglesia.

Luego que el hostelero los dejó solos, San Pedro pensó que su principal deber era dar cuenta al Padre Eterno de su llegada á la Tierra por medio del telégrafo, que se hallaba establecido para las comunicaciones más importantes, no solo desde Roma al Empíreo, sino desde el templo católico de la más insignificante aldea, por hilos misteriosos de

que no pueden hacer uso sino los sacerdotes, y como él, felizmente, pertenecía al gremio privilegiado, escribió, para transmitirla, una comunicación breve, pero compendiosa, que decía así:

«A M. D. G. Roma.—Tal día, á tal hora y tantos minutos.

Sr. San Gabriel Arcángel.

Llegada feliz. Cristianismo degenerado. Humanidad perdida. Carnaval perpetuo. Diablos ausentes. Enemigos más formidables. No desmayó.

SIMÓN PEDRO.»

Mientras el Apóstol se fué á dirigir por sí mismo su comunicación, quedóse el angel arreglando los periódicos, libros y mapas, que acababan de recibir de todo el mundo, pero no entendia nada de aquella geringoza, porque no tenía todavía el dón de lenguas ni el conocimiento de las ciencias terrenales; así es, que se quedó profundamente dormido en medio de su tarea.

San Pedro, que se había reservado, entre otras prerrogativas, la de hacerse invisible á su voluntad, llegó al despacho de comuni-

caciones establecido en el Vaticano, y se puso á manejar el telégrafo, que por fortuna nadie ocupaba en aquel instante; pero no había acabado de transmitir su comunicación, cuando llegó un fraile dominico, sudando á chorros y jadeante, con un papel en la mano.

Elviejo Pontífice, para que el fraile no lo interrumpiera, tomó el aspecto exterior de un simple clérigo, y continuó transmitiendo palabras, sin cuidarse de la persona que acababa de llegar á la oficina.

— Señor abate—le dijo el reverendo, cuyas mejillas, frescas y coloradas, no revelaban mucho la austeridad del claustro—necesito poner ahora mismo una comunicación larga y muy importante, y espero se sirva usted dejarme el puesto libre hasta que la haya transmitido.

San Pedro miró de frente al fraile gordo, y, sin contestarle una palabra, siguió transmitiendo su comunicación.

Figurándose el reverendo, por la actitud impasible del Apóstol, que éste no lo había oído, quizás por un defecto de este órgano, levantó la voz cuanto pudo y repitió toda la frase.

La respuesta del supuesto abate fué mesurada y lacónica.

—Ya lo he oído, reverendo padre. No soy sordo.

—¡Entonces!...—replicó el fraile con mal disimulada ira.

—Entonces—volvió á replicar San Pedro con la misma calma—tendrá su reverencia que aguardar á que yo concluya.

—¡Es que mi asunto es muy urgente!

—Es que el mío no lo es menos.

—¡Va en ello la salvación de un alma!

—En el mío va la salvación de muchas.

—¡Señor abate, es usted un impertinente!—exclamó el fraile con los ojos enrojecidos y saliéndoseles de las órbitas.

—Reverendo padre—contestó San Pedro reprimiéndose (porque había recordado á su pesar su época de pescador y la escena de Malco)—respete usted siquiera mis canas.

—Soy—exclamó el dominico levantándose con orgullo—soy el Muy Reverendo Padre Fray...!

Antes de que acabara se levantó también San Pedro, é interrumpiéndolo, le dijo:

—¡Y yo soy ...!

Lo que el Apóstol le dijo que era, ó lo que el fraile vió ó comprendió en el persona-

que le hablaba, no lo sabemos; pero sí que cayó á sus pies de rodillas, tembloroso y humilde, y que el color de escarlata que tenía su moñetudo rostro se trocó de repente en una palidez cadavérica.

—Ya he concluido mi comunicación—le dijo San Pedro, ayudándolo á levantarse. Veamos en qué consiste la gran importancia de la suya.

El fraile por toda contestación alargó temblando al Apóstol el papel que llevaba escrito, y que decía así:

«Urgente. A. M. D. G.

Sr. Santo Domingo de G., Departamento de Policía.

A N. N., muerto sin confesión como enemigo de la Iglesia, negáronsele ayer honras y sepultura eclesiástica. Hoy, á última hora, la familia del difunto paga grandes sufragios. Arreglase un testamento póstumo; prepárase funeral solemne y sepultura digna. Negocie salvación directa ó siquiera Purgatorio. Firmado,
EL R. P. FR....»

San Pedro rompió el papel y se retiró, diciendo al Reverendísimo:

—¡La justicia de Dios no se tuerce á voluntad de los hombres!

Aquella tarde se celebraban en Roma las exequias de N. N. y se lamentaba la repentina muerte del Muy Reverendo Padre Fray... religioso dominicano.

Cuando el abate Simón regresó al hotel, Celestino dormía aún con el sueño de los bienaventurados.

Un poder sobrenatural había hecho conducir allí las publicaciones actuales de todo el mundo; pero el angel no las había podido coordinar sino por tamaños, y había puesto en lugar preferente las hojas más grandes y los libros más voluminosos, dándoles mayor importancia, como se suele hacer entre los hombres.

El Apóstol le dijo:

—Destinado como estás por la Divina Providencia á ser mi colaborador en la obra de misericordia que me he propuesto realizar aquí abajo, necesito darte á conocer tres cosas: el humano lenguaje en toda la enorme extensión y variedad que hoy tiene; las diferentes razas y naciones que pueblan el mundo, y las regiones que en él ocupan.

Empezaré por ideas generales, diciéndo-

te, en primer lugar, cómo los hombres han dividido los tiempos de su existencia en la Tierra en tres grandes períodos, prescindiendo del antediluviano, que es muy obscuro y que no necesitas conocer por ahora. Llamaron y llaman al primero *Edad de piedra*, por ser de ella los instrumentos de que los hombres se valían para ayuda de sus brazos, por naturaleza débiles, en los trabajos indispensables para satisfacer las más imperiosas necesidades de la vida; llamaron al segundo *Edad del cobre*, porque ese metal les proporcionó algún nuevo progreso; y al tercero llamáronlo *Edad del hierro*, porque el hierro ha centuplicado las fuerzas humanas, y no por su dureza y el predominio de la fuerza bruta, carácter que más bien pertenece á las anteriores que algunos llaman doradas.

La época presente se diferencia de todas las demás en que la fuerza que impera no tiene su apoyo ni en la piedra ni en el hierro, sino en el oro; aunque la inteligencia, que ha puesto al servicio del hombre las nubes y el rayo, y la palanca poderosa de la idea, en la palabra hablada y escrita, le va minando el terreno y acabará por adueñarse del mundo.

Por desgracia, el hombre, que ha abusado

de todo, ha llevado también su abuso á la palabra hablada y escrita; y en vez de emplearla en el esclarecimiento de la verdad, en mejorar las condiciones de su espíritu y producir el bien, la ha empleado, y la emplea con frecuencia en destruir la obra de Dios y en aniquilarse á sí mismo, poniéndola al servicio del dinero. Esa es la causa de que se retrase su triunfo.

— ¡Qué lástima! — dijo el angel con candoroso é infantil sentimiento.

San Pedro continuó:

— Formado el hombre de dos sustancias distintas, de cuerpo y de alma, sirviendo, por decirlo así, de habitación el primero y de habitante la segunda, y siendo inseparables durante la vida terrenal, desde luego nacieron dos tendencias: la una que solo cuidaba de la casa, sin importarle un bledo el inquilino; y la otra, que solo atendía al último, dejando la habitación en completo abandono. Los hombres llamaron á la primera sensualismo ó materialismo, y espiritualismo á la segunda.

El espiritualismo exagerado engendró los ayunos, las mortificaciones de todo género, la vida contemplativa, el aislamiento monacal y el celibato.

El sensualismo exclusivista fué el padre

de la gula, de los placeres enbrutecedores, de la disipación, de la avaricia, de la mala fé, y, por último, de la poligamia.

Las dos corrientes encontradas abrieron entre la humanidad un cauce tortuoso, como el de toda corriente; y entre la fuerza de la una y la resistencia de la otra, se formaron ángulos opuestos, salientes y entrantes, que desviaban cada vez más el cauce de la línea recta.

El cristianismo de la Edad media, exagerando las aspiraciones de su doctrina, y proclamando el ascetismo y el celibato como las primeras de las virtudes, hubiera inutilizado la obra de Dios y aniquilado la especie humana en un breve plazo, si la naturaleza misma no se hubiera opuesto á aquella terrible avalancha.

De la exageración de un principio brotó la exageración del opuesto; y el sensualismo, infiltrándose en el Corán, dió á Mahoma la fuerza y el poder necesarios para extender su dominación hasta la misma fuente de la idea cristiana, á la cual cubrió con su turbulento oleaje, y continuó su lucha por apoderarse del mundo.

La marcha de la civilización, desde los primeros siglos hasta la época presente, es

un misterio impenetrable. La vemos nacer y caminar, como la luz del sol, como los vientos alisios, como las corrientes marítimas más impetuosas: de Oriente á Occidente.

De los confines orientales del Asia, la civilización india extiende sus resplandores á la Persia y al Egipto, que á su vez los transmiten á la Arabia, al África boreal, á Macedonia y á Grecia. De aquí una nueva corriente inunda de luz al Imperio romano, heredero del macedónico; y mientras que en los focos primitivos suceden las tinieblas á la claridad (quedando apenas un resplandor aislado en los dominios de Confucio), la Europa recibe y conserva el depósito precioso que, velado por pasajera nube de fanatismo, brilla con nueva luz en la época actual, en que las luchas se renuevan y asoman por todas partes desconocidos resplandores.

Al principio de esta época, la luz, concentrada en un pueblo meridional, heterogéneo en su formación, algo exagerado en su amor propio, pero de noble carácter y generosos instintos, iluminó, al través de los mares, regiones ignoradas hasta entonces, de cuyo descubrimiento se aprovecharon otros pueblos de cálculo más seguro; y en esas regio-

nes se descubren ya las señales de la corriente impetuosa, que, con imperturbable y sereno curso, lleva el foco de la civilización en su derrotero primitivo.

¿Será que Dios ha dotado á la Tierra de una cantidad de luz determinada que no alcanza á brillar sino en un solo punto?

¿Será que la civilización es una planta que no ha podido aclimatarse hasta ahora en ningún país por falta de desarrollo armónico en sus elementos morales, intelectuales y materiales, y que busca incesantemente suelo propio y mejor cultivo?

¡Misterios!

Pero volvamos á nuestro asunto.

Los hombres han variado las formas del lenguaje de tal manera, que puede decirse, aproximándose á la verdad, que

En Europa se hablan 53 lenguas distintas.

En Africa 115.

En Asia 153.

En América 422.

En la Oceanía 117.

Y añadiendo á esta cifra los dialectos de cada una, constituyen la suma enorme de 5,000 maneras de expresarse.

Hé ahí lo primero que tienes que aprender, y que, autorizado por Dios, podré enseñarte en una lección sola, para que me auxilies en mis trabajos.

Y el Apóstol, poniendo las manos sobre la cabeza del angel, le infundió el dón de lenguas que del Espíritu Santo había recibido.

Capítulo XII.

De cómo en el Cielo continuaron rumores alarmantes. Carta de Astarot á Luzbel. Convo-ca éste á su pueblo para entusiasmarlo, y, con un discurso de Belial, le sale el tiro por la culata.

Volviendo ahora á las mansiones celestiales, fácil era de observar que, al movimiento de efervescencia producido por el cambio de portero (única mudanza que se había verificado allí desde la rebelión aterradora de Luzbel, que ocasionó algunas destituciones y ascensos, por acciones de guerra, en las clases militares), había sucedido entre los bienaventurados un periodo de calma, al parecer sólida y duradera. No obstante, en los barrios habitados por ciertas notabilidades del antiguo régimen, como Patriarcas, Profetas y Reyes, entre los cuales se llegó á abrigar la esperanza del cambio de ministe-

rio anunciado en uno de los capítulos precedentes, se notaba todavía cierta agitación poco tranquilizadora.

No faltó quien denunciara á la policía que el rey Salomón había tomado á su servicio muchas vírgenes cristianas, á quienes ejercitaba en la música, obligándolas á recitar á coro *El cantar de los cantares*, donde hay algunos versículos de un color y un calor demasiado subidos.

Decíase del Patriarca Noé que no había dejado su costumbre de embriagarse y que daba algunos escándalos.

De Moisés y Aarón, que habían tolerado que en un baile de israelitas se volviese á adorar el becerro de oro; y, en fin, que algunos oficiales beneméritos, como los Macabeos, estaban muy disgustados por su separación del servicio activo, para el cual ya no se nombraba sino santos del nuevo régimen.

Entre los coros de ángeles había también algunas murmuraciones, porque San Miguel era cada vez más rígido; no los dejaba salir del cuartel, ni aun en los días de fiesta, y los molestaba continuamente con ejercicios, revistas y paradas.

En cuanto á las reuniones sospechosas que con gran secreto seguían celebrándose de noche en la casa de San Juan Bautista, los rumores eran tremendos. Una beata, no canonizada todavía por la Iglesia, pero que ya tenía ínfulas de santa, aseguró que aquella era una reunión de antropófagos ó angelófagos, y que ella sabía de buena tinta que una noche se habían tragado nada menos que tres ó cuatro tiernos angelitos crudos.

En esta disposición se hallaba el Cielo cuando arribaron á sus puertas los emisarios infernales, después de tender su alambre eléctrico por la escalera que con el mundo comunicaba, aprovechando el lado opuesto al de la Iglesia católica, que encontraron libre.

Los diablos auxiliares regresaron inmediatamente á la mansión de Luzbel, llevándole con la misma celeridad de un telegrama la carta siguiente, escrita por Astarot en la espalda de uno de sus compañeros con hollín y sudor de su propia cosecha, á falta de papel y tinta:

«Señor:

Según nuestro olfato, la levadura que causó nuestra rebelión fermenta todavía. El nuevo portero no parece santo de muchos

alcances; es aficionado á la música y toca el violón con frecuencia. Acecharemos la ocasión de entrar, y confío en que lo lograremos. Llegan muy pocas almas, y se vuelven para allá casi todas. Os tendremos al corriente de lo que ocurra por medio del telégrafo, que queda sólidamente establecido.

Mil demonios os guarde.

Vuestro súbdito irrespetuoso.

ASTAROT.—PATETAS, ayudante secretario.»

Luzbel lanzó un ¡hurra! de entusiasmo al leer la carta.

—¡Hurra!—repitió la caterva diabólica, y el eco retumbó como ronco y pavoroso trueno por los ámbitos infernales.

Todo anunciaba que iba á estallar una nueva guerra entre el poder de Dios y el de los espíritus rebeldes. Solo les faltaba un punto estratégico en las alturas para apoyar un movimiento vigoroso; y ese punto estaban ya en vías de obtenerlo, según la carta de Astarot y su secretario.

El Príncipe infernal, en cuya mente se agitaba y revolvía el insaciable espíritu de venganza, convocó al pueblo y á los capita-

nes de su ejército numeroso por medio de una proclama muy expresiva, para comunicarles verbalmente los pormenores de la situación y pedirles consejos.

La sesión se celebró en medio de una plaza pública, donde se había erigido un trono á Luzbel; y desde aquella altura, después de un discurso muy patriótico, dió la orden para que cada cual se expresara con entera franqueza.

Varios oradores hicieron uso de la palabra: unos animándolo á dar cuanto antes el grito de guerra contra el Tirano; otros á formar con tiempo y cordura un plan de campaña, que pudiese conducirlos á la victoria; otros (y éstos no fueron los menos), exhortándolo á considerar los peligros de la insurrección y las ventajas de estar disfrutando sin fatiga del dominio útil de la Tierra, no ya disputando á Dios el influjo sobre los hombres, sino poseyéndolo en absoluto.

Próxima estaba á terminarse aquella reunión, sin haber tomado otro acuerdo que el de autorizar á Luzbel para que obrase discrecionalmente, cuando se levantó un joven guerrero llamado Belial, diablo de gran influjo entre las masas infernales, que se

agruparon inmediatamente alrededor de los de la Junta; y obtenido el silencio de la muchedumbre, ávida de emociones, y la vénia del jefe supremo para empezar su peroración, con voz entonada, sueltos ademanes y actitud solemne, se expresó de este modo:

—Ilustre caudillo de la rebelión más grande de los espíritus inteligentes: Senado augusto, compuesto de los más esforzados capitanes de nuestras numerosas cohortes: legiones infernales, vencidas, pero no resignadas al yugo de la servidumbre: escuchadme. (*Profundo silencio.*)

Hace muchos siglos que el Tirano de la Creación, abusando de su autoridad y de su fuerza, nos lanzó á las regiones del abismo, en pena de haber solicitado, en uso de nuestros derechos, intervenir en el gobierno y dirección de los mundos.

Esa arbitrariedad, repugnante y despótica, continúa imperando apesar de nuestra enérgica y vigorosa protesta; y amenaza con absorber para siempre el dominio universal, en mengua y baldón de la universal inteligencia. (*Aplausos.*)

Aquí nos hallamos reunidos para emprender de nuevo la lucha titánica que, no por des-

graciada en el primer choque, es menos honrosa para nuestra valiente y denodada resolución, para nuestras dignas aspiraciones á la libertad del espíritu y para nuestro desinteresado esfuerzo en pro de la emancipación de todo sér dotado de albedrío, de razón, de dignidad y de entendimiento. (*Aplausos prolongadísimos.*)

El dominio que se nos ha dado sobre los moradores de la Tierra es una especie de limosna, que en ningún modo satisface nuestras exigencias legítimas. (*¡Bravos! Grande atención.*)

¿Qué es este globo insignificante y microscópico, perdido en el vacío como un grano de arena en lo profundo de sus mares? ¿Qué son, qué pueden valer á nuestros ojos esos enjambres de imperceptibles seres que se agitan en su superficie, muy satisfechos con la nulidad de sus facultades, que contrasta ridículamente con su vanidad infinita? ¿Merecen siquiera nuestro desprecio esos átomos de miseria y de orgullo, que se llaman hombres, y con los que el Tirano, para humillarnos más, quiso sustituir nuestra raza potente é indomable? (*Aplausos estrepitosos.*)

Guarde para sí el Déspota esa domina-

ción efímera sobre la nada, pero concédanos la participación que nos corresponde en el gobierno general de la Creación entera. Sólo á ese precio dejará de tenernos por adversarios. (*Entusiasmo loco. Varias voces: ¡Silencio! ¡silencio!*)

Pero fijáos bien en que vamos á combatir un abuso de autoridad; en que vamos á levantar bandera contra la tiranía; á exigir derechos que se nos niegan, y á arrancarlos con nuestro esfuerzo unánime, apesar de la resistencia del egoísmo. (*Profunda emoción.*)

Meditemos un poco, y veamos si nuestra organización social y política tiene fundamentos sólidos para emprender la lucha y esperar la victoria.

¿Vamos á combatir el poder absorbente y exclusivo de uno solo, hallándonos bajo el imperio, también absoluto, de una personalidad, respetable por muchos conceptos, pero que, al fin, representa el mismo principio contra el cual nos levantamos? (*Sensación más profunda. Rumores. Luzbel disimula cuanto puede; pero le tiembla la barba de ira.*)

La lógica del infierno—continúa el orador—no es menos severa é inflexible que la de cualquiera otra parte. Hasta los hombres

seres débiles é imperfectos, se rigen ya casi en todo el mundo por instituciones que tienen por base la igualdad de derechos y el espíritu de independencia y de libertad, por donde llegarán algún día á ser iguales á nosotros. Allí no manda ya uno, mandan todos, porque el gobierno es una entidad colectiva de que todos forman parte, y nadie obedece (*Rumores*), nadie obedece, repito, la voluntad caprichosa de uno, á quien han levantado sobre los demás las veleidades de la suerte, las costumbres absurdas, los privilegios repugnantes, la fuerza brutal y la abyección de los que tal vileza consienten! (*¡Bravísimo!*)

[Luzbel! —dijo, volviéndose hacia el jefe á quien apostrofaba—tú eres grande y poderoso porque cuentas con la voluntad y adhesión de todos nosotros; eres temible, porque en tí está encarnada una grande idea: la protesta y la rebelión contra los abusos. Solo te falta una condición para ser perfecto; pero está en tu mano el adquirirla. Sé magnánimo: despojate por tu propia voluntad de una parte de ese poder que debes á tu arrogancia y tu soberbia; eleva á tus súbditos de la condición de humildes siervos á la dignidad que reclama nuestro común y esclarecido origen. (*Frené-*

ticas demostraciones de júbilo y entusiasmo.)

Tú eres el legítimo soberano de estas profundidades; bajo tu dominio tienes ya aquí la mayor parte de la humanidad, sin esperanza de ser rescatada. ¿Qué más trofeos quieres para tu gloria? ¿Pretendes escalar nuevamente el Cielo? Prontos estamos á seguirte, pero tu fuerza será tanto mayor cuanto más libres y más dignos sean los que en la lucha te acompañen.

Yo nada quiero para mí; continuaré siendo esclavo tuyo, si tal es tu deseo; pero que gocen siquiera mis hermanos del beneficio que á mí no se me otorgue. (*¡Viva Belial! ¡Viva el padre del pueblo!*)

Desde el instante en que llegue á las alturas la noticia de que espontáneamente has dado á tus pueblos una Constitución que proclama y reconoce sus derechos sagrados, temblará el Empíreo, no lo dudes, y la celestial tiranía se conmoverá hasta en sus cimientos. (*¡Hurra! ¡hurra!*)

Dejo á un lado la preocupación de que valdrás menos, cuando tu poder salga de los límites de la arbitrariedad, y éntre en los de la justicia! ¡El monarca que reina por el temor puede y vale mucho menos que el que

se apoya en el amor de todos sus súbditos!

¡Viva la libertad!

¡Viva la igualdad!

¡Viva Luzbel, rey constitucional del Infierno!

—¡¡Viva!!—contestaron todos los diablos con un entusiasmo que rayaba en delirio.—
¡Viva Belial! ¡¡Viva Belial!! ¡¡Viva el gran tribunal!! ¡¡Viva!!...

Luzbel, al observar el profundo efecto que el discurso de Belial había producido entre las masas infernales, y haciéndose cargo de su verdadera situación, antes de que el entusiasmo diera á las cosas un giro siniestro, exclamó también:

—¡Viva mi pueblo.... libre!

Y bajando de su trono, dió, de buena ó de mala gana, un abrazo á Belial, que entre vítores y aclamaciones fué conducido en triunfo hasta su morada.

Capítulo XIII.

*Donde se refieren las trazas de que se valieron
los diablos para entrar en el Cielo.*

Dejamos ya en el Infierno la chispa de la insurrección prendida en el combustible de los deseos mal encubiertos con la capa del amor popular, y del patriotismo desinteresado, y en lucha abierta los elementos de la ambición, de la ignorancia, del prestigio de ideas deslumbradoras y de sentimientos generosos, la aspiración á lo desconocido, contra las tendencias naturales, de todo el que manda, á conservarse en el poder, si es posible perpetuamente, y á sustituir toda ley y todo derecho con los caprichos de su voluntad engreída y lisonjeada.

Entre los diablos, como entre los hom-

bres, la conflagración que resulta del choque de intereses tan encontrados, sin medios de transacción ni avenimiento, pues que se excluyen mutuamente, como las tinieblas y la luz, el calor y el frío, cuya presencia simultánea en un lugar es de todo punto imposible; esa conflagración, repetimos, no podía menos de producir amargura y zozobras, división profunda, desconfianzas, sospechas, y, por último, la guerra civil, que es la peor de las calamidades.

Pero, prescindamos por un momento de estas consideraciones, ya que los hechos que las motivan son, según algunos filósofos, consecuencia inevitable de la ley, que pone en perpétua lucha todos los seres orgánicos, individual y colectivamente, ó sea la ley de la selección natural, que, traducida á términos vulgares, no significa otra cosa que un inmenso reñidero de gallos, donde el más débil sucumbe y el más fuerte se perpetúa, divirtiéndose, con tan delicioso y tierno espectáculo, no sabemos quién, acaso nuestra adorable y solícita mamá la señora Naturaleza.

Ya que de tales bagatelas hemos prescindido, subamos de nuevo á los Cielos, para

ver cómo el bueno de San Simplicio se maneja en su portería, y las trazas de que se valen los emisarios del Infierno para penetrar en las mansiones de la luz á conspirar contra los bienaventurados, sin infundir sospechas entre aquellos espíritus no acostumbrados á ver por allí semejantes personajes.

La vida del santo portero era una vida extrictamente regular y metódica; se levantaba al canto del gallo apostólico que su antecesor le había confiado; tomaba su desayuno, aseaba su estrecha vivienda, leía un rato en algún libro devoto, ó se ponía á tocar el violón, para no olvidar su afición á la música y el manejo del instrumento; recibía algunas visitas de amigos antiguos; hacía sus tres comidas diarias, excepto los viernes, en que acostumbraba ayunar, por no perder la costumbre, y á la primera campanada de la queda se metía en la cama, después de rezar sus devociones.

Una tarde, ya á punto de obscurecer, llamaron muy quedito á la puerta de afuera. San Simplicio abrió la ventanilla, que ya conocen nuestros lectores, y vió dos pobres almas que, arrodilladas y en actitud beatífica, estaban esperando en el umbral á que les abriesen.

—¿Quién es?—preguntó el portero.—
¿Quién llama á estas horas?

—Abra por caridad, señor San Simplicio—respondió una de ellas—somos dos almas pobrecitas que, después de grandes penalidades allá abajo, venimos aquí á que nos den nuestra recompensa.

—Ya es muy tarde—replicó el santo—y hasta mañana, á la hora de la audiencia, no puedo abrirles.

—Bueno, señor, tendremos paciencia—repuso la misma que había hablado antes—y que, para no tener en suspenso la curiosidad de nuestros lectores, les diremos de una vez que era Astarot, disfrazado de alma justa, como Patetas su compañero.

San Simplicio casi tuvo lástima de las dos pobres, al ver la conformidad que manifestaban; y recordando las instrucciones de San Pedro, se convenció de que no eran monedas falsas, pues no se presentaban con orgullo, ni venían rezando en alta voz, que eran las señas que debían servirle de piedra de toque.

—Lo único que sentimos—volvió á decir Astarot, dulcificando cuanto pudo su acento—es que un encargo que nos dieron para usted en la Tierra, y que es precisamente el que

ha ocasionado nuestra tardanza, se eche á perder con el relente dela noche.

—¿Un encargo para mí?—preguntó el santo con extrañeza.—¿Y quién les ha dado ese encargo?

—Dos señores que acababan de llegar no sabemos de dónde, pues no quisieron decirnoslo, porque viajaban de incógnito. El uno de bastante edad, muy respetable, y calvo por más señas; el otro, joven, sin pelo de barba y muy bien parecido: un verdadero angel.

—¿Y en qué consiste ese encargo?

—En una botellita de licor y unos cigarrros de los que por allá se usan.

San Simplicio ya no podía dudar: eran San Pedro y su *attaché* los que le enviaban aquel obsequio.

Con tan buenas recomendaciones y todas las demás circunstancias que hablaban en su favor, el portero determinó abrirles la puerta, pero haciendo interiormente propósito firme de enviarlas á dormir fuera, luego que recibiese el encargo.

Astarot y Patetas, que se habían proporcionado, no sabemos cómo ni en dónde, dos humildes trajecitos blancos, para ostentar pu-

reza; que se habían lavado muy bien las manos y la cara, cortado las uñas, escondido la cola y disimulado perfectamente los cuernos, rizándose con pulcritud el cabello y ensortijándolo á uno y otro lado de la frente, como se acostumbra en el mundo, entraron en la portería con una modestia encantadora. El empleado les dió la bienvenida, y ellos lo saludaron con una humildad capaz de enternecer á un santo de piedra.

—Siéntense ustedes—les dijo el portero acercándoles un banquillo de su propio ajuar, que constituía una de las mejoras introducidas por él en aquel pobre menaje.

Los dos diablos tomaron el banquillo y se sentaron en él con tal encogimiento, que, más que diablos, parecían yernos pobres en casa de suegro rico.

—¿Y qué tal el viaje?—les preguntó el portero, arrellanándose en su sillón, de frente á sus interlocutores, y dirigiendo la vista con disimulo al uno y al otro, á ver cuál sacaba el encargo.

—Muy bien—contestó Astarot, único que hasta entonces había hecho uso de la palabra. —Está un poquito lejos, mas no es el camino tan malo como por allá se supone. La escale-

ra, un poco empinada, molesta al principio, pero, después de subir los primeros escalones, crecen las alas y se sube ya sin trabajo.

—Así es—dijo San Simplicio—é igual sucede con la práctica de todas las virtudes.—Luego continuó:—¿Y de qué país de la Tierra son ustedes?

—Somos dos almas españolas, señor; ó, por mejor decir, catalanas.

—¡Catalanas!—exclamó San Simplicio sin poder contener su alegría.—¡Vengan esos brazos, paisanas mías!

Y levantándose de su sillón estrechó entre los suyos á los dos diablos, que con cierta especie de pudor pretendían esquivar aquella prueba de cariño.

El olfato del portero no debía estar dotado de una exquisita sensibilidad; pues, de lo contrario, sus santas narices no hubieran dejado de percibir cierto olor á azufre, que era lo que los diablos querían ocultar cuando huían de los brazos de San Simplicio.

Luego que volvieron á sentarse, el sustituto de San Pedro, que no cabía en sí de gozo, al ver en su presencia nada menos que dos almas compatriotas, continuó diciéndoles, cada vez con mayor intimidad y franqueza:

—Con que, vamos á ver, paisanitas: ¿de qué parte de Cataluña son ustedes?

—Somos....—respondió Astarot—pero ¡qué cabeza la mía! Ya se me olvidaba entregarle el encargo.

Y sacando un pequeño envoltorio que llevaba debajo del brazo izquierdo, lo entregó á su interlocutor, que, al recibirlo, dejó conocer el gusto especial que le causaba. Y fué tal el gusto, que, sin esperar un instante, ni andarse en cumplimientos, entre paisanos completamente inútiles, desenvolvió los cigarrillos y dijo á sus interlocutoras:

—¿Fuman ustedes?

—No, señor; muchas gracias—contestó Patetas—cosas de humo y de fuego nos tienen ya hastiados.

—¿De veras?—preguntó el portero, fijando una mirada inquisitorial en el que acababa de hablarle.

—Sí, señor—repuso Astarot, corrigiendo la imprudente frase de su secretario—como en el mundo tuvimos el oficio de polvoristas....

—Ahora me explico—dijo el portero para sí—aquél olor á azufre.—Después continuó en alta voz —Pero un traguito.... sí. ¿Eh? Voy

á destapar la botella. A ver.... ¿qué dice el rótulo? «PERFECTO AMOR.» ¡Está claro! De las manos que viene, no podía ser otra cosa.—Y destapó la botella, y llenó tres copitas que sacó de un cajón del estante.

Enseguida, alargando una de las copas á cada uno de los emisarios de Luzbel, y tomando él la suya, dijo:

—¡Bebamos por la patria!—Y se la sorbió de un solo trago.

—¡Por la patria!—contestó Astarot; y él y su secretario, haciendo como que bebían, dejaron caer el licor por entre la túnica y el pecho.

San Simplicio encendió un cigarro, y luego dijo:

—¡Si supieran ustedes quién es el que me envía de la Tierra este presentel.... ¿A que no lo adivinan?

—No es posible.

—Pues es—añadió con cierta especie de vanidad celestial—el mismo San Pedro en persona; mi antecesor, el Príncipe de los Apóstoles, que anda por allá abajo con licencia. ¡Y qué bueno está el trago! Aunque el cigarro no le va en zaga. ¡Qué aroma tiene!—Y lanzó al viento una bocanada de humo, recreando

se en las espirales, círculos y otras figuras caprichosas que iba formando al elevarse.

—Pero, volviendo á nuestra conversación. ¿De qué parte de Cataluña me dijeron ustedes que eran?

—De Ripoll—contestó el diablo sin inmutarse lo más mínimo.

—¿De Ripoll?—volvió á preguntar San Simplicio con una alegría extraordinaria.—¿De veras son ustedes de Ripoll? ¡Voy á morir de gusto! ¡Otro trago!

Y volvió á llenar las copas y á repetirse la misma escena.

—¿Por qué se alegra tanto?—se atrevió á interrogar Patetas, que no había hablado sino dos veces hasta entonces.

—¿Por qué?—respondió el santo—¿por qué? Porque allí, muy cerquita, en el mismo valle y en el monasterio que hoy lleva el nombre de San Juan de las Abadesas, fundado en 887 por los condes de Barcelona, se veneran mis restos y los de mi compañero en martirio San Ambrosio. Alguna vez nos habrán ustedes rezado. ¿No es verdad?

—Por supuesto.

Y el santo lanzó una carcajada estrepitosa.

—¡Qué contento se va á poner, cuando lo sepa, mi compañero San Ambrosio!—exclamó luego, guiñando los ojos y procurando, aunque en vano, ocultar el efecto que el licor le había producido.—¡Qué contento! ¡qué contento! Miren ustedes—continuó, pronunciando ya las palabras con alguna dificultad, porque su lengua empezaba á trabarse—yo.... la verdad.... en un principio.... tuve desconfianza.... y hasta me propuse hacerles á ustedes dormir.... por allá fuera; pero.... luego.... paisanitas.... ¡nada!... ¡aquí!... conmigo. ¡Voto va!... ¡No faltaba más! Dos paisanas.... de San.... Juan.... de las.... A....ba....de....

Y cerró los ojos; el cigarro se le cayó de las manos, y se quedó profundísimamente dormido.

Astarot y su compañero, que habían preparado aquel narcótico, y que habían calculado muy bien sus consecuencias, sin aguardar más, tendieron al santo sobre la cama; y mientras el uno apagaba la luz y abría la puerta del interior, el otro salió á la galería y en un instante puso á Luzbel un breve pero expresivo telegrama, que decía así:

«¡Gloria! ¡Ya estamos dentro!»

ASTAROT.»

Acabado de poner el telegrama, se volvió donde se hallaba su compañero, y, cerrando las puertas con mucho cuidado y sigilo, ambos se internaron en las calles de la ciudad, donde ya no se veía un alma.

En aquel instante, el perro de San Roque ladró de una manera insólita, y el león de San Marcos lanzó un tremendo y prolongado rugido.

¿A dónde irán los invasores?

Capítulo XIV.

Donde el angel se impone en los acontecimientos más importantes de la humanidad, desde su origen hasta la dispersión de los hijos y nietos del primer arquitecto naval que hubo en el mundo.

Durante los primeros días de su permanencia en Roma, San Pedro fué instruyendo al angel en varios asuntos relacionados con sus futuras ocupaciones; y si por entonces no le instruyó sobre lo que en la misma ciudad pasaba, respecto á la confusión de asuntos espirituales y temporales, fué porque no juzgó oportuno abrir tan pronto los ojos de aquel niño inocente sobre cosas que él miraba con dolor y no le parecían muy edificantes. En cuanto á la historia de muchos de sus sucesores en la silla pontifical, la juzgó tan horrible, que prohibió por entonces al angel que la estudiase, ni aun hiciese por conocerla.

La ignorancia del agregado sobre las cosas de este mundo era tan absoluta, como la de un ciego en materia de colores, ó la de un sordo en cuanto á sonidos, suponiendo que uno y otro lo fueran de nacimiento.

Por lo que hace á la historia de la humanidad, no tenía otras noticias que la del pecado de desobediencia cometido por nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal, y el severo castigo que Dios les había impuesto; razón por la cual miraba con cierta desconfianza á todas las mujeres, figurándose que cada una de ellas era otra Eva, y que no había una sola que no llevase oculta alguna manzana.

El Apóstol, para ilustrarlo, le dió una idea de lo que había sido el linaje de Adán desde la salida de éste del Paraíso; de la maldición que rebajó á aquella pareja desventurada, de la categoría semiangélica á la de seres mortales; de la pena de comer el pan ganado á costa del sudor de su rostro, y parir los hijos con dolor; pena esta última impuesta exclusivamente á la mujer, con prescindencia absoluta del marido; lo cual, á no ser mandato supremo, lo hubiera creído el angel como algo de parcialidad en favor del hombre.

Tampoco aquel espíritu candoroso comprendía muy bien, en vista de la multiplicación constante de la especie, dónde podrian caber hoy tantos seres humanos, si el dón de la inmortalidad, que se les concedió en un principio, no se les hubiera quitado después, por la falta que cometieron.

A ésto le respondió su preceptor que hubieran ido á la Gloria en cuerpo y alma, ó el Señor hubiera tomado otras medidas para dar á su ley exacto cumplimiento.

El asesinato del pobre Abel por su hermano Caín, ejecutado con el arma más ignominiosa, la quijada de un burro (muerto se supone), en el comienzo mismo de la Creación, le parecía tan horrible y monstruoso, que tuvo por muy acertado el arrepentimiento que más tarde mostró el Señor de su propia obra.

La conducta de los hombres, desde la Creación hasta el Diluvio, era á sus ojos tan execrable, que juzgó bien merecido el remojo con que los suprimió la cólera celeste; y aun creyó que el Supremo Sér había tenido una paciencia algo extremada, consintiendo por tan largo tiempo abominaciones de aquel calibre en la generalidad de aque-

llos bribones, pues entre todos no se encontró sino una sola familia que fuese digna de misericordia.

En cuanto á los animales, aunque el Génesis no lo explica, ni su maestro se metió en tantas honduras, no había quien le quitara de la cabeza que, en su escala, habrían cometido tal vez algunos desmanes que merecieran igual castigo, cuando Dios los ahogó al par de los hombres; solo que, como entre éstos, habría también algunos menos pecadores, los cuales serían escogidos por el patriarca Noé para librarlos del común naufragio.

Tampoco le pareció que aquel castigo tan tremendo había aprovechado mucho á los encargados de repoblar la Tierra, cuando á poco de salir del arca, se cometió ya un grave delito.

Si el nuevo Adán se puso inocentemente en un estado poco digno y menos honesto; es decir, si cogió una buena turca y mostró algo de lo que debe guardarse con más reserva; si tuvo aquella expansión de alegría, de legítimo gozo, por haber inventado la vendimia y saboreado el fruto de su trabajo, eso no autorizaba á Can, uno de sus hijos, para

que fuese tan poco respetuoso que, al verlo, se burlase con la mayor desvergüenza del autor de sus días, y de sus noches, hasta el punto de que sus hermanos Sem y Jafet, menos despreocupados y más circunspectos, después de reparar en lo posible aquella falta involuntaria, tuvieran que llamarlo al orden, reprenderle su demasía, y contárselo, por último, al papá, para que lo maldijese, y con él á toda su descendencia, que no tenía ni el menor barrunto de lo que iba á pasarle.

La distribución de la Tierra entre los tres hijos del nuevo padre de la humanidad la creía acertada, aunque hubiese sido la suerte ignorante y ciega la que decidiera del reparto. Contemplaba á Jafet, desde las faldas del monte Ararat, donde el arca de salvación había descendido, caminando hacia Europa con sus mujeres y sus fecundísimas progenituras, para cumplir con el primero de los preceptos; es decir, para crecer, multiplicarse y llenar aquella Tierra que la suerte les había deparado.

¡Qué viaje sería aquel tan divertido! Pero también sería muy grande la pena de este subpatriarca y de sus dos hermanos, al tener que separarse para siempre.

Y lo más doloroso, según lo comprendía el angel, no era la separación en sí misma, sino la pena de no poder entenderse para despedirse; pues Dios había confundido ya las lenguas en la funesta torre de Babel, que aquellos papanatas se pusieron á construir en la campiña de Senaar con el maligno propósito de escalar el Cielo, que por aquella parte no debía estar á una grande altura.

¡Vean ustedes qué mala intención la de aquellos hombres y qué falta de gratitud hacia el Padre Universal, á quien debían tantos beneficios, cuando ya no se contentaban con la posesión de la Tierra, que se les había adjudicado toda íntegra, sin que tuvieran que hacer el más pequeño desembolso, sino que también querían apoderarse del Cielo! Como quien dice: les daba el pie y ellos se tomaban la mano; costumbre que no se le ha podido quitar al hombre, á pesar del castigo de la dispersión y de la confusión de lenguas, en el respetable número de años que ha transcurrido desde entonces.

Y Dios hizo perfectamente en derribarles aquel embeleco de torre y aventarlos de allí como aristas arrebatadas de la era por un furioso remolino; pues de lo contrario hubieran

sido muy capaces de no desistir de su mal pensamiento hasta verlo realizado, según se nos dice en el capítulo XI del Génesis.

¡Cuántos abusos! Y, sin esta medida salvadora, ¿qué hubiera hecho el Señor cuando se hubiera encontrado invadido el Cielo por aquella gente *non sancta*?

¡Da miedo de pensar en las consecuencias!

El angel se divertía pensando en las graciosas escenas á que daría pie aquella confusión de lenguas, tan repentina como inesperada. Habría hombre que, al despedirse de una mujer de que había estado enamorado, le diría, por ejemplo: «¡Adios, hasta la eternidad!» y ella creería oírle decir: «¡No llores, mi amor, que luego vuelvo á buscarte!» Y no se convencería de su funesto error, hasta que el tiempo viniera á desengañarla. ¿Pues y los padres? Al llamar á sus hijos é hijas para emprender la marcha señalándoles el camino, ¿tendrían poca desesperación, al verles tomar el camino opuesto, por no entender bien lo que quería decirles? ¡Cuántos *quid pro quos* habría entre los matrimonios por no poder entenderse el marido con la mujer, á causa del cambio de idioma!

Y el angel se reía á carcajadas, y el Apóstol no pudo menos de reirse también cuando su discípulo le explicó la causa de su propia risa.

¡Y dónde me deja usted las cuestiones que tendrían que armarse al tiempo de repartir entre todos ellos los semovientes que habían salido del arca! Por fortuna, al fin debieron de entenderse, aunque fuera por señas, y lleváronse entre CAN y SEM los camellos, dromedarios, elefantes y casi todos los grandes paquidermos, para distribuirlos entre el Asia y el África, que les había tocado en suerte, más los grandes felinos, como el tigre, el león y la pantera, que también fueron de su lote.

En cuanto á JAFET, llevó consigo algún ganado mayor y menor; los reungíferos y los osos blancos para el norte, los mejores perros y otras menudencias.

Los bisontes, llamas, tapires, jaguares y otros animalitos destinados exclusivamente á las regiones, no sospechadas aun, de las dos Américas, debieron de arrearlos sin duda hacia el estrecho de Bering, donde tal vez entonces habría un istmo, y por allí pasaron; y tras de ellos algunos de los hijos de SEM, á no ser que el Señor hubiera hecho con ellos el milagro que hizo más tarde en el mar Ro-

jo, para librar á los israelitas de la esclavitud de los Faraones.

Respecto á los animales, incluso los cuadrumanos de distintos tamaños y colores, que aparecieron después en la Oceanía, última parte del mundo descubierta... San Pedro sabía que pasaron; pero cómo, cuándo y por dónde, era todavía para él un misterio.

Con JAFET llegaron á Europa sus siete hijos, y el angel los veía desfilar en esta forma: MOSOC, para el norte, á ser el padre de los moscovitas; MAGOG, á poblar la Scitia y la Tartaria y á engendrar á los getas y á los godos; éstos dos eran los hijos mayores, mozos forzudos y de pelo en pecho, de tez blanca, de cabello blondo y ojos azules, pero de una musculatura tan vigorosa, que eran capaces de aplastar el cráneo de un buey de una puñada. MADAI fué á poblar la Media y otras regiones comarcas; TIRAS pasó á la Tracia; llevó muchas mujeres y fué el progenitor de los turcos y de las turcas, no del género de la de Noé, sino de las que más tarde ofreció el Profeta Mahoma como premio á sus creyentes en el Paraíso. GOMER y JABÁN fueron los padres de los alemanes y de los franceses, primos carnales que aun en nuestros tiempos

siguen dándose afectuosas pruebas de la fraternidad de su origen; del último descienden también los griegos, austriacos e italianos. En cuanto á los ingleses, salieron de una mezcla de las dos ramas primitivas, y del cruzamiento ha resultado una raza tan glotona, que el mundo entero le parece poco para tragárselo. El último de los hijos, que fué TUBAL, pasó á la península Ibérica á procrear á los españoles y portugueses, entre los cuales los piratas británicos siembran zizaña de continuo para sostener la misma cordialidad que hay entre los franceses y los alemanes.

SEM llevó sus cinco retoños á poblar el Asia, y destinó á ALFAXAD para padre de los hebreos y caldeos, y aun de los asirios, en compañía de su hermano ASSUR, que se extendió hasta la China. ELAM ocupó la parte más meridional y dió origen á los persas. LUD pobló el Asia Menor y la Lidia, acercándose cuanto pudo á los hijos de JAFET, por conveniencia ó por cariño. ARÁM se quedó en la Mesopotamia disfrutando de las ruinas del Paraíso, como LUD se aprovechó de las de la torre de Babel y de la leña del arca santa.

El más moreno de los tres hijos de Noé era CAM, y la suerte le designó todo el suelo africano y una gran parte de la Arabia, que repartió entre sus cuatro hijos. A PUT, cuyas hijas renegaban del nombre de su padre, le tocó la parte occidental hasta la Nigricia; á CUS la punta meridional, desde la Guinea hasta el país de los cafres; á MESRAIN el Egipto y todas las costas del mar Rojo; y á CANAÁN la tierra santificada después por los grandes portentos de la Redención, y la que fué más tarde cuna y sepulcro del fundador del islamismo.

Concluida esta primera lección de Geografía antropológica ó Antropología geográfica, el maestro y el discípulo interrumpieron su trabajo por la llegada de un nuevo personaje, que deseaba hablar con el Sr. Abate Simón Roca, según dijo el hostelero, que entró á anunciarlo.

¿De quién era aquella inesperada visita?

Tenga paciencia el lector, que ya lo sabrá en tiempo oportuno.

Entretanto, volveremos al Infierno, donde Luzbel se halla sometido á una de las más duras pruebas á que se puede ver sujeto un monarca.



Capítulo XV.

Donde se refiere el gran incremento que tuvo la resolución infernal y el extraño giro que fué tomando.

Cualquiera que se hubiese asomado por aquel entonces á una de las quinientas ó seiscientas bocas que el Infierno conserva todavía y que los hombres llaman volcanes, hubiera oído por allá abajo una zambra estrepitosa: bailes que hacían temblar el mundo; cohetes, que salían por las bocas flameantes, entre el humo de los cigarros y los escupos de basalto, de traquita y de lava, con que aquellos malditos demuestran á los mortales su desprecio. Por las regiones boreales del globo, allá en Islandia, bajo cuyo suelo está acaso la cocina infernal, veíase salir á borbotones el agua hirviendo, saturada de sílice de-

retida, que sin duda es el azúcar de los condenados. Aquella agua, cuyos modestos chorros eran de cinco á seis varas de diámetro y de cincuenta á sesenta de altura, procedía de las calderas en que preparaban el ponche para el común festejo; vulgo los géiseres.

Era el albor de las libertades públicas, saboreadas por primera vez en aquellas medrosas profundidades, donde hasta entonces no se había oído sino la voz estridente de los capataces de legión, animando á sus subordinados á avivar el fuego de las hogueras; la del jefe supremo de aquellas mansiones, que, semejante á mil truenos, hacía entender su voluntad soberana; el chocar de los tridentos en el borde de las calderas, al revolver las almas de los condenados, y los furiosos alaridos y horrendas maldiciones en que éstos prorrumpían cada vez que les daban vueltas entre los borbotones de azufre y de pez hirviendo, ó entre los lagos de estaño y plomo derretido.

Algunas de las almas más atormentadas, al ver que los diablos no manifestaban ya el mismo afán que antes por avivar sus sufrimientos, y que el fuego de las calderas se había amortiguado un poco, se atrevieron á sa-

car la cabeza por entre el líquido que las abrasaba, y hubo varias tan curiosas, que hasta preguntaron á los diabólicos grupos que, ébrios de placer, por allí transitaban, qué novedades había en el Infierno, y si había llegado ya el día del juicio final y de la resurrección de la carne.

Los diablos soltaron una estrepitosa carcajada, al oír disparate tan enorme; y el que hacía cabeza entre ellos respondió al alma que le había dirigido la pregunta:

—No, alma mía; lejos de haber llegado el día del juicio, ha llegado el día en que todos lo perdamos por el gran placer que la libertad nos produce.

—¡Libertad sin juicio!... —exclamó el alma rechinando los dientes—no es libertad, que es libertinaje! ¡Esa fué mi perdición y la de otros muchos! ¡Maldita sea la Tierra! ¡Maldito el Infierno! ¡Maldito el !—y antes de acabar la maldición, un borbotón de pez le tapó la boca, y una oleada del hirviente líquido volvió á sepultarla en el fondo de la caldera.

El ruido era verdaderamente infernal, y cada minuto que pasaba crecía más y más el bullicio. En las principales regiones volcánicas del globo la animación era extraor-

dinaria; los materiales eruptivos, sólidos, líquidos y gaseosos, salían sin cesar por todos los cráteres á un mismo tiempo; el sordo y constante ruido subterráneo era espantoso; no parecía sino que la esfera terráquea iba á estallar por todas partes, ó que se estaba disponiendo y preparando uno de esos enormes cataclismos que, trastornando más de una vez la superficie de nuestro planeta, han dejado en su faz los indelebles rastros que determinan y señalan las diferentes épocas geológicas.

Y, sin embargo, la causa que á todo aquello daba origen no era de tanta importancia física, ni tenía para los simples mortales un gran interés de momento, pero sí un interés transcendental muy considerable, pues por algún tiempo, á lo menos, iban á verse libres de las asechanzas, de las sugestiones malévolas, de las tentaciones, en fin, de nuestro común enemigo.

Es el caso, para decirlo de una vez, que los diablos que trabajaban en la superficie de la Tierra, sabedores de lo que en el Infierno pasaba, sin aguardar órdenes ni autorización de sus jefes, alzaron de obra todos á un tiempo, y se lanzaron por las chimeneas de

los volcanes en un tumulto de cien mil demonios; algunos por simple curiosidad, y el mayor número para tomar parte activa en aquel extraño pronunciamiento, del que todos esperaban salir medrados; porque allí, como acá, se sabe que á río revuelto.... ganancia de pescadores.

No había un instante en que no cayeran uno ó más diablos por aquellos conductos ignívoros. Jamás se vió reunida en el Infierno una concurrencia tan lucida ni tan numerosa.

En el palacio de Luzbel, desde el discurso de Belial no había habido un momento de sosiego. Los altos dignatarios de la corte habían celebrado muchas conferencias con el ya desconfiado monarca, y todos le ofrecían apoyarlo con lealtad en un caso de apuro, sin perjuicio de congraciarse luego con las masas populares que iban encontrando y hasta con el adorado tribuno, que andaba de un lado á otro, como santo en procesión, llevado en hombros de sus más entusiastas conciudadanos, que á trueque de gritar ¡ya soy libre! se convertían voluntariamente en acémilas.

En una de aquellas reuniones fueron dis-

cutidas y acordadas las bases para una Constitución política; pero aquellas bases no satisficieron á Luzbel, porque se merocaban mucho sus prerrogativas de soberano; ni al pueblo, del que Belial tenía poder absoluto para gestionar sus derechos, porque la Constitución no era bastante explícita en ciertos puntos, y se prestaba á interpretaciones de que tal vez se podría abusar en perjuicio de los intereses populares.

Los diablos que acababan de llegar de la superficie de la Tierra, conocedores prácticos é instigadores muchas veces de los movimientos que determinan allí los cambios políticos, decían que el pueblo no debía contentarse con buenas palabras ni con derechos imaginarios, que se desvirtúan ó anulan con la misma facilidad con que se otorgan; que el que dispone de la fuerza y del tesoro es el que manda, llámese como se llamare; que el sistema electoral, donde quiera que se ejercita, no es más que una pantalla legal, á cuya sombra se comete todo género de abusos; que la opinión pública, de que tanto se habla, es casi siempre un fantasma vano, que adquiere la forma, el color y la expresión que los que gobiernan le imprimen; y que, al im-

pulso de su poder, la que hoy se presenta blanca y angulosa, mañana se ve negra y redondeada, ó verde y cilíndrica, según los resortes que se han puesto en juego para producir su metamorfosis, quedando en el fondo siempre la misma, maleable y dúctil, y dispuesta á gritar: «¡Viva quien vence!»

Algunos decían que, ya que los hombres no han encontrado una fórmula, por medio de la cual se haga sólida y estable una situación que consulte la dicha general, por ser allí los intereses tan encontrados, era necesario buscarla en el Infierno, donde no hay más que un solo abuso, y ese es la forma monárquica.

Para los hombres, decían otros, republicanos también, cualquier forma de gobierno es buena, y siempre nosotros los dominaremos á nuestro arbitrio. No hay ensayo que hayan dejado de poner en práctica, ni época ni país en que con más ó menos entusiasmo no se hayan dado al demonio. Desde el Paraíso hasta la época presente no ha habido institución que los haya librado de nuestras uñas. La humanidad primitiva, hasta el Diluvio, está aquí casi entera. Desde el Diluvio hasta Moisés muy pocos se escaparon, inclu-

sos los del pueblo elegido por Dios, dirigido y alimentado por Él con el sagrado maná que les caía en forma de lluvia. Sodoma y las demás ciudades de la Pentápolis son testigos de nuestros triunfos. En los grandes imperios asiáticos, en las repúblicas griegas, en la Roma de los Césares y de los tribunos, en la Europa invadida por el norte y en las hordas que la invadían; en las luchas entre la cruz y la media luna; en los desperezos de la raza mongola; en las hogueras de la inquisición; en las guerras del catolicismo y el protestantismo; en el descubrimiento y conquista de las regiones más ignoradas; en la invención de la pólvora y de la imprenta, del vapor y de la electricidad; en el choque de los tronos que se derrumban y de las democracias que se levantan, nuestro espíritu domina siempre, y para un grano que Dios recoja, el resto de la mies viene á parar íntegro á nuestros graneros.

Esta era la opinión de Belcebú, diablo muy conocido en la Tierra y muy conocedor de su historia, que así había presidido y ordenado la invasión por los demonios, de seres racionales é irracionales, de donde tenían que sacarlos á fuerza de exorcismos y agua bendi-

ta, como el nocturno vuelo de las brujas y zán-
ganos, que acudían á los Aquelarres (1)
montados en palos de escobas, untados con
la sangre de tiernos niños ó con grasa de los
criminales muertos en la horca. También ha-
bía presidido muchas veces aquellas reu-
niones bajo el disfraz de un barbudo cabrón, di-
virtiéndose en dar á besar sus nalgas á aque-
llos infelices mostrencos, que asistían á ellas
por el gusto de ejecutar un acto tan poco
limpio; pues no se supo jamás que tuvieran ni
llevaran á aquellos lugares otro más serio pro-
pósito.

Y no es extraño que Belcebú pensara así,
ni que lo pensarán todos sus compañeros,
cuando entre los hombres de nuestros días,
entre los mismos católicos, hay muchos que
profesan la misma opinión, y que creen que
el Sublime Autor de todas las cosas no tiene
otro pensamiento que el de espiar á los hom-
bres, para echarles encima, por la causa más
insignificante, el peso de su IRA tremenda y de
su aterradora VENGANZA, entregándolos, por

(1) Reuniones ó conventículos de que hablan
los procesos formados por el fanatismo religioso á
la desvalida ignorancia.

decirlo así, maniatados al eterno enemigo de su poder y de su gloria; prestando con ello un homenaje á la maldad de un espíritu impuro y humillándose ante una extraña voluntad con la amargura rencorosa, hija de la imprevisión ó de la impotencial

Perdonen nuestros lectores esta digresión, que en nuestra obra se puede decir que está fuera de tono. Pero ¿á quién no saca de tino el ver cómo algunos hacen coro á los mismos diablos, burlándose del poder de Dios, y declarando propiedad del Infierno todo el fruto del desarrollo de la inteligencia, chispa divina que el Creador, en sus designios inexcrutables, ha querido encerrar en este frágil y pequeño vaso que se llama EL HOMBRE?

Alborotado el pueblo infernal, más que por el fuego de las hogueras, por el de la palabra de sus oradores, entre los cuales había algunos sospechosos, puso en manos de éstos su propia suerte, creyendo que los diablos de Estado más profundos eran los que más vociferaban, y que los más patriotas eran los que hacían más alarde de patriotismo; en lo cual, sin saberlo, no hacían otra cosa que parodiar á los míseros mortales, de quienes hablaban con tanto desprecio.

En solo algunas horas se compactó la opinión de manera que parecía la voz de un solo diablo la que salía de aquellas masas infernales. La revolución había avanzado tan rápidamente, que las aspiraciones de Belial parecían ya exiguas; las de Belcebú no eran bastante concretas para formar la bandera de un partido enérgico, y las de otros oradores eran también demasiado vagas; y todos querían algo nuevo, grande, fecundo, pero lo querían ya determinado y preciso. Esta era la voz general, el punto de convergencia de todos los deseos; pero ¿quién daba la fórmula? ¿quién ponía el cascabel al gato? Esa era la cuestión; pero cuestión tan intrincada y difícil, que no había un diablo que fuese capaz de resolverla. Así son los pueblos, y así son las revoluciones: se quiere algo que nadie acierta á definir. Por eso todas pueden compararse con la piedra lanzada de una honda por la mano de un ciego; que se sabe de dónde parte, pero no la dirección que ha de tomar, ni el punto en que ha de detenerse, ni á quién ha de herir, ni á quién pueda servir de provecho.

En medio de aquellas vacilaciones se presentó un demonio desconocido con un

programa enteramente nuevo. Las bases fundamentales de su Constitución eran éstas:

Libertad absoluta.

Negación de toda autoridad.

Cada uno es pontífice y rey de sí mismo.

El orador, después de apoyar su idea con un luminoso discurso, fijó las siguientes proposiciones:

1.^a Nadie puede pedir á otro cuenta de sus actos.

2.^a No hay más división que la de los grupos que representen una misma tendencia ó un pensamiento unánime.

3.^a Los pecados capitales son nuestra fuerza; sean ellos la divisa de cada grupo, y asóciase cada cual con sus semejantes.

4.^a Proclamemos la República antisocial demonocrática y dividámonos en siete Estados de absoluta soberanía.

5.^a Que cada uno de estos siete Estados recoja y disfrute su propia cosecha, y la reparta por igual entre todos sus miembros.

6.^a Acábense los suplicios de las almas de los hombres, y declarémoslos nuestros iguales, nuestros hermanos. Cuando cese en-

tre ellos el temor, no habrá uno solo que no se aliste en nuestras banderas.

7.^a Unidos los hombres con los diablos fácilmente conquistaremos el Cielo y seremos dueños absolutos de la Creación, que es el término de nuestras aspiraciones.

—¡Eso es! ¡eso es!—gritaban unos.

—¡Viva la libertad absoluta!—gritaban otros.

—¿Quién es ese diablo?—preguntaban los más.

—¡Soy Satán!—exclamó el del programa, arrojando al suelo unos anteojos y una nariz postiza, que lo tenían desfigurado.

—¡Viva Satán! y ¡abajo Luzbel!—prorrumpió entusiasmada la muchedumbre.

Y la escena de procesión ejecutada con Belial volvió á repetirse con el nuevo héroe hasta las puertas del palacio de Luzbel, que permanecía encerrado con algunos de sus más fieles servidores.

Por no cometer con el antiguo monarca una injusticia, se le pasó una comunicación exigiéndole que dimitiera el cargo en el preciso término de veinticuatro horas, porque el pueblo estaba dispuesto á regirse por la Cons-

titución de Satán, la cual sería inmediatamente promulgada.

Belial y Belcebú, que habían quedado en segundo término, cuando aspiraban á hacerse dueños del movimiento popular, apenas podían disimular su cólera. Llegada la noche se les vió entrar disfrazados en el palacio de Luzbel por una puerta secreta. Allí se convino en la forma de extraviar la revolución introduciendo entre las masas gentes pagadas para cometer toda clase de excesos.

Dejemos la cuestión infernal en el estado de embrollo á que la han conducido, y veamos entre tanto la suerte que corren Astarot y Patetas desde su entrada furtiva en el Cielo.

Capítulo XVI.

Del trabajo empleado por los diablos para trastornar en el Cielo el orden público, de la torpeza de la policía, y de cómo San Miguel va á los alcances á los conspiradores.

Al final del capítulo XIII dejamos á San Simplicio tendido en su cama, é insensible á causa del narcótico que le había administrado el diablo con el nombre de *Perfecto amor*, bebida deliciosa, que el inocente y crédulo bienaventurado suponía haberle remitido desde la Tierra el Príncipe de los Apóstoles. Dejamos también á Astarot y su compañero internándose por las calles de la Jerusalem celestial, mientras el perro de San Roque daba la voz ó el ladrido de alerta, y el león de San Marcos rugía de cólera al olfatear á lo lejos aquellos dos seres extraños, que él hubiera despedazado de buena gana.

Ni para Astarot ni para Patetas eran desconocidas las calles de aquella inmensa ciudad, ni sus edificios más antiguos; esto es, los del tiempo en que eran sus únicos moradores los ángeles, serafines y querubines, entre los cuales se contaban ellos también, hasta el momento en que, seducidos por la ambición y arrastrados por el espíritu de la soberbia, tuvieron la audacia de rebelarse contra el Omnipotente.

La tal rebelión, aunque considerada á la luz del criterio humano, y teniendo en cuenta los atributos del Sér Supremo y las condiciones de espíritus puros, que no pueden negarse á los ángeles, parezca algo absurda, no hay modo de rechazarla, habiendo en su favor tantas pruebas. Por una parte tenemos la revelación divina, el testimonio de tantos Padres de la Iglesia, la tradición de tantas generaciones, y la creencia casi unánime del género humano; por otra, la formal aseveración de los que han visto á aquellos pobres ángeles convertidos en pobres diablos; de los que los han extraído, ó los han visto extraer del cuerpo de los hombres, de los animales, y aun alguna vez de las mujeres; de los que han hablado con ellos en los exorcismos

que aun la Iglesia conserva, aunque ya en desuso, y de los que los han oído renegar y maldecir, retorciéndose el rabo y mordiéndose de rabia las uñas, al sentir ya cerca el roce del hisopo y el crugir de la seda de la estola.

Al saber estas cosas, que ya no suceden, y que en nuestros tiempos llamarían la atención como un espectáculo de primera clase; al ver hoy mismo las maravillas ejecutadas por el diablo, y que aun conservan su nombre; ya transportando á largas distancias peñones colosales, que solo podría remover una fuerza diabólica; ya echando un puente sobre un abismo en solo una noche; ya abriendo en las rocas más duras de las montañas tajos ó perforaciones de magnitud y profundidad asombrosas; al ver todo esto, repetimos, y, sobre todo esto, las diabluras que hacen los hombres, las mujeres y los muchachos, y que no pueden ser inspiradas sino por esos malditos espíritus, ¿quién se atreve á dudar de su existencia?

Convenidos ya en que realmente existe el diablo, su procedencia nos importa muy poco; y vale más creer que es una degeneración de la especie *angelus*, producida por la

soberbia, que no un sér creado expofeso por Dios, origen de todas las cosas; porque entonces habría que confesar, ó que se equivocó dos veces, en la creación de los ángeles y de los hombres, ó que se complace en tener quien le lleve la contraria, le haga la guerra y se burle de sus determinaciones.

Pero nos hemos metido en una cuestión endiablada, y ya no hay medio de dejarla aparte y seguir nuestro cuento; sino que es preciso apurarla del todo hasta llevar la convicción más íntima al ánimo de nuestros lectores, para que den crédito á nuestro relato; y no nos salgan luego, á última hora, con que no creen en la existencia de los demonios, cuando puede decirse que es una cosa que está á la vista de todo el mundo.

Y en efecto, ¿quién no ha entrado siquiera una vez en alguna iglesia en que se venera á San Miguel Arcángel? Pues allí está el diablo, á sus pies, con la faz horrible y tiznada, los ojos y la boca como perro hidrófobo, crispadas las manos, hasta clavarle las uñas de buitre en los pulpejos; los pies con espolones y envueltos entre la retorcida y lanuda cola, y las alas de murciélago en

actitud de agitarse y de protestar contra la fuerza que lo aplasta?

¿Quién no ha visto pintada la tremenda antítesis de la muerte del justo y la del pecador?

Y por último, ¿quién no ha asistido en el teatro á alguna de esas representaciones en que el diablo hace de protagonista y ostenta su poder, ya para casar á un bobo con una princesa, ya para que dos amantes se libren de sus perseguidores, ó ya para convertir en burro á un enamorado, si bien esta metamorfosis se efectúa muchas veces sin el auxilio de fuerzas sobrenaturales?

Que hoy el diablo no se prodigue, ó que no se presente en la forma repugnante y grotesca que solía adoptar en los tiempos pasados, en que era menos culto, porque solo trataba con gente soez, no prueba nada en contra de nuestra afirmación. Lo único que probará es, ó que ya su presencia no es tan necesaria para sus fines, ó que se ha civilizado lo suficiente para adoptar formas más simpáticas y maneras más insinuantes; porque convengamos en que si hoy se presentara en figura de dragón, echando chispas por todo el cuerpo y apestando á azufre,

¿quién sería tan estúpido que se dejara seducir por semejante mónstruo?

Ahora que ya tenemos el camino expedito, continuaremos nuestra narración volviendo al punto en que la dejamos.

Decíamos que los dos emisarios de Luzbel conocían la ciudad antigua, como que habían vivido mucho tiempo en ella; y aunque las nuevas edificaciones para alojar los santos del Viejo y del Nuevo Testamento habían variado algo su fisonomía, no estaba tan cambiada que no pudieran orientarse. Su objeto principal era producir un nuevo movimiento revolucionario entre la fuerza armada, valiéndose de promesas y de los celos que naturalmente debían existir entre los ángeles que durante la primera insurrección permanecieron fieles, al ver que las almas de los hombres ocupan hoy puestos privilegiados con muchos menos servicios, y méritos acaso muy discutibles. Así pensaban los diablos.

Que los ángeles son materia dispuesta para una rebelión, no podían dudarlo. Lo que ha sucedido una vez, puede suceder otra y otras; porque el que hace un cesto, hará ciento, si le dan mimbres y tiempo. Los

mimbres allí estaban, que eran los celos, cada vez más legítimos; en cuanto al tiempo, ¿cuál otro mejor que el presente, en que ya debían de estar bien desengañados respecto al medro personal, ó los ascensos, que todos recaían en gente intrusa? Y aun no siendo así, ¿por qué se les condenaba á no mejorar nunca de condición, cuando en el universo todo progresa?

Con estas cavilaciones llegaron á la puerta del antiguo cuartel de los ángeles azules, en que otras veces se habían alojado, y como eran conocedores de todas sus entradas y salidas, penetraron sin dificultad por una de las ventanas, que, por hacer algún calor, estaban abiertas.

Como era ya bien entrada la noche, los ángeles de aquella legión estaban todos dormidos. Los diablos entraron silenciosos y se acostaron, sin que ninguno los sintiera, no sin llevarse del guardarropas general un vestido y unas alas nuevas para cada uno. Cansados como estaban del viaje, á poco se durmieron también profundamente.

Dejémoslos roncar en la confianza de su buena fortuna, mientras vemos lo que sucede en otra parte.

Como para Dios nada hay oculto, y el ojo de la Providencia nunca duerme, el Padre Eterno había presenciado toda la escena que pasó en la portería, y la astucia de los dos emisarios de Luzbel, los había seguido con su mirada hasta llegar al albergue de la legión azul, los había visto acostarse muy satisfechos y había dicho para sí:—¡Pobres diablos!

En ésto impulsó el botón de una campañilla eléctrica que tenía cerca, y que comunicaba con el departamento de la policía.

Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Arbués despertaron despavoridos.

—Algo grave sucede—dijo el primero—cuando el Padre Eterno nos llama.

—Vamos corriendo allá—dijo el segundo.

Y se vistieron apresuradamente, y, á poco, se hallaron en presencia de la Divina Majestad, que se paseaba con cierta inquietud á lo largo de su despacho.

—Aquí estamos, Señor—dijeron á un tiempo, haciendo una profunda reverencia.—¿Qué se ofrece?

—Se ofrece—contestó el Padre Eterno—que mientras vosotros dormís á pierna

suelta, los enemigos se introducen en el Reino celestial clandestinamente. ¿No habéis sentido ladrar el perro de Roque, ni rugir el león de Marcos?

Los dos santos se miraron un instante; después se encogieron de hombros, y ambos contestaron algo confundidos:

—No, Señor.

—Pues sabed que esta noche han penetrado dos diablos en el Cielo.

—¡Dos diablos! ¡Ave María Purísima!—exclamó San Pedro Arbúes santiguándose.

—¡Dos diablos!—repitió Santo Domingo, imitando á su compañero.

—Dos diablos—afirmó el Señor con voz enérgica—y vosotros, encargados de la vigilancia y de la seguridad de estas mansiones, nada habéis sabido. Será forzoso reemplazaros.

—Señor—dijo el de Guzmán—mientras allá en la Tierra fuimos inquisidores, no se nos escapó un hereje, ni una bruja, cuyo paradero no descubriésemos y cuyo delito no castigásemos con el tormento y las llamas, máxime si los delincuentes poseían algo que confiscar para el rey y para la Iglesia; pero

en materia de diablos, francamente, no estamos muy duchos.

—Pues id y averiguar—dijo el Señor—y no volváis á mi presencia sin traerme á los intrusos.

Y les hizo con el dedo una señal que les indicaba la puerta.

Los dos santos salieron cabizbajos y se dirigieron sin vacilar á la casa de San Juan Bautista.

Cuando el Padre Eterno los sintió alejarse, tocó otro botón que comunicaba con el principal cuerpo de guardia, y á los pocos instantes se presentó San Miguel, hizo el saludo militar cuadrándose de frente, y manifestó en su actitud que esperaba órdenes.

—Miguel—le dijo el Señor—dos enemigos nuestros de las huestes de Luzbel, vencidas por tí, acaban de entrar en el Cielo.

—¡Será posible!—exclamó el Arcángel.—
¿Y cómo?

—Se disfrazaron de almas puras, engañaron y narcotizaron al pobre Simplicio, y penetraron luego en la ciudad. En el cuartel de la legión azul se hallan durmiendo entre los ángeles. Apresúrate á ponerlos á buen recaudo, y que se les juzgue y se les condene

antes de que una nueva rebelión nos haga perder otros cuantos miles de espíritus.

—Voy, Señor, al momento. Ya conocéis mi actividad, mi leal decisión y mi energía, y os respondo de que el hecho no quedará impune.

—Así lo espero, y por eso te he llamado.

Y el arcángel se despidió respetuoso; llegó al cuerpo de guardia, tomó algunos oficiales de los más valientes, y, sin decir á nadie una palabra, se dirigió presuroso al cuartel de la legión azul, en el cual reinaba el más profundo silencio.

Como nadie podía sospechar que la calma de los espíritus celestiales estuviese expuesta á perturbaciones de ningún género, los ángeles de guardia en aquella noche dormían con la misma tranquilidad que los que no estaban de servicio.

Cuando San Miguel tocó á la puerta con ciertos golpes convenidos, que eran el santo y seña que allí se usaba, el centinela se incorporó; despertó al cabo, éste al sargento y el sargento al oficial, corriendo la voz de que llamaba el jefe de día y de noche, y que venía con él el generalísimo del ejército.

La guardia toda salió á recibir á su Excelencia. El Arcangel mandó guardar silencio absoluto á los que presentes se hallaban, y dispuso á media voz que inmediatamente se colocasen centinelas en todas las salidas del edificio, con la consigna de no dejar salir á nadie del cuartel, mientras no se hiciera una investigación de mucha importancia.

Puestas ya las centinelas con el mayor sigilo, se mandó tocar generala. Los instrumentos bélicos resonaron, y los ángeles, todavía soñolientos y con el arma á discreción, corrieron presurosos á ocupar el puesto que su deber les señalaba. En el mismo instante los aparatos eléctricos inundaron el cuartel de una luz vivísima que penetraba hasta por los más escondidos rincones.

Los ángeles se preguntaban unos á otros á media voz: ¿qué será esto? pero ninguno acertaba siquiera á sospecharlo.

Formada ya toda la fuerza, empezó la investigación, angel por angel.... y nada; ni faltaba uno solo, ni había ninguno de más. Cada cual contestó á la lista por su propio número; no se hallaba una fisonomía siquiera dudosa; y sin embargo, el Padre Eterno no podía engañarse.

¿En dónde se habían escondido aquellos diablos?

San Miguel se mordía el labio inferior, apretaba los puños y volvía los ojos en todas direcciones.... ¡Pero nada!

Viendo que aquel sentido no daba luz, se recurrió al olfato.... ¡Pampoco! Había algún olor á azufre, pero era tan débil que casi no se percibía.

Pero ¿de dónde salía aquel olor?

Cuando esto se preguntaba en cien tonos distintos, presentóse un angel con dos túnicas blancas, algo raidas, que se habían encontrado en un rincón cuidadosamente envueltas. Aquellas túnicas eran el foco de la peste infernal; eran, por decirlo así, los despojos que habían dejado los diablos, como las culebras dejan la piel, cuando su cuerpo aumenta de volúmen.

Todos se pusieron inmediatamente en busca de los demonios, como se busca la culebra cerca del lugar en que se halla la piel enredada entre la espesura de un matorral ó en la hendidura de alguna peña. ¡Trabajo inútil! Las camisas estaban allí; pero los diablos....

Mientras esto pasaba en el domicilio de

la legión azul, el Padre Eterno se reía á sus solas, de ver el afán de los ángeles y la astucia de los que ya no lo eran.

Cuando el Arcángel llamó á la puerta del cuartel, los primeros que despertaron fueron Astarot y Patetas. Ambos conocieron el peligro. Se pusieron sus vestidos de ángeles, dejaron las túnicas blancas en un rincón, y se salieron por la misma ventana por donde habían entrado.

Pero ¿á donde habían ido?

Eso lo verá el lector en uno de los capítulos siguientes.

Entretanto, veamos de quién era la visita anunciada en Roma á San Pedro.

Capítulo XVII.

Del nuevo personaje que entró en escena; de los telegramas cruzados entre la Tierra y el Cielo; de las MEMORIAS DE UN ANGEL DE LA GUARDA, y de la curiosidad impaciente de Celestino por conocer dichas Memorias.

Cuando el Apóstol oyó al hostelero anunciarle una visita, lo primero que se le ocurrió fué que sería de alguna de esas personas bondadosas y eminentemente sociables que hay en todas las poblaciones, que, al saber la llegada de un extranjero, se apresuran á ofrecerle sus servicios; ó acaso un buen vividor de los que ofrecen.... otras muchas cosas, sobre todo en la ciudad de los Papas.

Pero cuál sería su sorpresa al ver delante de sí nada menos que un angel, que se dió á conocer luego que los tres quedaron solos, y á quien su joven compañero, cuando lo hubo reconocido, abrazó tiernamente, después

de una separación de muchos siglos!

El angel recién llegado era uno de los muchos ángeles Custodios destinados por Dios á guardar las almas de los hombres, y á ayudarles á rechazar y vencer las tentaciones de los malos espíritus. ¡Papel sublime! ¡Misión admirable y salvadora!... si el diablo no triunfara casi siempre.

San Pedro recibió al angel con el cariño que es de suponer; lo obligó á sentarse, y luego le preguntó con mucha afabilidad:

—¿A qué debo el placer de esta visita?

—Señor—respondió el custodio con modestia—son muchas las causas que me han hecho venir á saludar al Príncipe de los Apóstoles, que, aunque de origen humano, es hoy superior á los ángeles en categoría.

San Pedro se inclinó por pura deferencia, pues, como dice el refrán, lo cortés no quita lo valiente, y el angel continuó:

—En primer lugar, supe vuestra llegada á la Tierra, como la supimos todos los de mi clase, por un telegrama circular que de la secretaría de Relaciones Exteriores nos fué dirigido, encargándonos que, sin desatender

nuestras principales obligaciones, procurásemos prestar á Vuestra Santidad cuantos servicios estuviesen á nuestro alcance.

En segundo lugar, me proponía comunicaros una gran noticia, que pocos saben en el mundo, y tal vez se ignora todavía en el Cielo.

—¿Y cuál es? —preguntó el Apóstol con ansiedad muy marcada.

—Es....—contestó el interpelado con cierta reserva y bajando la voz cuanto le fué posible—es que.... todos los diablos que sobre la Tierra había se han partido para el Infierno con una precipitación extraordinaria.

—¿De veras? ¿Y á qué van? ¿Quién los ha llamado?

San Pedro hizo las tres preguntas con tanta rapidez, que no dió lugar á que el angel le contestase á cada una de ellas.

—Vamos por partes—dijo éste al fin.—Se han ausentado, dejándolo todo pendiente, porque les llegó la noticia de que hay revolución en el Infierno; que Luzbel está á punto de ser destronado, y que quieren establecer la república.

—¡Buen provecho les haga!—exclamó el

santo—con eso dejarán por algún tiempo el alma quieta á las pobres criaturas, que ya no pueden resistir tantas tentaciones.

—¡Ay!—murmuró el angel.—¡Y eso que vos, aunque sacerdote y confesor, no sabéis de la misa la media! ¡Si estuviérais, como nosotros, en todos los secretos, hasta los más íntimos, de las almas!

—Al sacerdote nada se le oculta.

—Eso piensan los confesores; pero el alma tiene repliegues que el hombre, y sobre todo la mujer, no descubre jamás aunque los crucifiquen.

—Pero, volviendo á los diablos. ¿Cómo ha sabido usted todo eso?

—Por uno que se despidió de mí amenazándome con que, una vez establecida la libertad allá abajo, irán á llevar la revolución hasta el Empíreo.

—¡Qué insensatez!—exclamó San Pedro.—¿Allá? ¡cómo!

En ésto, el Apóstol, que había colocado un hilo eléctrico invisible desde el Vaticano hasta su habitación para recibir directamente las comunicaciones telegráficas ó telefónicas que bajaran del Cielo, sintió la señal de aviso; encargó silencio á su interlocutor,

y escuchó distintamente resonar en su oído las siguientes palabras:

«A. M. D. G.

Conspiración descubierta en el Cielo.

Simplicio, narcotizado, dejó entrar dos diablos.

Policta torpe. Miguel les sigue la pista.

Gran conmoción. Medidas de seguridad tomadas.

Confianza en el triunfo. Padre Eterno tranquilo.

GABRIEL.»

San Pedro dió un salto de su asiento, se plantó en medio de la sala, se cruzó de brazos, y dijo á los dos ángeles:

—¡Ni aun el Cielo está ya libre de revoluciones!

Y después de calmarse un poco, les repitió la comunicación, tal como se la habían transmitido.

Él, á su vez, remitió al Cielo inmediatamente por contestación esta otra:

«Roma.—Fecha.—A. M. D. G.

Al Sr. San Gabriel Arcángel, en el Cielo.

En el Infierno revolución gorda.—Destronamiento de Luzbel, posible.—Proclamación república probable.—Tierra libre de diablos.—¿Hago falta?—Avisen.

SIMÓN PEDRO.»

—¡Válgame Dios, y á qué tiempos hemos llegado!—continuó, lleno de amargura, después de acabar de transmitir su comunicación y sentándose otra vez al lado del angel Custodio.—Y, aquí para *inter nos*, si su Divina Majestad se anda todavía en contemplaciones, y no hace un verdadero escarmiento donde quiera que sea necesario, ¡quién sabe hasta qué extremo llegarán las cosas! ¿No es verdad?

Los dos ángeles hicieron con la cabeza una señal afirmativa para manifestar su asentimiento.

—Bueno; ¿y qué otro motivo había además para esta visita, que me ha sido, y me es, tan satisfactoria?

—El otro es—dijo el Custodio—que, como hace ya tantos siglos que me destinaron á la Tierra al servicio de las almas, trabajo tan penoso y tan.... Porque, francamente, si fuera el alma sola la que uno tuviera que

guardar.... pase; pero, como el alma está encerrada en el cuerpo, y éste tiene tantas necesidades tan... y tantas malas inclinaciones; y como el Custodio no se puede apartar ni lo más mínimo del alma que se le encomienda, y del cuerpo por consiguiente, ni de día ni de noche, sea cual fuese la conducta del recomendado; y por otra parte, como hay que sostener sin tregua una lucha tan tenaz con los enemigos, que son muy numerosos, sin contar el mundo, el demonio y la carne, que es la más temible, cualquiera se puede figurar la vida que pasaremos.

Pues bien; al cabo de tantos siglos, sin haber podido volver al Cielo, porque desgraciadamente, de todas las almas que me han tocado, no he conseguido salvar ni una sola; y no por culpa mía, aunque me esté mal el decirlo, sino porque, á pesar de mis esfuerzos, ellas no han querido ayudarse, y se han entregado voluntariamente al enemigo.... Para mí era muy penoso continuar un trabajo tan estéril, y solicité mi reemplazo, ó á lo menos una licencia para descansar de tanta fatiga.

Y al pobre Custodio se le conocía el dolor que experimentaba, al referir el mal éxito

de su trabajo, porque asomaron á sus ojos dos líquidas y hermosas perlas, que rodaron después por sus sonrosadas mejillas.

San Pedro y Celestino se apresuraron á consolarlo, y el Custodio continuó:

—Pues, como iba diciendo, solicité licencia para el día en que terminase la vida terrenal de mi último recomendado, que fué un señor llamado en el mundo N. N., que murió hace pocos días, aquí, en Roma, á cuyos restos negaron primero sepultura eclesiástica, y después le hicieron grandes honras, porque la familia pagó una gran suma para sufragios; pero.... con sufragios y todo, su pobre alma se iría derecha al Infierno.

—Conozco el caso—dijo el Apóstol—y por cierto que no tardó en seguirle otra, quizás más culpable bajo la capa de.... Pero prosiga.

—Pues yo—continuó el angel dolorido—como tengo allá en el Cielo mis relaciones, escribí, importuné, hasta que por último conseguí que me otorgaran la licencia que había solicitado, y de la cual no haré uso mientras no ponga en orden mis papeles, para probar en el tribunal divino que no he escaseado ningún género de diligencia para salvar las al-

mas que me han sido encomendadas; y que si el éxito no ha sido bueno, yo no soy responsable, porque mis armas no eran de tan buen temple como las de mis contrarios; y porque es imposible defender una fortaleza en que el enemigo tiene por todas partes entrada franca, y dentro fuerzas auxiliares que, ya ocultas, ya á pecho descubierto, lo favorecen.

—¡Es verdad! ¡Desgraciadamente es verdad!—dijo San Pedro, arqueando las cejas, frunciendo los labios y dando á la cabeza ese movimiento con que se suele acompañar toda frase de profunda intención, de amargo sentido y de difícil ó imposible remedio.

Celestino escuchaba á su antiguo camarada con tanta boca abierta, como el muchacho inocentón y curioso que oye referir á un militar los accidentes de una ruda campaña.

El Custodio, que, como el lector habrá observado, era un angel algo minucioso en sus narraciones y amigo de hablar largo y tendido, cuando hallaba un auditorio paciente y benévolo (cualidad adquirida tal vez por la costumbre de estar entre los hombres),

volvió á tomar la palabra y continuó diciendo:

—El espíritu de orden, innato en mí, y el deseo de poder probar siempre con documentos mis palabras, me hizo llevar, desde que vine al mundo, una especie de memorial, en que he ido anotando todo lo más interesante, relativo á mi conducta con las almas de que he sido Custodio, y al procedimiento de ellas en el árduo negocio de su salvación, mirado casi siempre como cosa de poca importancia.

Y al decir ésto, sacó de debajo de su túnica un voluminoso manuscrito, en cuya cubierta se leía el siguiente rótulo:

«MEMORIAS DE UN ANGEL DE LA GUARDA.»

San Pedro cogió el manuscrito en la mano derecha, y después de tantear el peso, lo devolvió á su autor diciéndole:

—¡No ha sido pequeño el trabajo!

Celestino echó sobre el cuaderno una mirada de curiosidad tan intensa, que, á haber podido penetrar con ella el contenido de sus hojas, le hubiera bastado un instante para leerlo todo de cabo á rabo.

—Y, á pesar de lo mucho que aquí hay escrito—continuó el Custodio—he tenido que

prescindir de un inmenso número de detalles, no por falta de interés, sino por decoro propio; porque hay cosas que le hacen á uno taparse la cara de vergüenza, y esas cosas no son para escritas, ni aun para contadas.

—Es verdad—dijo San Pedro.—Y en el confesonario mismo es extremadamente peligroso entrar en ciertos pormenores, tanto para el confesor, que no es de cal y canto, cuanto para el penitente, que en ocasiones aprende lo que más le valiera ignorar. ¡Como si al que va á acusarse de ladrón fuera necesario, para corregirlo, enseñarle muchos medios de robar, que ni en sueños hubiera él imaginado!

A cada una de estas frases enigmáticas la curiosidad de Celestino se excitaba de tal modo, que hubiera hecho cualquier sacrificio por satisfacerla.

¡Y es tan natural, sobre todo en un joven, el deseo de penetrar en lo desconocido, que, aun siendo un angel, no hubiera vacilado en engolfarse en el mar de aquel manuscrito misterioso, desafiando el peligro de que alguna ola demasiado turbia pudiera salpicarlo y manchar la nítida pureza de sus blancas alas!

—Pues, si usted quiere—le dijo San Pedro—aquí puede vivir con nosotros mientras arregla sus apuntes. Entre tanto, es posible que me ocurra algún encargo con que molestarlo, ó por lo menos alguna carta para los amigos, á fin de no ocupar el teléfono ni el telégrafo sino en asuntos de necesidad apremiante.

Al oír Celestino la proposición hecha por el Apóstol á su camarada, saltó de placer sin miramiento alguno, y á su vez dijo al Custodio, tomándole una mano:

—Por supuesto, hermanito, que no te vas ya de aquí hasta que lo lleves arreglado todo; y, si no basta la indicación que mi maestro acaba de hacerte, yo interpongo mis súplicas y los fueros de nuestra antigua amistad y buen compañerismo, para que aceptes una hospitalidad, que procuraremos hacerte grata.

—Me quedaré con mucho gusto, ya que ustedes lo desean; y si mi presencia les causare algún embarazo, me lo pueden indicar francamente.

—¡De ningún modo!—replicó San Pedro. —Y, en caso de necesidad, con hacerse invisible....

—Nada, nada; es cosa resuelta; te quedas con nosotros.

Y Celestino gozaba ya de antemano con el placer natural que debía proporcionarle la compañía de su antiguo amigo, y.... lo diremos sin ambages, con el que le ofrecía la ocasión de satisfacer su curiosidad infantil, sobre manera excitada.

—*¡Memorias de un angel Custodio!*—repetía en su interior.—¡Ah! ¡Cuántas revelaciones va á tener mi espíritu con esa lectura! ¡Cuántas cosas voy á saber, que no hubiera sabido nunca, á no bajar á la Tierra, y sobre todo, á no haber encontrado en mi camino un angel de experiencia tan consumada, por medio del cual voy á conocer íntimamente el mundo y el hombre, creaciones tan extrañas y tan distintas de todo lo que por allá conocemos!

En estos pensamientos se hallaba absorbo nuestro curioso y cándido Celestino, abrazando á su compañero con la efusión celestial del espíritu inocente y puro, que prodiga y recibe caricias fraternales, cuando San Pedro, que se gozaba en el placer de aquellos dos ángeles tan hermosos, dotados por Dios de todas las gracias imaginables, pretextando

tener que rezar sus horas canónicas, se retiró á otra habitación y los dejó solos, entregados á sus pueriles expansiones, á los recuerdos más íntimos de su infancia y á sus candorosas é interesantes confidencias.

Hagamos nosotros, por respeto y por cortesía, lo que hizo San Pedro por deferencia y por cariño; y mientras el uno reza y los otros hablan, volvamos al Infierno á ver cómo les va á aquellos diablos con su revolución, que no solo amenaza el trono de Luzbel, sino dar al traste con sus más firmes y seculares instituciones.

Capítulo XVIII.

Donde se da cuenta de la emigración de Luzbel y algunos de sus súbditos, y se refiere los abusos que los condenados y los demonios hicieron de la libertad recién conquistada; el arrepentimiento de muchos de los que habían entrado de buena fé en la revolución, y el de todos los que no habían podido sacar provecho de ella.

Pasadas en festejos y en regocijos las veinticuatro horas concedidas á Luzbel para abdicar ante sus súbditos el poder y las prerrogativas de soberano; abolidas de hecho las penas á que se hallaban condenadas las almas de los hombres, y apagadas casi completamente las hogueras que mantenían en ebullición las sustancias metálicas y resinosas de que estaban henchidas las enormes calderas, donde hervían las almas sin consumirse; y viéndose éstas en posesión de una libertad ilimitada, é iguales en un todo á los diablos, sus antiguos atormentadores, y des-

pués sus mejores amigos, limpiáronse como pudieron de los pegotes que se habían adherido á su piel, al salir de los extensos y profundos receptáculos, donde por tanto tiempo habían estado cociéndose, sin ablandarse lo más mínimo, y corrieron en confuso tropel, mezcladas con los demonios y gritando como condenadas, junto al palacio del expoderoso rey de los Infiernos:—¡Viva la libertad absoluta! ¡Abajo la autoridad! ¡Viva la anarquía!

Los capitanes más esforzados, que, en unión de Luzbel y bajo sus órdenes, habían dado el grito de rebelión en las alturas, y que en aquellós momentos no querían desampararlo, le aconsejaban que no se intimidase ni cediese á las exigencias de las amotinadas turbas. Decíanle que el primer acto de debilidad llevaría por consecuencia el desprestigio de la institución por él representada, y que, en pos del desprestigio, la ruina sería completa é inevitable.

Belial y Belcebú, sobre los cuales había pasado la rugiente ola de la revolución, desencadenada por ellos, porque juzgaban que podrían detenerla á su voluntad en cualquier punto de su camino, se presentaron ante el monarca arrepentidos de su obra y dispues-

tos á trabajar en contra de la revolución, de que no habían podido adueñarse.

Comprendían ellos, aunque algo tarde, que querer atajar el torrente, una vez desbordado, era inútil; y que no había otro medio de desvirtuar una revolución que extravíar su curso, hacerla estéril ó dañosa, y por consecuencia, aborrecible aun á aquellos que más esperanzas habían fundado en la virtud del movimiento.

Pero la cooperación que en este sentido ofrecían, no era á consecuencia del consejo de su razón más ilustrada, ni de su respeto y amor hacia el príncipe de las tinieblas, cuyo poder habían minado ellos mismos por su base; sino por odio á Satán, que, más hábil que ellos, había dado forma concreta á las aspiraciones de la multitud, si bien todas aquellas fórmulas, de deslumbradora apariencia para seducir á las masas ignorantes, no eran á su juicio otra cosa que utopías de imposible realización, dada la índole natural de las masas diabólicas y de las almas de los condenados, en las cuales la ambición era tan desmedida como crasa la ignorancia y ningunos los merecimientos. ¡Pobres almas y pobres diablos, seducidos

primero por las palabras de Belial, después por las de Belcebú, y últimamente por las de Satán, que era el que había llevado más lejos sus promesas!

Si hubiese habido alguna buena alma (cosa imposible en aquel lugar) que los hubiese ilustrado sobre sus deberes, como les hacían comprender sus derechos; si, antes de poner en sus manos el gran tesoro de la libertad, les hubiesen enseñado á hacer buen uso de ella, en vez de abusar tan escandalosamente, ¡cuánto hubiera podido mejorar la situación de todos! ¡Quién sabe si al fin hubieran llegado hasta á redimirse por medio de la prudencia, que habría acarreado en pos de sí las demás virtudes!

Pero allí, tanto el soberano como los súbditos, tenían las tinieblas en el entendimiento y en la voluntad, y estaban condenados á sufrir perpétuamente las consecuencias de sus culpas.

Luzbel se negó á toda clase de arreglos, y prefirió emigrar con los que de su corte habían permanecido fieles. La emigración no tenía más que un lugar á donde poder dirigirse: y ese lugar era la superficie de la Tierra.

La pobre humanidad, que, aunque por pocos días, se había visto libre del maléfico influjo de los diablos, parecía despertar de un horrible sueño. Las guerras cesaron de improviso; las virtudes cristianas empezaron á ejercer su imperio hasta en las naciones idólatras: los ricos favorecían ya á los pobres con larga mano; la fuerza se debilitaba para abrir paso á la razón y á la justicia; los políticos se despojaban de su propio interés y ponían sus ojos en los intereses sagrados de la patria; los periódicos iban sustituyendo el estéril ardor de las polémicas encarnizadas y personales con las ideas fecundas de la instrucción sólida y de inmediata trascendencia; en el hogar veíanse renacer como por ensalmo el respeto y el cariño, la fidelidad conyugal y todas las virtudes domésticas: en una palabra, la morada del hombre iba recordando, por medio de una evolución consciente hacia el bien, las condiciones de felicidad perdidas por la manzana del Paraíso. La ausencia de los diablos tentadores dejaba respirar y vivir las nobles aspiraciones del espíritu, como la planta á quien se le hubiese quitado de encima una cubierta opaca que la hubiera tenido privada por largo

tiempo del aire y de la luz indispensables para su existencia.

En esta situación se encontraba el mundo cuando Luzbel y sus malditos secuaces, cargados con su odio y con sus rencores, con su espíritu de venganza inextinguible y con la parte de dolor y de infierno que correspondía á cada uno, y de que en vano trataban de huir, volvieron á inundar la morada humana, que solo había disfrutado un corto paréntesis de felicidad; tan corto, como el que medió entre la operación quirúrgica que privó al hombre de una costilla para darle una compañera, y el desaguisado que ésta le hizo, apesar de ser carne de su carne y hueso de sus huesos.

Tan pronto como los diablos volvieron á presentarse en la Tierra (y eso que, con relación á los tiempos anteriores, eran pocos en número), todo volvió de nuevo al profundo malestar, cuya desaparición fué tan rápida y pasajera como la luz de un relámpago. Desencadenadas las malas pasiones, y como si hubieren adquirido mayor fuerza con la suspensión momentánea, los abusos se multiplicaron de un modo espantoso, y el globo sub-lunar quedó otra vez convertido en Infierno.

Los que de allá habían emigrado vieron surgir una cuestión que para ellos era muy difícil de resolver. Si trabajaban con el ardor de siempre en la condenación de los seres humanos, enviaban á las profundidades nuevas fuerzas, que irían á aumentar las de sus enemigos políticos; si se cruzaban de brazos y no trabajaban, era tanto como enviar almas al Cielo, lo cual envolvía una nueva y más vergonzosa abdicación de consecuencias infinitamente más graves; porque en el primer caso era dar armas á la guerra civil, que podría tener una solución el día menos pensado; mientras que en el segundo se trataba de una guerra extranjera, en la que no había transacción posible.

Discutido bien el asunto, y pesadas las razones en la balanza de su propio interés, siguió la lucha con el mismo encarnizamiento, y los hombres y las mujeres continuaron bajo la influencia diabólica, como lo habían estado antes.

En cuanto al reino de Luzbel, tan pronto como éste y sus amigos se alejaron de allí, empezó la gresca más descomunal que imaginarse puede, aun antes de promulgarse la Constitución que Satán había presentado.

Como todos eran ya libres para hacer lo que les diera la gana, y los condenados no tenían penas que temer, porque se habían abolido, las almas que habían sido maltratadas con exceso por algún demonio de mala intención ó de carácter atrabiliario, se apoderaron de los tridentes, y formando numerosos grupos, recorrían calles y plazas, sobre todo de noche; y para vengar antiguas ofensas, daban á los diablos que encontraban solos cada paliza, que les hacían chuparse los dedos de gusto. No había mañana que no apareciesen algunos diablos mutilados: á unos les habían cortado la cola; á otros les habían tronchado los cuernos; á otros les habían arrancado las uñas de raíz y aun alguna falanje de los dedos con ellas. Y lo peor de todo es que no eran sólo los condenados los que, en uso de su absoluta libertad, se divertían en tales retozos; sino que muchos diablos de perversa índole andaban también en la danza, ya ayudándoles materialmente, ya azuzándolos contra otros diablos que, por haber tenido en el antiguo régimen una jerarquía más elevada, se habían creado envidias y suscitado rencores, que ahora tomaban la forma, demasiado pal-

pable y tangible, de una paliza ó de una mutilación más ó menos grave y dolorosa.

Los diablos pacíficos, ó menos amigos de pendencias, se encerraban en sus covachas y no se atrevían á salir á ninguna hora, por no exponerse á aquellas demasías; otros se resolvieron á emigrar por no sufrir aquel infierno, y hubo muchos, de los que más ayudaron á la revolución, que manifestaban sin empacho su arrepentimiento á cuantos querían escucharlos, y maldecían á voces su desacuerdo y su locura. Hasta al mismo Satán, por equivocación, le arrojaron entre las sombras un linternazo que estuvo á punto de derribarle una quijada.

¿Y á quién iban á quejarse, si los agresores estaban en su derecho, y hacían simplemente uso de una facultad que las leyes autorizaban?

Llegado el día en que, según la Constitución, la República infernal debía dividirse en una federación de siete Estados, con uno de los pecados capitales por nombre y bandera de cada uno de ellos, se vió que la cosa no era tan fácil como en un principio se había

creído, so pena de tener que dejar algunas de las secciones más pobladas y con mayor fuerza que las otras.

Cuando se levantó el estandarte de la SOBERBIA, se dirigieron á él y se colocaron á su alrededor varios grupos de almas recién llegadas, la mayor parte de las cuales hablaba en inglés y en alemán; también se arrimaron algunas que hablaban la lengua de Camoens, pero iban tan finchadas, que no hallaban sitio donde colocarse; por último, se arrimaron unas pocas que se expresaban en español; pero pronto se supo que no eran peninsulares, sino chilenas. Entre las que hablaban inglés había, por lo menos, tantos yankees como britanos, y aunque al principio se miraban de reojo, al fin se aceptaron mutuamente como de un mismo gremio.

Izada la bandera de la AVARICIA, los soberbios querían también formar parte del segundo Estado, pero no permitiéndoselo la ley, permanecieron en su primer puesto, consolándose al ver que de sus mismos hermanos había bastante gente para constituir la segunda sección, y aun sobraba mucha.

Bajo la bandera del tercer Estado, casi

todas las almas querían agruparse; pero se dió la preferencia á las que llegaron primero, y se formó la sección de espíritus franceses, italianos y turcos, sin que faltasen algunas almas de otras naciones.

Llegó su vez al pabellón de la IRA, y, aunque no había grande interés en constituir esta cuarta sección, al fin pudo formarse de los condenados rusos, de algunos chinos y unas cuantas docenas de austriacos y griegos.

Los afiliados á la GULA iban divididos en dos porciones: los partidarios de los líquidos y los de los sólidos; entre los dos grupos había algunos individuos que se hallaban entre dos aguas y que no se atrevían á desprenderse del uno ni del otro; á éstos los tuvieron por seres anfibios, y ocuparon el primer lugar por aclamación unánime. En esta sección se hablaba casi todas las lenguas; pero principalmente las del Norte.

Lo mismo sucedió con la bandera de la ENVIDIA; y, aunque la mayor parte de los condenados conocía en su interior que aquel era su lugar, no se atrevían á pasar á él francamente por un resto de vergüenza. Al fin se

formó de pequeños grupos descarriados de todos los demás, y se hablaban en él todos los idiomas.

La bandera de la PEREZA, último de los Estados de la Federación, se hallaba en el suelo, sin que ninguno de sus partidarios se tomase el trabajo de levantarla; pero, en el suelo y todo, se acomodaron cerca de ella muchas almas agobiadas por el cansancio.... de la inacción, y allí se tendieron á la bartola panza arriba, con los brazos extendidos en cruz, echando bravatas y charlando cada una por cuarenta. Las almas de esta sección eran casi todas españolas é hispano-americanas.

Al verlas en aquella inercia, un diablo chusco se puso á gritar:

—¡Se está disponiendo un baile y una fiesta de toros!

Al oír ésto, las almas del séptimo Estado se levantaron como una sola, preguntando con mucho interés:

—¿En dónde? ¿En dónde?

El mismo movimiento, rápido, espontáneo y uniforme, hubiera podido observarse en los demás Estados, si en vez del grito de ¡Fiestas y toros! se hubiese arrojado una

menada al suelo para que hiciese ruido, ó hubieran destapado algunas botellas de cerveza.

Terminado el fraccionamiento de la República en los siete Estados soberanos con un pecado capital ó por capital de cada uno; proclamada la soberanía individual, para que todos poseyesen lo que en poder de otros les parecía abominable; y formadas, por último, agrupaciones más pequeñas con que poder contentar á mayor número de ambiciosos, creyóse llegado el caso de jurar la constitución elaborada por Satán y elegir los jefes de los Estados y de la República, no para que dirigiesen la administración ni cuidasen de la observancia de las leyes, sino para que colocaran alrededor de ellos á sus amigos y parciales, formando así un núcleo de fuerza para sostenerse, y de resistencia para impedir la intrusión de personas extrañas.

Dejémoslos, pues, discutir en sus juntas preparatorias, no los intereses generales, sino los de cada pequeño grupo; y mientras consiguen arreglar *amistosamente* sus diferencias, veamos la suerte que en el Cielo corren Astarot y su secretario, que, ignorantes

de lo que pasaba en el Infierno, seguían su labor á ciegas, como representantes de una institución que ya no existía y de un monarca destronado.

Capítulo XIX.

Del alarma que produjo entre los bienaventurados aquella situación anómala, y de cómo en el Cielo, igual que en la Tierra, á veces pagan justos por pecadores.

Con el descontento que produce siempre un golpe en vago, volvió San Miguel á la presencia del Altísimo, sin hallar disculpa al mal éxito de la empresa acometida por él con tan buenos propósitos.

El Señor lo recibió, como de costumbre, con una sonrisa paternal, y luego le dijo en un tono entre festivo y serio:

—¿Qué hay, Miguel?

El Arcangel, medio turbado, á pesar de la benevolencia con que era recibido, empezó á tartamudear algunas palabras, sin encontrar una frase propia para disimular su vergüenza.

Al fin contestó:

—Señor, no obstante mi diligencia, cuando llegamos al cuartel, encontramos la cama

y algunas plumas, pero los pájaros ya habían volado.

—Ya lo sabía—replicó el Padre Eterno—pues los ví salir por la misma ventana que les dió entrada, apenas sintieron los primeros golpes dados en la puerta.

—¡Miserables!—murmuró San Miguel, sin poder ocultar su santa ira.—¿Pero á dónde habrán ido á parar?

—Yo lo sé muy bien—dijo el Creador—pero no pienso decírtelo de nuevo, porque quiero que, tanto tú como los jefes de mi policía, trabajéis algo para alcanzar el triunfo, única manera de que tenga mérito á mis ojos.

—¡Con tal de que no se vuelvan al Infierno sin atraparlos!...

—Tomad bien vuestras medidas, tanto tú como Pedro Arbués y Domingo de Guzmán; aunque éstos, según confesión propia, no saben descubrir sino herejes y brujas.

El Arcangel se sonrió maliciosamente, y luego dijo:

—Para diablos de armas tomar, como parecen esos, no creo que sirvan gran cosa los santos de sotana. Por otra parte, un triunfo conseguido á medias, con semejantes auxi-

hires, ni satisfaría mi amor propio, ni me libraría quizás de que ellos se atribuyeran todo el mérito, dejando el trabajo á nuestras espadas. Perdonad, Señor, que delante de Vuestra Majestad hable con esta franqueza; y aunque parezca baladronada el querer obrar sólo con alguno de los míos, y rechazar la ayuda de inquisidores y policías adocenados, Vuestra Majestad sabe muy bien que no soy manco, cuando se trata de defender los fueros de mi Dios contra enemigos soberbios y de recio empuje, para lo cual no valen gran cosa los paternoster ni el hisopo.

Cualquiera que hubiese oído las anteriores frases no hubiera dudado un instante del poco aprecio en que tenía el Arcangel á los dos santos jefes de la policía celestial, lo cual es muy común en la clase á que San Miguel pertenecía. En efecto; es muy raro que haya estimación, ni aun benevolencia, entre militares y sacerdotes, que son como perros y gatos; aunque á veces unos y otros saben fingir á maravilla, cuando se trata de algún asunto de interés común para el cual se necesitan mutuamente.

—¿Y puedo contar—añadió San Miguel—con facultades amplias para mis pesquisas?

—Por supuesto; tienes para ello carta blanca. Además, puedes ponerte de acuerdo con el apóstol Santiago para declarar el país en estado de guerra y suspender todas las garantías, hasta que el peligro pase. Sobre todo, conviene remover al actual portero y sujetarlo á juicio por falta de perspicacia, y colocar en aquel puesto alguna fuerza á las órdenes de un jefe entendido y diligente para que los rebelados no puedan evadirse.

—Señor, todo se hará según vuestras indicaciones.

—¡Ah! que en el bando que se publique se diga expresamente que todos están obligados á contribuir á la captura de los reos de sedición, bajo la pena de mi enojo, y que, si pasan veinticuatro horas sin que alguno los presente, se practicarán visitas domiciliarias.

—Está muy bien. ¿Y nada más, Señor?...

—Nada más, por ahora. Puedes ya retirarte, que es más de media noche y quiero recogerme. Avisa en la antecámara que no recibiré á nadie, sea quien fuere, hasta mañana á la hora de audiencia.

—Voy á dar las órdenes en seguida.

—Hasta mañana.

Y San Miguel hizo un saludo militar y se retiró precipitadamente, mientras que el Padre Eterno se dirigía á su dormitorio, diciendo por lo bajo:

—¡Si me descuido!...

Poco después, en la morada del Omnipotente era todo silencio y reposo.

No sucedía lo mismo en el resto de la capital, sobre todo en los altos círculos ministeriales, á donde ya algunos agentes de la policía habían llevado el alarma.

Cuando el arcangel llegó al ministerio de la guerra, ya Santiago estaba á caballo, rodeado de algunos oficiales superiores. Los demás ministros habían quedado en consejo.

Tan pronto como San Miguel les comunicó las órdenes que había recibido, se procedió, lo primero, á enviar un piquete á la portería, para que custodiase la única entrada que el Cielo tiene, con la expresa consigna de no dejar entrar ni salir á nadie sin superior mandato, y la de enviar inmediatamente á San Simplicio, en clase de detenido, á una prisión de Estado, y tenerlo allí á disposición del Consejo de guerra, hasta tomarle la indagatoria.

Inmediatamente se hicieron los prepara-

tivos para publicar la ley marcial, apenas se tocase diana.

El comandante del piquete, á quien se encomendó la custodia de la puerta y el arresto de San Simplicio, era un angel de alta graduación, de los que más se habían señalado por su bravura en la guerra contra los rebeldes. Tan pronto como recibió la orden, corrió á ponerla en práctica con una escuadra de veinte ángeles, un sargento, dos cabos y un oficial subalterno. Aunque llevaban trompeta, no tocaron marcha, sino se fueron á ocupar su puesto muy callandito para que el vecindario no se alborotase.

Como había pasado muy poco tiempo desde la toma del *Perfecto amor* por el cándido San Simplicio, éste se hallaba aún bajo la acción de aquel maldito brebaje, cuando llegó á la portería la fuerza armada; y fué necesario dar á la puerta golpes muy recios para que el santo despertase.

Al fin el ruido pudo más que el narcótico, y el portero saltó de la cama todo asustado y creyéndose presa de una pesadilla. Pero ni su razón había recobrado aún su lucidez natural, ni sus pies podían sostener el peso de su cuerpo de una manera firme y segura; así

es que, al incorporarse gritando: «¿Quién va allá? ¿Quién llama á estas horas?» y al echarse abajo de la cama, se encontró con el centro de gravedad en la cabeza, y ésta se fué al suelo mal su grado, y tras de ella el cuerpo todo, ocupando la línea horizontal en la peor figura posible.

El comandante del piquete sintió el ruido, pero como ignoraba lo que allí había pasado, lo que menos se le ocurrió fué que el santo hubiera caído de narices; sino que habría derribado algún mueble al levantarse de la cama con precipitación y á oscuras. No obstante, gritó en alta voz:

—¡Abra usted á la guardia!

—¿A la guardia? —repitió dentro San Simplicio, acabando la frase en falsete, mientras procuraba levantarse.

—¡Abra usted! repito.

—¡Caracoles! ¡Tengan un poco de paciencia, que no está la Magdalena para tafe-tanes!

Y esto diciendo, se incorporó como pudo, se acercó á la puerta, y volvió á preguntar con la voz mal segura y entrecortada:

—¿Qué tiene que hacer la guardia en la portería del Cielo?

—Abra usted y lo verá. Venimos en cumplimiento de órdenes superiores á practicar una diligencia.

—¡Paisanitas!—exclamó entonces San Simplicio á media voz, creyendo que aún estaban allí las dos almas catalanas.—Paisanitas: vamos á fuera, que está ahí la guardia, y yo no quiero comprometerme.

Y en medio de la obscuridad extendía los brazos por todas partes, y buscaba á tientas y dando traspies á los conductores del supuesto regalo de San Pedro. Pero, al ver que nada encontraba, se encaminó á la mesa donde había dejado fósforos y una bujía, y al fin logró encender luz, aunque con mucho trabajo. Su asombro subió de punto al ver que las almas habían desaparecido.

Entre tanto, los golpes menudeaban á la puerta, porque los ángeles estaban ya impacientes.

—¡Abra usted con dos mil de á caballo!—fué la última frase que el jefe pronunció en tono demasiado imperativo.

—¡Allá van!—contestó el portero, tan asombrado de no ver allí á las paisanas de Ripoll como de la flaqueza de sus propios cimientos. En vano trató de coordinar sus

ideas. Lo único que pudo comprender fué el estado lastimoso en que se hallaba, pues dijo entre dientes: —¡Como.... que... todavía estoy.... mareado! Pero voy á abrir, á ver qué....

Y al fin abrió la puerta, y los ángeles entraron en tropel, sin guardar al santo miramiento alguno.

—¡Bueno!... Caballeros.... ¿qué es lo que se ofrece?—balbuceó el mártir compañero de San Ambrosio, al verse rodeado de gente armada.

El comandante, por toda contestación, lo tomó por un brazo, y entregándolo á uno de los cabos de escuadra y á los cuatro ángeles más próximos, les dió la orden de conducirlo á la prisión, y que inmediatamente pasasen aviso á San Miguel Arcángel y al Apóstol Santiago.

Con la emoción que todo aquello le produjo, la turca del *Perfecto amor* desapareció instantáneamente, y el santo portero empezó á pedir explicaciones.

—Allá se las darán á usted—le dijo el jefe de la guardia.

—¿Y cómo abandono mi puesto?

—Nosotros venimos á ocupar su lugar.

—Pero.... ¿qué delito?...

—Eso no es de mi incumbencia.

Por fin, el pobre mártir, víctima de la infernal astucia, viendo lo inútil de sus averiguaciones, y observando que la escolta lo aguardaba, se resolvió á seguirla, murmurando entre dientes:

—¿Qué habré yo hecho? ¿Y quién diablos serían aquellas paisanas que Dios confunda? ¡Bien empleado me está, por ser tan simple y por fiarme del primero que llega!

Cuando San Simplicio arribó al cuartel de la guardia principal, donde se hallaban las prisiones de Estado, se le hizo entrar en una pieza oscura y desmantelada, hasta que llegase el juez de instrucción á recibirle la indagatoria.

El pobre santo se desesperaba al verse tratar de aquella manera; y aunque revolvía en su imaginación todos los últimos actos de su vida, no podía atinar con la causa de aquel arresto.

El haber dado entrada, nada más que hasta la portería, á dos almas tan humildes como le parecieron sus dos paisanas, no creía él que fuera un delito merecedor de castigo tan grave. ¡A no ser que, durante su embria-

guez involuntaria, hubiese cometido, sin saber cómo, algún acto punible!...

Al fin se resolvió á tener paciencia y aguardar, que es el recurso de los que no pueden hacer otra cosa; y sin dejar de pensar en la resolución del extraño enigma, de que él era á la vez objeto y sujeto, se sentó en una especie de banco de piedra, puesto allí tal vez para servir de cama á los arrestados, con los codos en las rodillas, sosteniéndose con ambas manos la mandíbula inferior y abriendo los ojos desmesuradamente por si lograba así dilatar sus pupilas y podía ver algo en la obscuridad, como los animales nocturnos. ¡Vana tarea! Las sombras de que se hallaba rodeado siguieron para él siendo impenetrables, como las causas que lo habían reducido á aquel extremo lastimoso.

De allí á poco rato empezó ya á amanecer, y en todos los cuarteles se dió el toque de diana. Inmediatamente una salva de electricidad anunció á los moradores del Cielo que iba á publicarse un bando; y los más curiosos salieron á la plaza principal á satisfacer su deseo.

Como en aquellas alturas la paz no se había turbado hacía muchos siglos (desde la

rebelión de Luzbel, acontecimiento de que solo se acordaban los más ancianos, entre los cuales no había ningún alma procedente de la Tierra), la publicación de la ley marcial y el estado de guerra fué un acontecimiento muy ruidoso, y que produjo una sensación profundísima en todas las jerarquías celestiales.

En el bando se anunciaba la causa de aquella medida extrema, y se daban, en cuanto era posible, las señas de los dos enemigos que furtivamente habían penetrado en la morada de los justos, con la intención siniestra de producir algún trastorno en perjuicio de los bienaventurados. Las principales señas eran: el olor á azufre, característico de los seres infernales; la doble protuberancia frontal de naturaleza córnea; las uñas retráctiles y puntiagudas como la de todo animal carnívoro; y el apéndice caudal ó prolongación de las vértebras inferiores, á que el vulgo suele dar el nombre de rabo.

Los espíritus superficiales hablaban con cierto desdén de aquel alarde de precauciones por un motivo tan fútil como la entrada furtiva de dos pobres diablos en el Cielo.

Los que consideraban la cuestión desde un punto de vista más elevado y filosófico, comprendían que el hecho era en sí muy grave y que podía ocasionar profundos trastornos, si el mal no se conjuraba con un pronto y ejemplar remedio.

Como en el bando se hacía responsables á todos los moradores de la Jerusalém celestial de la ocultación de los sediciosos, y hasta se ofrecía un premio al que los presentase, todos se echaron á husmear, por si podían dar con el rastro; pero aquellos demonios.... parecía que se los hubiera tragado el Infierno.

¿Se habrían vuelto á salir por la portería durante la embriaguez de San Simplicio?

Había de ello algunas probabilidades; pero ¡cómo iban á tomar los diablos tantas precauciones!

Y entre tanto, ¿qué servicio prestaba la policía?

Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Arbués empezaban á desacreditarse. Pocos tenían ya algún respeto á los inquisidores.

San Juan Bautista había elevado una

queja muy formal al Gobierno sobre la conducta poco respetuosa con él de los agentes de la seguridad pública, y hacía comprender que él no era santo que se dejase pisar de nadie, uniéndole con el Redentor tan cercano parentesco; y que tenía resolución firme de escarmentar por su mano á los polizontes, si volvían á rondar su casa y á infundir en los ignorantes sospechas injustas sobre ciudadanos pacíficos.

La amenaza de las visitas domiciliarias traía aterrado á todo el Cielo; no porque la mayor parte de sus habitantes tuviese nada que ocultar, ni que temer, de aquellas pesquisas, sino porque á nadie le gusta que personas extrañas entren á escudriñar los pormenores de su vida íntima, ni á profanar los fueros sagrados del hogar doméstico.

Tal era el estado de inquietud en que se encontraban los ánimos, por el carácter serio que empezaban á tomar las investigaciones, hasta entonces inútiles, cuando el juez de instrucción, acompañado de su secretario, se presentó en la prisión de San Simplicio á recibir su indagatoria.

Pero siendo éste uno de los asuntos más graves que en esta narración se contienen, el autor ha tenido á bien destinarle un capítulo separado.

Capítulo XX.

Del atrevimiento con que obraron los emisarios de Luzbel, cuando se vieron perdidos, y las consecuencias de su audacia.

Los dos santos inquisidores, rechazados con indignación de la casa de San Juan Bautista, donde realmente no encontraron ni aun rastro de lo que buscaban, se echaron por aquellas calles de Dios á dar vueltas inútiles, desorientados completamente y como palominos que no aciertan á volver al palomar por mucho que agiten sus alas en distintas direcciones.

Como las principales señas que se habían dado en el bando para reconocer á los enemigos eran el olor á azufre, las uñas, la cola y las protuberancias frontales, los agentes de

policía abrían tanta nariz cuando pasaban cerca de un alma sospechosa; á algunas les escudriñaban el tocado y les obligaban á quitarse los guantes y no hubieran parado ahí las investigaciones si la cuestión de la cola no hubiese tenido por garantía el pudor, respetable siempre hasta para los espíritus menos escrupulosos.

Pero los días.... Señor, ¿en dónde estaban aquellos días? La cosa era para desesperar al santo Job, si éste hubiera formado parte de la policía.

El olor de la mirra y el incienso era el único que se hacía sentir en la membrana pituitaria de los bienaventurados; pero el azufre.... ni por pienso.

Para evitar molestias, las almas todas se resolvieron á ir por las calles mostrando las manos, con las uñas muy recortadas; la bandolina y otras sustancias glutinosas adquirieron un precio exorbitante, porque todos querían llevar el cabello pegado al cráneo, para ostentar á primera vista su falta de apéndices en la región frontal, y de cualquiera otra cosa que los semejase; pero la moda no llegó á comunicarse á la Tierra, donde hubiera encontrado una grande oposición, por-

que los defectos generales todos tenemos el deber de ocultarlos.

En cuanto á la cola, para evitar miradas indiscretas, todas las almas levantaron sus vestidos hasta donde la decencia lo autorizaba; y hasta las santas, que tenían los pies defectuosos ó demasiado grandes, prefirieron ostentar sus pequeñas faltas ó sobras, á infundir sospechas de ocultar cosas más trascendentales.

Aquello era un verdadero conflicto para las almas que no se habían metido nunca en trapisondas, sino que vivían tranquilamente sin que nadie, hasta entonces, se hubiese atrevido á molestarlas.

Ahora, por el contrario, los seres más pacíficos eran las víctimas de aquella situación anómala, vigilados por una policía suspicaz é inepta y amenazados por la clase militar; esto es, por los ángeles, única gente que usa armas en el Cielo con autorización divina.

Los bienaventurados de origen terrestre, que se habían ganado su puesto en la gloria, unos con privaciones y cilicios, otros con su generosidad para con la iglesia, y otros por medio de la destrucción de píca-

ros infieles, que, aunque hijos de Dios, eran rechazables por sus imperfecciones; todos se hallaban expuestos á la calumnia de algún espíritu perspicaz, que quisiera hacerlos sospechosos ante la autoridad prevenida y desconfiada.

¡Y todo por dos condenados diablos que habían llevado hasta allá la semilla del desconcierto!

Pero como el mal, aunque triunfe temporalmente, al fin es vencido por el bien, cuando no sucede lo contrario, la causa de aquella agitación vino á terminar por sí misma en el momento en que nadie esperaba tan feliz desenlace.

Hé aquí el hecho:

Cuando Astarot y Patetas, cuyos sentidos eran tan perspicaces como el de todo sér malféfico, que por donde quiera tiene, ó sospecha tener enemigos, sintieron llamar al cuartel de los ángeles azules, entre los cuales se proponían conseguir partidarios, Astarot, que era el más malicioso, por ser acaso el más criminal, empinó la oreja y abrió la nariz, como zorra escondida en un gallinero, y su olfato y su instinto le avisaron que aquellos golpes eran para los dos un peligro inminente.

Al punto dió con el codo á su compañero, que roncaba tranquilo á su lado, y le dijo en voz baja:

—¡Arriba!

—¿Qué hay? —preguntó Patetas, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Que el enemigo está encima! ¡No hay momento que perder! ¡Huyamos!

Y al acabar la frase, ambos se pusieron en pie; y, contando con la discreción de la obscuridad, que no descubriría sus ocultas imperfecciones, ó si se quiere superfluidades de forma, se despojaron rápidamente de sus túnicas blancas, las arrojaron en un rincón, y cobijándose con sus vestidos angélicos de divisa azul, se lanzaron fuera del cuartel por la misma ventana que les había dado ingreso, mientras el Arcángel y sus acompañantes entraban por la puerta principal en el cuerpo de guardia.

Astarot, que era diablo de una sensibilidad exquisita, sintió sobre sí la mirada del Sér Supremo, como el criminal siente el aviso de su conciencia, y temb'ó por su seguridad personal más que por su crimen. Pero ya no era tiempo de retroceder, y procuró sacar fuerzas de flaqueza.

Perdido el primer golpe, y descubierta ya su entrada en el Cielo, su situación era muy comprometida, y el éxito de su empresa muy dudoso. Difícil era tomar una resolución; pero había que tomarla, y tomarla antes que llegase el día, pues con la nueva luz era muy fácil que lo descubriesen.

Esto pensaba Astarot, y lo comunicaba á su secretario, mientras se alejaban del cuartel azul, donde se practicaban inútilmente las pesquisas que ya conocen nuestros lectores.

Salir del Cielo les parecía muy fácil, mientras ocupase la portería el paisano San Simplicio; pero era una vergüenza salir huyendo y confesarse derrotados, al tocar con el primer inconveniente. ¿Cómo se presentarían delante de Luzbel con el rabo entre piernas, como perro apaleado y con maza, después de haber hecho alarde de tanta bravura y de tan buenas disposiciones para la intriga? ¿Qué diría el Infierno? Con razón los considerarían como unos pobres diablos, todos se burlarían de su ineptitud, y serían despreciados por cobardes.

Y no era su temor á la policía civil, cuyos hisopos y exorcismos habían desafiado mil

veces, como las hogueras inquisitoriales, que eran un refrigerio en comparación de la temperatura de miles de grados de su morada habitual y profunda. Lo que ellos temían era la flamígera espada de Miguel, cuyos golpes no habían podido olvidar al cabo de tantos siglos, y más que todo la mirada del Creador, que los confundía y los aterraba.

En estas vacilaciones, y sin dejar de caminar á la ventura, escogiendo siempre las calles más excusadas, los sorprendió la primera luz de la aurora sin haber encontrado albergue, y ya no sabían qué hacer para no ser descubiertos. Presentarse de día con aquel uniforme de ángeles, fuera de su cuartel, era exponerse á que un jefe cualquiera los hiciese arrestar como vagabundos, y el reconocimiento vendría inmediatamente. El toque de la diana celestial les crispó los nervios, y mucho más cuando el anuncio de la publicación del bando les hizo comprender que la noticia de su llegada no era ya un secreto y que no se perdonaría medio alguno para echarles la mano.

Astarot concibió entonces una idea verdaderamente diabólica, y fué dar el grito de rebelión en las mismas barbas del Padre

Eterno, en el instante más solemne, que era el de la publicación de la ley marcial, en el sitio más concurrido, y hallándose las tropas sobre las armas.

Cuando comunicó á Patetas su proyecto, le dijo, como para explicar la proposición y razonarla, según se acostumbra en las asambleas deliberantes:

—Por atrevida que te parezca la resolución que te propongo, si la meditas bien, verás que no nos queda otro recurso que la audacia para salir airoso, ya que no triunfantes, de este berengenal en que estamos metidos. A la novedad del bando acudirán, como sucede en todas partes, los más desocupados de la población, entre los cuales se hallan siempre los descontentos y los amigos de innovaciones. Si hay gentes aquí dispuestas para una revolución, secundarán nuestro grito, máxime cuando nos vean con el uniforme de los ángeles azules, que es uno de los cuerpos más briosos y mejor reputados entre las fuerzas celestiales. Si, por el contrario, nadie nos secunda, ó escaparemos entre el bullicio, ó se nos prenderá para juzgarnos; pero nuestro valor será encomiado por todos, y ese es ya un triunfo ó una compensación

por lo meros. Y, en último caso, de diablos no hemos de pasar, por grande que sea nuestro castigo.

Patetas se quedó un rato contemplando á Astarot entre suspenso y admirado, y al fin exclamó, tendiéndole la garra:

—Toca esos cinco, y marchemos. De diablo abajo no hay nada.

Y ambos se dirigieron á la plaza principal, resueltos á poner por obra su propósito.

Como en los momentos en que una población agitada por un hecho anormal, salen á la superficie, es decir, á la calle, gentes que no se han visto nunca ó que se presentan muy raras veces; y como todos concentran su atención en el asunto de mayor interés, sin fijarse en las pequeñeces que los rodean, los dos fingidos ángeles penetraron por entre las masa apiñadas sin infundir sospechas. Es verdad que algunas almas femeninas sintieron, al ponerse con ellos en contacto, una especie de estremecimiento nervioso; pero lo atribuyeron á la excitación general que todos experimentaban. El olor á azufre que iban exalando lo neutralizaba casi completamente la perfumada atmósfera que rodea á los bien-

aventurados. Así llegaron á la mitad de la plaza.

A las falanjes angélicas, que invadían ya una gran parte del recinto, y que iban formadas en batalla, precedían cuatro espíritus trompeteros, de los que hace siglos se están ensayando para convocar y reunir en el valle de Josafat los seres humanos, cuando Dios ordene la resurrección de la carne. En el centro iba el angel que arrojó á Adán y Eva del Paraíso, á quien habían encargado la lectura del bando marcial, no menos solemne que la maldición eterna con que fué castigada la primera culpa de los hombres.

Las trompetas resonaron en señal de atención; la muchedumbre se empinaba y dirigía con avidez los ojos hacia el lugar que ocupaba el mensajero, protagonista de aquella escena imponente.

El silencio absoluto que reinaba revestía el acto de una solemnidad verdaderamente sublime.

Todos estaban pendientes de los labios del angel, cuando de pronto salió de entre la multitud una voz enérgica diciendo:

—¡Abajo la autoridad despótica! ¡Vi-

va la independencia del espíritu! ¡Viva la libertad de los seres inteligentes!

A este grito lanzado por Astarot, arrojando al suelo, á la vez que su secretario Patetas, el uniforme de la legión azul que los disfracaba, como cuando se arroja una gran piedra al centro de una laguna, abrióse alrededor de ellos una oleada de bienaventurados, cuyo movimiento se transmitió á los últimos grupos que componían la concurrencia.

Al ver á los dos demonios enteramente desnudos, con los ojos chispeantes, erizado el cabello, los puños crispados, erguida la cola y la boca llena de espuma, el espanto fué general y las almas quedaron á su alrededor como petrificadas.

Los santos tendían las manos hacia ellos haciendo la señal de la cruz y pronunciando sagrados nombres. Las santas, más impresionables, y naturalmente más pudorosas, acudieron temblando á taparse los ojos como primera necesidad, por no ver un espectáculo tan indecente.

Los diablos permanecían en actitud amenazadora, desafiando al Cielo entero. Astarot repitió por segunda y tercera vez su grito se-

dicioso, pero no hubo una sola voz que respondiese.

El espíritu revolucionario no tenía ya eco á aquellas alturas.

Es verdad que la lección que llevaron Luzbel y sus secuaces no era muy apropiado para inspirar deseos de repetir el ensayo.

San Miguel, que oyó desde lejos los gritos de Astarot, acudió allá con la rapidez de una saeta, echando á un lado y otro la muchedumbre. Su espada flamígera brillaba en su diestra como un haz de cien rayos. Al llegar, los dos diablos lo recibieron con los brazos cruzados y sin dar muestras de temor alguno. El Arcángel, de un solo golpe, los echó á rodar por el suelo, y algunos guardias los amarraron sólidamente para conducirlos á una prisión segura.

Un alma caritativa les prestó á cada cual un manto para que cubriesen su desnudez, que hasta en aquella morada de la inocencia tenía visos de escandalosa. Los dos emisarios del Infierno fueron llevados á un calabozo y sujetos con cadenas inquebrantables; y acabándose la publicación del bando, porque ya no tenía objeto, disolvióse la re-

unión, y los curiosos se retiraron á su hogar, ó á sus ocupaciones habituales.

Mientras los diablos aguardan su juicio y su sentencia, veamos cuál fué la suerte¹ de San Simplicio.

Capítulo XXI.

*Del resultado que tuvo la causa de este santo;
del nuevo chasco sufrido por la policía, y
de cómo se resolvió que los diablos fuesen
juzgados por un Consejo de guerra.*

Como hemos visto en el capítulo XIX, el juez de instrucción, acompañado de su secretario, entró á recibir al exportero la declaración indagatoria.

Formaba la cabeza del proceso una orden superior para proceder de oficio contra el santo, por negligencia en el cumplimiento de sus deberes.

Cuando el bueno de San Simplicio sintió abrir la puerta, creyó que iban á ponerlo sencillamente en libertad, persuadidos de su inocencia; pero se engañó de medio á medio.

El juez se sentó, después de un ligero sa-

ludo, en el mismo banco en que el reo se hallaba recostado; el escribiente secretario desenrolló sus papeles; sacó un tintero de cuerno (con perdón sea dicho), conducido tal vez á la gloria por algún santo escribano, por más que el hecho parezca inverosímil, y se dispuso á escribir lo que el juez le dictase, sirviéndole de mesa su propia rodilla.

San Simplicio miraba todos aquellos preparativos con una extrañeza tal, que dejaba ver muy á las claras que no había en su conciencia nada que le remordiese.

El juez dictó el preámbulo de la declaración en los siguientes términos:

«En la Patria Celestial, á tantos días de tal mes y de tal año, el señor Juez Fulano de Tal, habilitado para proceder de oficio en un asunto criminal, cosa aquí enteramente nueva desde la rebelión de Luzbel y sus malditos secuaces, se personó, acompañado del infrascripto, en una de las prisiones de Estado, situada en el Ministerio de lo Interior, á la hora de amanecer; y encontrando en el local un santo detenido, procedió á interrogarle en debida forma, contestando así el interpe-

lado:

—Me llamo Simplicio; fui martir en una

de las provincias de Cataluña, en España, con otro compañero llamado San Ambrosio, durante los primeros siglos del Cristianismo, y nuestros restos se veneran hoy en el conocido valle de Ripoll, en un monasterio llamado de San Juan de las Abadesas. Mi edad es la de mil y doscientos años próximamente, y mi profesión última la de portero celestial interino, por licencia concedida al propietario y con nombramiento del Poder Supremo.

En cuanto á la entrada de los diablos en la Gloria, confieso que fuí engañado por la astucia de aquellos malditos, que se fingieron dos almas candidas, procedentes de mi tierra, y supusieron que me traían de allá abajo un encargo especial de parte del Príncipe de los Apóstoles. Confieso también que la alegría natural de verme entre paisanos me hizo abusar del endiablado licor de que los demonios eran portadores, y que eso me trastornó la cabeza hasta el punto de perder todo conocimiento. Por lo demás, el Cielo entero sabe que, aunque simple, como lo indica mi nombre, soy un santo incapaz de malicia, temeroso de Dios y defensor de su gloria. No firmo, porque no sé; pero hago la señal de la cruz y con esto basta.»

Y el pobre acusado empezó á llorar de tal manera, que sus ojos vertían chorros de lágrimas, capaces de inundar la prisión, si el llanto hubiera durado mucho tiempo.

Al ver aquel dolor tan sincero y profundo, entorpecida la lengua del santo, la respiración entrecortada y jadeante y el corazón oprimido, el juez, poco acostumbrado á aquellas escenas, se echó á llorar también, haciendo el duo al infeliz prisionero, y ¡oh fuerza del contagio! el escribiente tuvo que apartar el papel para que no se le mojase; y con todo, cayeron de sus ojos algunas gotas; y lo que había empezado en aria, acabó en terceto lastimoso.

—¡Yo amo á mi Dios sobre todas las cosas, y todo lo espero de su misericordia infinita! —continuó el pobre San Simplicio, sin dejar el llanto ni suspender los sollozos.—Comprendo que es muy grave el delito que he cometido, cuando me veo en este lugar y tratado de esta manera; pero no es culpa mía si no he tenido inteligencia bastante para comprender las asechanzas del enemigo malo, que nunca pensé que llevara su atrevimiento hasta venir á conspirar en la mansión de los justos. Durante mi vida humana, aunque

simple, luché con el demonio á brazo partido y triunfé casi siempre de él, siendo la mayor prueba la muerte con que Dios quiso galardnarme. Entonces tuve la suficiente suspicacia para no dejarme engañar; y he venido á ser víctima de sus maquinaciones, cuando me creía más seguro.

Ahora conozco y me convenzo de que hasta para ser santo se necesita tener un poco de malicia.

El juez comprendió por las contestaciones del santo acusado que era de todo punto inocente, y resolvió sobreseer en la causa, por entonces, consultando con la autoridad superior el auto de sobreseimiento, fundado en las razones ya indicadas. Entre tanto, puso en comunicación al santo bendito, que hizo llamar inmediatamente á otros bienaventurados de gran valimiento en la Corte, para que intercediesen por él con el Eterno Padre, y ya que no le volviesen su portería, destino que él tampoco ambicionaba por su mucha responsabilidad, lo dejaran siquiera en el goce de la bienaventuranza que antes había disfrutado, sin que aquel involuntario deslíz le perjudicase en su buena opinión y fama.

Entre los que acudieron á su llamamiento fué uno el papa su tocayo, santo de gran valía, por el puesto que había desempeñado en la Tierra, y éste corrió inmediatamente á implorar el perdón superior, el cual le fué otorgado fácilmente, confirmando el sobreseimiento del juez: porque el Supremo Creador, que lee en todos los corazones, había visto la candidez del santo portero, y lo había perdonado de antemano. Y si bien consintió en que se le aprisionase y se entablara contra él el proceso, fué más bien para que sirviera de ejemplar castigo por el descuido, á fin de que los demás santos permaneciesen alerta.

Con la noticia que circuló muy pronto de la captura de los diablos, la prisión de San Simplicio, que en otras circunstancias hubiera causado un profundo efecto, quedó reducida á la categoría de un hecho trivial é insignificante.

En un principio se reunieron algunos grupos de curiosos en los alrededores del Ministerio de lo Interior, deseosos de averiguar algo sobre la suerte del portero; pero estos grupos se trasladaron inmediatamente á las cercanías del cuartel de la legión azul, donde

se hallaban debidamente custodiados los dos enemigos conspiradores.

La excitación pública había llegado á un extremo casi indescriptible.

Los santos de mayor energía, encabezando grupos numerosos, pedían á voces el castigo de los delincuentes.

Los jefes de la policía, chasqueados en sus investigaciones, llegaron á la puerta del cuartel, sufriendo las rechiflas más ó menos disimuladas de los circunstantes, y pidieron que se les permitiese ver á los reos y practicar una diligencia; pero, con menoscabo de su crédito y de su autoridad, fueron rechazados por el angel de centinela con la voz imperiosa de ¡atrás, paisanos! acompañada de un ademán enérgico, y hasta cierto punto amenazante.

Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Arbués solicitaron entonces hablar con el jefe de la guardia; y éste, que era un serafín de pocas palabras, serio y adusto, aunque cortés en sus maneras, los recibió en pie, sin invitarlos á tomar asiento; y después de escuchar su pretensión, sobre la cual, sin duda, había recibido instrucciones especiales, les contestó que le era imposible acceder á sus

deseos, porque los rebeldes se hallaban ya sometidos á la jurisdicción militar y debían ser juzgados en Consejo de guerra, á no ser que un mandato superior dispusiese otra cosa.

Con esta respuesta los pobres santos salieron cabizbajos y mohinos, y resolvieron hacer dimisión del cargo que desempeñaban, seguros de que, en pos de aquel desaire, no habría humillación que no tuvieran que sufrir, en vista de la preponderancia cada día mayor que el elemento militar iba adquiriendo sobre las clases puramente civiles.

Mientras ésto pasaba, el arcángel San Miguel se había presentado en palacio á comunicar verbalmente al Padre Eterno todo lo ocurrido; y por fortuna no tuvo que hacer antesala, porque el Padre Celestial se había levantado más temprano que de costumbre.

Cuando se halló en su divina presencia, el Señor le dijo con una benévola sonrisa:

—Ya sé, Miguel, todo lo que ha pasado y lo que debo á tu valor, nunca desmentido. Puedes reunir el Consejo de guerra de oficiales superiores para juzgar á los delincuentes, y á fin de que haya en él algún miembro de

la familia humana, puedes elegir algún santo militar, se entiende entre los que tengan mejores aptitudes. Sobre todo, que se cumpla estrictamente la ley, y que no se olvide que el delito es de reincidencia.

San Miguel salió muy complacido de la confianza en él depositada, é inmediatamente se dirigió al Ministerio de la Guerra para acordar con el Apóstol Santiago el personal del consejo que debía reunirse en aquel mismo día, si era posible, para juzgar á los dos espíritus revolucionarios.

Aunque nada trascendía al exterior, los grupos que rodeaban el cuartel azul iban tomando cada vez más incremento, y se componían principalmente de almas oriundas de la Tierra, lo cual es una prueba palpable de que en la Gloria hay mucha gente desocupada, ó de que, apesar de la transformación del espíritu, éste conserva siempre algo de sus antiguos hábitos y preocupaciones.

Capítulo XXII.

En que el Angel de la Guarda lee una sola página de sus Memorias, y demuestra que por el hilo se puede sacar el ovillo.

Al concluir el capítulo XVII dejamos á los dos ángeles en amor y compañía y dispuestos á hacerse mútuas revelaciones, mientras que San Pedro rezaba sus horas canónicas en un aposento retirado.

Celestino y el Custodio, amigos inseparables desde la creación de los espíritus; que habían corrido la misma suerte y defendido la misma causa cuando la rebelión de Luzbel, y que sólo se habían separado desde que el último fué destinado á la Tierra como guardián de las almas y auxiliar poderoso de las virtudes contra las asechanzas del enemigo malo, tan pronto como se vieron solos se

echaron los brazos al cuello, vertieron algunas lágrimas de alegría, y los dos exclamaron á un tiempo:

—¡Hermano mío!

—¡Hermano de mi alma!

—¡Cuánta pena me da verte en este miserable planeta!—dijo el angel Custodio á su camarada.—Tú no puedes ni aun siquiera figurarte el cúmulo de miserias á que están sujetos los seres que en él viven. Dominados por la materia, que en ellos se halla en relación de mil por uno con el espíritu, no hay falta que no cometan, ni delito que los arredre, ni crimen que los espante, si lleva por consecuencia la satisfacción de un deseo, el goce de un placer más ó menos impuro, ó el triunfo de su vanidad y su amor propio; sobre todo, si implica una humillación para sus semejantes. Y nosotros, los pobres ángeles de la Guarda, tenemos que verlo y presenciarlo todo, sin que podamos poner remedio al mal que ellos practican, que les acarrea su condenación y que es para nosotros causa de profunda amargura, y á veces hasta de vergüenza. Pero tal es la ley del libre albedrío, sin la cual no tendrían mérito alguno sus buenas acciones, ni sería justo el castigo de las

malas. Y, en medio de todo, lo que más nos apena es el ver que nuestros antiguos compañeros y enemigos actuales, los rebeides espíritus, sus instigadores, celebran su triunfo donde quiera y se burlan de nuestra solicitud y de nuestros afanes. En tantos siglos como llevo de ejercer mi oficio ¿no creerás? sólo he podido enviar al Cielo algunas almas de niños menores de siete años. De ahí en adelante, ni una sola. Es verdad que he tenido la desgracia de que casi todas las que me han tocado han sido mujeres; y la mujer, en general, es materia más dispuesta á averiarse que el hombre; porque éste obra á veces por reflexión, mientras que aquélla obedece siempre á las sensaciones que la agitan. Algunos buscan la causa de sus extravíos en la educación; pero desde Eva acá, la educación y las circunstancias de todo género han variado mucho; y sin embargo, la mujer siempre ha sido la misma en el fondo; y es tal la influencia que ejerce en la sociedad, que los espíritus malignos no tienen ya para qué tentar á los hombres; han transferido á ellas todos sus poderes y descansan en su prodigiosa actividad, seguros del buen éxito.

Celestino escuchaba la peroración de su

hermano con la emoción propia de su candidez; pero aquello no satisfacía su curiosidad, y él deseaba ardientemente conocer detalles de la vida humana.

El Custodio lo comprendió así, y se apresuró á sacar el manuscrito de sus Memorias.

El angel inocente abrió tanto ojo, y se dispuso á devorarlo.

Ya alargaba su mano, temblorosa de emoción, para apoderarse de él, cuando su compañero le dijo deteniéndolo:

—No permita Dios que yo te deje penetrar, hermano mío, en las negras profundidades, en los abismos cenagosos que estas páginas contienen. Aunque espíritu puro, tu conciencia de angel no te libraría del sentimiento doloroso, de la repugnancia y desilusión que habría de producirte el extravío de la razón humana, la conducta de los seres creados por Dios para dar testimonio de su poder y de la grandeza de sus obras. Sólo te leeré, yo mismo, algunas páginas de mis apuntes, no porque tema que te contagies, sino porque hay hechos que sólo debe conocerlos Dios, que es quien puede poner remedio.

Si hubiera sido un simple mortal el que

se viera de pronto contrariado en la realización de sus deseos, éstos se habrían avivado más con las dificultades; pero Celestino, aunque inocente, y, como tal, curioso, al fin no era mujer, ni hombre siquiera, y cedió sin la menor repugnancia á las reflexiones del Custodio, aguardando que éste le manifestase lo que, según su esclarecido y recto juicio, debía conocer de aquellas extrañas y horripilantes Memorias.

El autor de ellas se sentó con la mayor gravedad; invitó á su amigo á sentarse á su lado; hojeó algunas páginas, y abriendo el manuscrito por una de ellas, leyó lo siguiente:

«SIGLO VI.

HISTORIA DE ANTONINA.

Ya ha salido de la niñez.

Las pasiones empiezan á rebelarse.

Se oculta de mí hasta para pensar, creyendo que yo no leo hasta en lo más recóndito de su alma.

El diablo le ha proporcionado un espejo ante el cual se pasa las horas enteras contemplando sus nacientes atractivos.

Sus ensueños son agitados y tumultuosos; pero su semblante no los revela....

Ha entrado en la edad núbil y aspira á un enlace ventajoso. Hay que disimular, y disimula. Inocencia, humildad, recato. ¡Admirable mujer!

La pretenden muchos, y ella no sabe á quiénelegir.

Un joven poeta, ¡cuántas ilusiones! Pero sin oro....

Un artista. ¡La glorial Pero sin poder....

Un Adonis apasionadamente enamorado. ¡Bella figura! ¡Pero la belleza humana es tan fugitiva!

Un guerrero. ¡Belisario! amigo del Emperador.... cubierto de laureles.... nadando en las riquezas.... con poder y con autoridad envidiables....

En cada uno encuentra un mérito especial, pero están separados. Si pudiera casarse con todos.... Las leyes no lo permiten.

Al fin Belisario triunfa. La conduce al altar.

Yo le doy buenos consejos, pero el diablo no la abandona.

La Emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, es su protectora y su grande amiga. Ella está ya ganada para el Infierno y no

quiere ir sola. Sus confidencias la enloquecen, sus consejos la aturden, y su ejemplo acaba de precipitarla. No hay mujer perdida que no trate de perder á otras muchas.

Para el mal, una sola amiga puede más que cien diablos.

¡Oh! ¡qué escenas nos hacen presenciar Antonina y Teodora!

El angel Custodio de esta última y yo estábamos profundamente desolados.

Los demonios han huido porque su trabajo es ya supérfluo: ellas se bastan y se sobran.

¡Cada día un nuevo amante, una nueva crápula!

Queremos hablar, y no nos escuchan.

Justiniano y Belisario son juguetes miserables de sus adoradas consortes.

Los dos están ciegos. ¡Cuándo no lo están los maridos!

Belisario ciega al fin moral y físicamente.

Las gracias de su mujer le hacen perder la gracia del Emperador; y pobre, anciano y ciego, tiene que implorar, para vivir, la caridad pública.

Trato de rescatar á Antonina por la com-

pasión y el remordimiento; pero su corazón está empedernido; el vapor de la orgía la embriaga; su rumor la ensordece.

Al fin viene el dolor en mi auxilio. Las enfermedades la postran; los placeres huyen avergonzados; pero ella no se arrepiente, sino maldice.

A cada maldición acude un diablo para recoger sus despojos. Allí están el de la Ambición, el de la Vanidad, el de la Soberbia y el de la Lujuria. Al fin llega el de la Envidia, que es el que más la desespera.

¡Pobre mujer! ¡Le hablo, y no me escucha; la llamo, y no me responde!

Sus labios están ya secos. Voy á humedecerlos con una lágrima de compasión, y ella la rechaza y la escupe.

¡Infeliz! Ya llega la muerte con su cohorte de sufrimientos.

Su vista la espanta, pero no retrocede.

Si pudiera, volvería á comenzar su obra.

En vano lloro al pie de su lecho. Ni aun siquiera me mira.

Los demonios se ríen de mi dolor y se burlan de mis lágrimas. Por último, se extremece su cuerpo; su alma se desprende de la materia, y los malos espíritus que la han ins-

pirado vuelan con ella para imponerle su castigo.»

—¡No leas más, por Dios, no leas más!— exclamó el discípulo de San Pedro, cubriéndose el rostro con las manos.

Y los dos lloraban amargamente.

Después que se serenaron un poco, Celestino le preguntó con visible amargura:

—¿Y es así todo el libro? ¿Es esa la historia de la humanidad?

—Con raras excepciones, hermano mío, la historia de esta mujer es la de casi todas las mujeres: un compendio de la vida humana.

—¡Pero eso está tan lejos! Desde el siglo VI acá, las costumbres habrán variado mucho; la experiencia habrá amaestrado á los hombres, y las desgracias de las generaciones pasadas les servirán de ejemplo para no cometer los mismos errores.

—Los errores humanos, desgraciadamente, son siempre los mismos, porque ellos dependen de su propia naturaleza. Sólo difieren en que en las épocas primitivas el disimulo era menor, porque no se había elevado á la categoría de arte, por no decir de ciencia, que

es la que hoy disfruta. En los tiempos remotos los crímenes tenían un caracter de ferocidad trágica ó épica. Después, el refinamiento de la civilización ha suavizado aquellos resortes, los ha humedecido con el aceite de la hipocresía; y si de los hechos sale algo á la superficie, es la faz puramente cómica. El mundo ríe hoy con lo que antes lloraba; y aunque se cometan crímenes en una escala mucho mayor, como se les ha dado otros nombres y se les ha puesto otro ropaje, no causan ya espanto ni emoción, y á veces ni excitan el interés siquiera. La curiosidad pertinaz y transcendente de la madre común de los hombres se ve hoy en todos los hogares; sólo que no es ya la cuestión de una fruta prohibida: es un trapo, un adorno de piedras preciosas ó una serie de fiestas y frivolidades, la manzana vedada por la escasez de fortuna, por el temor de la miseria, por la tranquilidad y sosiego del espíritu ó por la dignidad y buen nombre del jefe de una familia; pero si Eva lo exige, no hay más que inclinar la cabeza, aunque haya que abandonar el Paraíso. La debilidad y la complacencia del Adán de ayer son las mismas del Adán de hoy. La posteridad del primero

tuvo siquiera la promesa de un Redentor; pero ahora.... ¿quién vendrá á quebrantar la cabeza de esta serpiente?... Nosotros bajamos á la Tierra para ayudar á la salvación de la humanidad; pero ésta no escucha ni atiende al que quiere dirigirla por el camino del bien, sino al que halaga y lisonjea sus pasiones. ¡Qué trabajo es el nuestro tan inútil! Si hubo en un tiempo confusión de lenguas, hoy se extiende la confusión hasta á las ideas y los sentimientos. El primer homicida se llamó Caín, y Dios lo marcó en la frente con el signo imborrable de los réprobos. Hoy los Caines se multiplican; se cometen los homicidios por millares, y los hombres colocan en la frente de esos grandes malvados, no el estigma de la execración, sino la corona de los héroes. Hoy se confunde la sabiduría con el charlatanismo; el valor con la temeridad; la cobardía con la prudencia; el patriotismo con la ambición; la franqueza con el descaro; y la falta de pudor con la graciosa desenvoltura. Hasta las vísceras del cuerpo humano han disfrazado su lenguaje: ¡cuántas veces se atribuyen al corazón palabras y afectos hijos del estómago! En fin, hermano mío: si quieres conservar alguna ilusión mientras estés

en la Tierra, no leas mis Memorias; que hartos motivos te dará cuanto observes para conocer las inclinaciones de la humanidad y procurar cuanto antes el regreso á nuestra querida Patria.

Y ésto diciendo, cerró el libro y lo guardó bajo su túnica.

Celestino quedó confuso y hasta arrepentido de su curiosidad.

Después trataron de distraerse recordando los placeres celestiales de que habían disfrutado y volverían á disfrutar en la mansión eterna; pero, al concluir la conversación, el *attaché* del Apóstol no pudo menos de preguntar á su amigo:

—Y estas infelices criaturas terrestres creadas por Dios, Padre de amor y de misericordia, ¿no llegarán nunca á disfrutar del bien que su espíritu ambiciona, aunque la materia les obligue á buscarlo aquí por un camino tan errado?

El Custodio, como angel de más experiencia y de más elevada jerarquía, iba ya á contestar á aquella sencilla pregunta; pero en el instante entró San Pedro, y la conversación tomó otro rumbo.

Capítulo XXIII.

Donde llega á su máximo la revolución infernal y se impone un castigo, que nadie espera, á los dos diablos sometidos al Consejo.

Los acontecimientos que ocurren en distintos lugares, y que á veces son simultáneos, nos obligan á distraer con frecuencia la atención de nuestros lectores de un asunto ó de un personaje, para fijarla en otro; y como la acción del cuento que vamos narrando se desarrolla á un tiempo mismo en el Cielo, en la Tierra y en el Infierno, tan pronto hay que acudir á San Simplicio y á los diablos revolucionarios, presos en sus propias redes, como al Príncipe de los Apóstoles y á su *attaché*, convertidos en *turistas* por este pícaro mundo, como al trastorno radical que en las en-

trañas de nuestro planeta ha arrancado de la frente de Luzbel la corona del monarca, dejándole solo la que caracteriza entre nosotros la familia zoológica de los ruminantes, los sátiros y faunos, en la Mitología, y la especie particular de bípedos implumes á quienes la carne de su carne y el hueso de sus huesos ha proporcionado algún Cirineo para ayudarle á llevar la pesada cruz del matrimonio.

Antes de tratar del juicio de los diablos que quedó en suspenso, y de dar mayor desarrollo á los planes que San Pedro se propone llevar á cabo para dar una lección dura y enérgica á los mortales que no han sabido aprovechar el sacrificio del Dios Hombre, cumple á nuestro propósito conducir de nuevo á nuestros lectores á los profundos Infernos (en teoría, se entiende), para que vean los progresos de aquella revolución política y social, por si se hallan algunos puntos de contacto con las que muchas veces han puesto en práctica los hombres, con tan poco acierto que, por librarse de la tiranía de uno, han ido á caer bajo el yugo despótico de muchos tiranuelos, cada uno de los cuales exige más, atormenta más y prostituye más al pueblo honrado y trabajador, sobre el cual

pesa, y de cuyos recursos vive, como parásito, que aquél de que trataron de libertarse.

Para la organización definitiva disponíanse á realizar á un tiempo la elección del jefe del poder federal, de los especiales de cada Estado y de los representantes de la soberanía del pueblo encargados en dar la última mano al Código que había de regir en la República.

Los diablos de más prestigio que en el nuevo sistema debían de ser los más inteligentes, fueron pronto arrollados por los más audaces, entremetidos y habladores, que, prometiendo á unos, amenazando á otros y ensalzando sus propios méritos, ya por sí mismos, ya por sus paniaguados, se pusieron en primera línea y eliminaron completamente á los que pretendían llevar la revolución por un camino razonable y seguro.

Como los condenados gozaban de una libertad absoluta y de unos derechos difíciles de ejercitar cuando no interviene la conciencia, las almas más depravadas escalaron los mejores puestos; se burlaron de la buena fé de sus libertadores; la fuerza se superpuso á la razón; y viendo á los diablos en minoría, perdieron el respeto que antes les

inspiraban, como los galeotes con el Hidalgo manchego, los acometieron con furor, y después de vencidos, los arrojaron en las calderas que ellos habían ocupado, avivaron el fuego y se hicieron dueños absolutos de las mansiones infernales.

En vano protesaron los demonios contra aquel abuso; en vano les echaban en cara su ingratitud y su alevosía. Los condenados los obligaban á callar á golpes de tridente, revolviéndolos en sus inflamados receptáculos con un encarnizamiento propio de la más cruel de las venganzas.

El primero que cayó en una gran caldera de plomo derretido fué Satán, arrojado de cabeza por sus más entusiastas admiradores de la víspera. Los diablos de las más ínfimas clases hicieron causa común con las almas de los condenados victoriosas, y les ayudaron á plantear el sistema de la barbarie y del terror, con todas sus consecuencias.

Algunos llegaron á maliciar que ciertos partidarios del destronado Luzbel andaban mezclados entre las masas para extremar el desorden.

El Infierno quedó, al fin, constituido en demagogia desenfrenada; cortáronse las co-

municaciones con el exterior para que los emigrados no acudiesen á prestar ayuda á sus compañeros, y sólo se permitió la entrada de las almas que iban á engruesar las falanges vencedoras, pero sin dejar salir á nadie. Apesar del rigor, más de un diablo logró salir, sobornando á los porteros, para dar aviso á sus copartidarios.

Dejémoslos por un momento en aquella infernal baraunda y subamos á las mansiones celestiales para ver lo que pasa en el consejo de guerra á que Astarot y su secretario habían sido sometidos.

En un gran salón del Ministerio de la Guerra, y sobre una elevada plataforma, se hallaban sentados los jueces, presididos por el Arcangel San Miguel, de gran uniforme, y adornado con todas sus insignias. A su derecha se hallaba el jefe de la legión azul, y á su izquierda el de los ángeles color de rosa; junto á éstos un angel joven, que hacía de secretario del tribunal, y San Cornelio Centurión, nombrado fiscal de la causa, según las órdenes del Padre Eterno, que terminantemente había mandado que formase parte del consejo un santo militar procedente de la Tierra. Al pie de la plataforma había dos

banquillos para los acusados, y á corta distancia una barandilla que atravesaba todo el salón, dejando un gran espacio para el público. En todas las puertas había ángeles de guardia con sus espadas flamígeras, vistosos trajes, elegantes coturnos y alas y penacho de plumas resplandecientes. El público lo formaban casi en absoluto santas y santos de origen terrenal, ocupando los primeros puestos cerca de la barandilla, y arrellanados en anchos y cómodos sillones, los de más elevada jerarquía. Más lejos, y en pie, veíanse los bienaventurados de menos importancia; el pueblo celestial, como si dijéramos, en confuso y apiñado montón, codeándose algunas veces y sufriendo y dándose, sin querer, algún que otro pisotón que hacía ver las estrellas, y que era contestado con observaciones más ó menos enérgicas, pero sin salir nunca de las conveniencias celestiales.

Cuando todo estuvo ya dispuesto, el Arcángel agitó una campanilla que había sobre la mesa, y aparecieron por una puerta lateral los dos acusados, conducidos por un piquete de ángeles y sujetos los brazos por gruesas y pesadas cadenas.

El público hizo un movimiento de curio-

sidad mezclada de horror, particularmente las santas; y no era para menos, porque los diablos iban desnudos. Algunas volvieron la cabeza con invencible rubor; otras se contentaron con ponerse coloradas como amapolas; y las más discretas permanecieron impasibles, como diciendo:—Aquí ya no hay cuidado, porque no podemos pecar de obra, de palabra ni de pensamiento.—No obstante, á algún santo bendito y en extremo meticoloso se le ocurrió (y aun lo dijo en voz baja) que á ciertos espectáculos no deben asistir las señoras, por más que la santidad las escude.

Astarot y Patetas, lejos de inmutarse ni de aparecer humillados, dirigieron á la multitud una mirada de ironía diabólica, y á los jueces otra altanera y provocativa. El público no pudo menos de estremecerse.

San Miguel, con un ademán digno y severo, les ordenó que se sentasen, y empezó el interrogatorio.

—¿De dónde venís?—preguntó el Arcangel.

—De los Infiernos—respondió Astarot con el acento del más indomable orgullo.

Los espectadores se santiguaron involuntariamente.

—¿Quién os ha enviado?

—Nuestro jefe Luzbel, el príncipe de las tinieblas.

—¿Con qué objeto?

—Con el de excitar á nuestros hermanos los espíritus á recobrar en la creación el puesto que nos corresponde y que nos ha arrebatado un tirano.

El público hizo un movimienío de horror y dejó escapar algunas exclamaciones.

San Miguel agitó la campanilla y mandó guardar silencio.

Los diablos continuaron en su actitud orgullosa y desvergonzada.

—¿Y no sabéis que esa nueva é inútil rebelión os acarreará mayores penas?—prorrumpió el Arcangel.

—¿Cuáles podréis ya imponernos—replicó Astarot lleno de ira—que no estemos sufriendo desde que nos arrojásteis al profundo?

—Vuestra fué la culpa—interrumpió San Miguel—por haber querido, en vuestra soberbia, ser iguales al Altísimo.

—¿Y quién puso en nosotros el germen

de esas aspiraciones?—exclamó el angel rebelde.—¿Nos formamos acaso nosotros mismos? Responda el que nos hizo imperfectos para alcanzar el sumo bien, y engendró en nosotros el deseo firmísimo de lograrlo.

—Arrepentíos y Dios os perdonará.

—¡Nunca! Él mismo lo ha declarado ya imposible. Ved lo que queréis hacer de nosotros, si habéis de hacer algo, ó dejadnos volver á nuestros tormentos, preferibles mil veces á la atmósfera que aquí respiramos. Aniquiladnos si podéis; haced de nosotros algo que sea inferior á lo que somos. Os desafío á que busquéis un nuevo tormento sobre los que ha inventado vuestra venganza inexorable.

—Que nos condenen á muerte—añadió Patetas, que hasta entonces no había desplegado sus labios, lanzando una blasfemia horrible.

Y los dos demonios, dirigiendo á todos una mirada altanera, parecían complacerse en irritar más y más á los encargados de juzgarlos.

San Miguel permaneció algunos momentos reflexivo; miró después á sus compañeros, y todos se encogieron de hombros.

Ninguno de ellos había previsto la circunstancia particular de aquel caso extraño, en que, ocupando los delincuentes el último escalón de las degradaciones, y siendo además inmortales, no había pena posible que imponerles. Así lo declararon con la franqueza angelical propia de su carácter; y ya iban á suspender el acto para consultar al Padre Eterno, cuando San Cornelio Centurión, con modesto ademán, se levantó de su asiento y pidió la palabra.

Los diablos, que estaban ya gozándose en los apuros en que veían á sus jueces, fijaron la vista en el santo fiscal con profunda extrañeza, mientras que el público, vivamente interesado en la solución que pudiera tener aquel juicio, verdadero enigma planteado por primera vez desde el principio de los tiempos, se dispuso á escuchar con avidez y hasta comprimó la respiración para no perder ni una palabra.

El Arcángel San Miguel que, apesar de su elevadísima jerarquía y la convicción de sus propios méritos, no se ha infatuado nunca hasta el punto de perder la modestia y negar á los inferiores el derecho de expresar libremente sus ideas; aunque nunca pudo

imaginarse que un santo tan humilde como San Cornelio pudiera traer luz á una cuestión, que aun para los grandes espíritus era tan oscura, concedió de buen grado la palabra al fiscal, que, con voz grave y reposada, empezó á hablar de esta manera:

—Ilustres vocales del consejo: Vuestro superior espíritu, creado por Dios para intervenir en los actos maravillosos de sus no interrumpidas creaciones; vosotros á quienes la elevación de la jerarquía impide descender á las esferas donde se arrastran los seres inferiores, no podéis concebir el término de la degradación de un espíritu, ni calcular siquiera hasta qué extremo los puede llevar la desgracia. Esos espíritus rebeldes, que provocan la ira del Señor, y que se jactan en su soberbia de que no es posible degradarlos más, imponerles mayor castigo ni hacer su existencia más angustiosa, no saben ó aparentan no saber que hay medios todavía de hacerlos más desventurados. Yo, humilde criatura terrenal, habitante algún día del más ínfimo de los planetas, y elevado á esta altura, no por méritos propios sino por la divina gracia; yo, que conozco por experiencia el máximo del dolor y el más cruel de los su-

frimientos, propongo como castigo, para humillar la cerviz de esos delincuentes, que sean enviados á la Tierra bajo partida de registro, donde, revestidos de carne humana, sin perder su naturaleza espiritual, se les busque mujer.... y se les case. Así pagarán todas las que deben.

Y dicho esto con la mayor serenidad, volvió á acomodarse en su silla.

El público trató en vano de conservar la circunspección propia de aquel acto; pero al fin no pudo, y prorrumpió en una carcajada estrepitosa.

Los jueces dieron señales de aprobación, y el secretario lo consignó todo en el acta.

Los diablos saltaron en su asiento como impelidos por un resorte; se miraron el uno al otro y exclamaron en voz baja:—¡Ahora sí que nos partieron!

SEGUNDA PARTE

Capítulo XXIV.

De cómo, al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir.

La indigestión de libertad que en el Infierno se produjo; la pena que sintieron los diablos, al ver que las almas de los condenados, elevadas por ellos á la altura que no hubieran podido esperar, se creían ya muy superiores á sus antiguos dueños, y que, de iguales, pretendían pasar á superiores y dominar en absoluto, dió origen á una gran reacción, y los espíritus diabólicos convinieron en que era imposible aguantar la tiranía ejercida sobre ellos por las clases más inútiles, ignorantes y abyectas.

En varias reuniones clandestinas que, para tratar del asunto, celebraron, convínose

en que era indispensable enviar emisarios al destronado Luzbel, para que volviera pronto al Infierno á hacerse cargo de los negocios públicos, único medio de hacer entrar en razón á las almas extraviadas.

Ganados al efecto algunos porteros, salió para la superficie de la Tierra una comisión de diablos respetables á gestionar cerca del soberano su vuelta al abandonado reino con todas las fuerzas disponibles para dominar la sedición, asegurándole que los súbditos que quedaban en el Infierno, arrepentidos de su obra, estaban dispuestos á ayudarle con toda su energía á recuperar el poder perdido y á restablecerlo en el trono con todas las prerrogativas de indiscutible y absoluto soberano.

Tan pronto como Luzbel escuchó el relato de la comisión, convocó á los que le habían quedado fieles, y entre todos dispusieron lo necesario para volver con sigilo á las cavernas infernales á imponer por las armas la restauración del poder supremo y castigar severamente los desmanes de las almas insubordinadas.

Los jefes de la antigua rebelión, incluso el mismo Satán, á quien disputaban el pre-

dominio de las masas algunos diablos de los más ignorantes y ambiciosos, estaban dispuestos á secundar las miras de Luzbel, convencidos de que la demagogia desenfrenada no podía traer en pos de sí otra consecuencia que la ruina de su antiguo poder, la disolución social y el aniquilamiento de su ya decaída importancia.

Luzbel dividió sus fuerzas en varias legiones que debían penetrar simultáneamente en el abismo por diversos conductos; y aprovechando los principales cráteres volcánicos de las distintas partes del globo, penetraron por sus chimeneas en apiñados pelotones; rompieron las puertas que les impedían la entrada; desarmaron los guardias que servían de custodia, y dieron el grito de restauración, que resonó en todas las concavidades con temeroso estruendo.

Las almas sublevadas, que, en vez de pensar en constituir un gobierno sólido y estable, sólo habían pensado en ejercitar venganzas ruines y en adornarse con los títulos y las insignias de sus antiguos dominadores, huyeron sobrecogidas de espanto hacia el sitio en donde Satán tenía reconcentradas las principales fuerzas de su ejército; pero este

jefe, en vez de acogerlas como compañero y amigo, volvió contra ellas sus poderosas armas, y al grito de ¡viva Luzbell! las fué apri-
sionando á todas y poniéndolas á buen re-
caudo.

En pocos días quedó restaurada la auto-
ridad real, reconocido el monarca con sus
antiguos fueros y preeminencias, y las almas
de los condenados volvieron á sus antiguos
recipientes, donde el azufre, la pez y el plo-
mo derretido duplicaron sus tormentos entre
el calor nuevamente avivado por cantidades
prodigiosas de combustible arrojado á las
hogueras ya casi extinguidas.

Entonces volviéronse á oír por todas par-
tes los rugidos furiosos, el rechinar de dien-
tes, las imprecaciones tremendas y las blasfe-
mias espantosas; pero ya era inútil, porque,
perdida la ocasión, sería difícil que volviera á
presentárseles la oportunidad que sus locu-
ras habían malogrado.

Luzbell premió con nuevos títulos y hono-
res á los que le habían ayudado á restablecer
su imperio; y devolviendo á la superficie de
la Tierra, como ministros plenipotenciarios,
los siete pecados capitales con todos sus
agentes, volvió á quedar todo en la misma

forma y manera que antes de iniciarse la rebelión ya dominada.

En el Cielo pasó también algo parecido; y para evitar que otros diablos fuesen de nuevo á provocar la rebelión, dióse un ascenso general á los jefes y oficiales de las legiones angélicas, una espada de honor al arcangel San Miguel, su digno jefe, y formóse un ministerio mixto, con personajes de la Ley Antigua y de la Ley Nueva, para que nadie quedara descontento.

En cuanto á los agentes de policía Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Arbúes, que habían sufrido tan gran desaire, se dió por terminada su misión y se acordó su cesantía hasta ver la manera de reorganizar el cuerpo.

San Simplicio, no obstante el sobreseimiento de su causa, fué destinado á pasar una temporada en el Limbo, en compañía de San Cándido y San Inocencio, que lo habían defendido públicamente en algunas reuniones de gentes incautas.

Acordóse también enviar á San Pedro una comunicación para que acelerase su viaje y volviera á encargarse de la portería, tan pronto como hubiese terminado en la

Tierra el objeto principal que á ella lo había conducido.

Los diablos Astarot y Patetas permanecieron bien custodiados en el cuartel de la legión azul hasta que el Padre Eterno aprobara ó desaprobara la sentencia del Consejo de guerra.

El Padre Celestial no pudo menos de sonreír al leer el dictamen emitido como fiscal por San Cornelio el Centurión, pidiendo para los diablos la pena de ser encarnados y casados en la Tierra, con la cual se conformó el tribunal que los había juzgado; y dándole su soberana aprobación, exclamó, al entregar el decreto ya firmado:—Se conoce que Cornelio es un santo de mucha trastienda.

Capítulo XXV.

*De cómo los diablos llegaron á la Tierra y
fueron revestidos de carne humana.*

Apenas el Arcangel San Miguel recibió la aprobación de la sentencia del Consejo de guerra y se hizo la notificación á las partes interesadas, dispuso que dos ángeles de los más expertos y animosos se hicieran cargo de los presos y los condujeran directamente al mundo subllunar á cumplir su condena.

Astarot y su cómplice, que aun no habían vuelto de su asombro desde que el santo fiscal había pedido contra ellos una pena tan extraña como inesperada, conocedores prácticos de las grandes amarguras que sufren en la vida terrenal casi todos los sometidos á la cadena del matrimonio, porque ellos

habían intervenido más de una vez en avivar las discordias conyugales, estaban llenos de temor y de sobresalto, y no acertaban á comprender el procedimiento que con ellos se emplearía para la encarnación proyectada, ni el tiempo que duraría el castigo, ni la condición ulterior á que se verían sujetos después de cumplir su condena.

Tan pronto como fueron notificados, se presentaron en la prisión los dos ángeles que habían de conducirlos, y el jefe de la guardia que los custodiaba les hizo entrega de ellos con las mayores formalidades.

Los presos se sobrecogieron á la vista de sus conductores; y, perdida en un instante toda su diabólica energía, se sintieron débiles y subyugados á aquella fuerza superior que los dominaba. En efecto, los dos ángeles eran verdaderos seres privilegiados: sus fuerzas prodigiosas sobrepujaban con mucho á todas las fuerzas infernales; su mirada, reposada y serena, manifestaba la gran confianza que tenían en su propio valor, y era á la vez indicio de una voluntad enérgica é inquebrantable. Lo primero que hicieron ambos fué quitarles, como cosa inútil, las cadenas que los sujetaban, y los diablos, llenos de temor, baja-

ron los ojos y se dejaron conducir como mansos corderos. Así la soberbia, tanto de los diablos como de los hombres, se humilla siempre ante el poder superior que los domina; y el que exige mayor humillación y vasallaje á los seres débiles que se inclinan sin resistir, es más sumiso y abyecto ante el poderoso que los avasalla.

Los cuatro salieron en mitad del día por las calles más céntricas de la Jerusalém celestial, según orden expresa del Arcangel, no por hacer ostentación de su triunfo, sino porque aquel espectáculo serviría de saludable ejemplo á todos los bienaventurados; y si había algunos que aún tuvieran esperanzas de una nueva rebelión para adquirir algunas ventajas, no podrían menos de arrepentirse al ver la suerte de aquellos desdichados, que iban á cumplir en el mundo la más cruel de todas las penas.

Como iban los diablos en absoluta desnudez, los santos que se hallaban al paso los miraban con horror y lástima; las santas más meticulosas se volvían de espaldas ó se cubrían el rostro de vergüenza, mientras que otras, más despreocupadas ó valerosas, los miraban con indiferencia, como hacien-

do alarde de su presencia de ánimo.

Al llegar á la portería, el piquete que daba la guardia se formó con el jefe á la cabeza y trató de impedir que saliesen del Cielo aquellos delincuentes y sus conductores; pero tan pronto como éstos mostraron la orden escrita, firmada y sellada, por San Miguel, les abrieron paso y les dejaron la salida franca.

Apenas se hallaron en el vestíbulo de la Gloria, el angel de más graduación, que era el jefe de su compañero; angel que había estado ya en la Tierra diferentes veces, y que era el encargado de Astarot, como el otro lo era de Patetas, tendió la vista á lo lejos para orientarse, y, cogiendo cada cual por una oreja al diablo que le estaba sometido, se lanzaron con ellos al espacio en dirección de nuestro globo.

No dice la crónica el tiempo que tardaron en llegar, ni si tuvieron algún impedimento en el camino; pero sí dice que llegaron pronto, y que, al tocar con las primeras capas de la atmósfera de la Tierra, modificaron un poco su celeridad, tanto para evitar un gran desarrollo de calor por el rozamiento, como para ir agregando á los secua-

ces de Luzbel los elementos materiales que habían de constituir su corteza terrestre.

El trabajo de los ángeles tenía que ser un trabajo inverso del que empleó el Creador en el Paraíso, al dar la existencia al primer hombre: en Adán fué lo primero la confección del cuerpo, ó sea la manipulación del barro, y después la infusión del alma en aquel cuerpo por medio de un soplo divino; aquí el espíritu existía ya, y sólo faltaba la materialidad del organismo para que resultara una especie de sér humano, que pudiera participar de las ideas y los sentimientos de la especie mientras no variase de esencia ó de forma.

Había también otra cuestión que resolver, y era la de la proporcionalidad conveniente entre la materia y el espíritu; y los ángeles la resolvieron verificando una especie de compenetración de los dos elementos, de modo que ninguno de ellos predominase en términos que hiciera imposible aquel simulacro de la vida humana.

Esto dió bastante que hacer á los ángeles, que, quizás por un olvido, no recibieron para ello instrucciones previas y minuciosas; pero al fin y al cabo salieron airoso de su empeño.

Cuando iban llegando á las capas más próximas á la superficie de la esfera terrestre, los diablos eran ya dos mancebos robustos y vigorosos, llenos de virilidad y de fuerza; dilatábaseles el pecho al respirar á plenos pulmones las capas de aire saturadas de oxígeno; sus sentidos se avivaban cuanto más se iban ejercitando; sus ojos se dilataban al contemplar las maravillas de la naturaleza, observadas por ellos bajo un aspecto hasta entonces desconocido; y su faz sonriente manifestó á las claras que se hallaban muy satisfechos con su nueva condición de hombres, por más que fuesen ingertos en diablos.

Una cosa observaron también, no sé si con placer ó dolor, pero sí con extrañeza; y fué que sus uñas se habían redondeado; que la escrescencias córneas frontales habían desaparecido, y el apéndice caudal ó largo rabo que antes adornaba la parte inferior de su columna vertebral, había quedado reducido á tres ó cuatro pequeñísimas vértebras embutidas y ocultas bajo la piel; y que hasta el olor á azufre, que antes los denunciaba, también se había trocado en otro olor, especial y característico, propio de los seres en cuyo gre-

mio habían ya ingresado. Los ángeles llevaban orden especial de presentar los espíritus malféficos al Príncipe de los Apóstoles, que se hallaba en Roma, y de entregarle al mismo tiempo un pliego cerrado y lacrado que para él habían recibido; pero cuando llegaron cerca de la ciudad eterna, donde hicieron pie, era de día y había mucha gente que pudiera observarlos. A ellos nada les importaba por su parte, toda vez que, como espíritus puros, eran invisibles; pero conociendo que los diablos ingertos no disfrutaban ya de la misma naturaleza espiritual, y que las costumbres actuales de los hombres no permiten que éstos se presenten en la primitiva desnudez, compañera de la gracia, sino cubiertos con la hoja de higuera, en cualquiera de las formas que le han dado los sastres y las modistas, no acertaban con el modo de encubrir las desnudas formas de aquellos nuevos seres, hasta que San Pedro determinara el modo de vestirlos, para que pudieran presentarse en público sin producir alarma en el pudor social, hoy tan escrupuloso.

En estas dudas, y hallándose afortunadamente en una arboleda bastante espesa, donde podían ocultarse, determinaron que uno de

los dos conductores se quedara vigilando á los presos, mientras el otro llegaba al hotel donde San Pedro residía á entregarle el pliego y á darle aviso de lo que pasaba.

Capítulo XXVI.

Donde el Apóstol celebra una interview con los periodistas y se cumple la primera parte de la pena impuesta á los diablos por el Consejo de guerra.

Desde que San Pedro recibió, por medio del telégrafo, la noticia de que los diablos habían entrado en el Cielo con ánimo de producir una nueva revolución, no le llegaba la camisa al cuerpo; y aunque había preguntado muchas veces, por el mismo conducto, sobre el estado de las cosas políticas allá arriba, nunca recibió otra contestación que ésta, por demás sencilla y lacónica: «*Todo va bien.*»

La mañana del día en que los ángeles y los diablos llegaron á Roma, recibió un parte oficial en que se le anunciaba la salida de ciertos personajes para la Tierra, y que el jefe

de la expedición llevaba un pliego con órdenes extensas y reservadas, que debería entregarle para su inteligencia y gobierno.

San Pedro, después de almorzar con los dos ángeles, celebró una *interview* con varios periodistas, donde explicó su procedencia del Imperio Celeste y el objeto principal de su viaje á Roma, haciéndolo de modo que excitase la curiosidad y previniese el ánimo del público para los grandes acontecimientos que preparaba.

Hallándose después sentado en su despacho, leyendo la crónica de los hechos recientes que más llamaban la atención del mundo, sintió unos golpes á la puerta; y, dando la orden de entrar al que llamaba, se presentó ante él uno de los espíritus conductores de Ashtarot y Patetas, que saludó respetuosamente al Príncipe de los Apóstoles y le entregó el pliego que para él había recibido, diciéndole:

—De parte de S. E. el arcángel San Gabriel, Ministro de Relaciones Exteriores de la Divina Majestad.

—Ya lo esperaba—contestó el Apóstol tomando el pliego y mandando sentar al emisario.

En seguida rompió el sobre y leyó la comunicación, que á la letra decía:

«Secretaría de Relaciones Exteriores del Imperio Celestial.—Reservado.—Vencida la insensata rebelión que intentaron promover en el Cielo dos espíritus de las tinieblas enviados por Luzbel, enemigo irreconciliable de la grandeza de Dios y del reposo público, que se introdujeron en la Jerusalem celestial por falta de previsión del portero interno San Simplicio, y se burlaron de la policía de una manera lastimosa, fueron éstos perseguidos, y al fin apresados por el arcángel San Miguel, generalísimo de los ejércitos celestiales y defensor invencible de los sagrados fueros del Creador Omnipotente. Sometidos luego, como empedernidos criminales, á la justicia militar, se celebró un Consejo de guerra, convocado al efecto, cuyo dictamen fué que no podía imponérseles castigo alguno que los hiciese empeorar de condición, por ocupar ya el más ínfimo extremo de la escala de los seres creados; y que, como espíritus, eran indestructibles y no se les podía imponer la pena de muerte á que se habían hecho acreedores. Oído el parecer de San Cornelio el Centurión, fiscal de la causa, santo de

gran experiencia y sesudo criterio, el cual proponía que, como máxima de las penas conocidas, se les enviase á la Tierra para ser *encarnados y casados*, el Consejo aceptó la proposición del fiscal, y condenó á dichos reos á la ya referida pena. Sometida la sentencia á la Aprobación Superior, que desde luego le fué acordada, los malignos espíritus Astarot y Patetas han sido entregados hoy á dos de nuestros mejores ángeles para que los conduzcan á la Tierra y los pongan con tal objeto á vuestra disposición, confiando su Divina Majestad en que obraréis con el celo que os ha distinguido siempre en el cumplimiento de vuestro deber y de sus sabias determinaciones.—Asimismo tengo el honor de comunicaros de orden superior que, hallándose confiada accidentalmente la portería de la Gloria á una guardia especial de ángeles incorruptibles, por cesantía forzosa de San Simplicio, y no entrando en las miras de nuestro Alto y Poderoso Señor el que los destinos civiles estén desempeñados mucho tiempo por fuerzas militares, conviene al Servicio Celestial que terminéis pronto vuestra voluntaria misión entre los hombres, y regreséis lo antes posible á encargaros nuevamente del honroso

puesto que por tantos siglos habéis desempeñado á entera satisfacción del Padre Celestial y de su celoso gobierno.

Tendréislo entendido; dispondréis lo necesario para su cumplimiento, y obraréis como más convenga á las altas miras del Soberano Señor en cuyo nombre os hablo. Él os guarde. A. M. D. G.—Dado en el Cielo á los cinco mil siglos, diez mil años, tres meses y nuevedías de la Creación, firmado por nuestra mano y sellado con nuestro sello.—El Arcangel Gabriel.

Señor San Pedro Apóstol.»

Por mucha audacia que San Pedro supusiera en los espíritus infernales, nunca hubiera sospechado que llegara su osadía al extremo de penetrar en la augusta morada del Altísimo con el loco intento de provocar otra rebelión, persuadidos tal vez de que les sería fácil encontrar, como en otros tiempos, ángeles que seducir por la soberbia y por la envidia. Por otra parte, era muy grande su satisfacción, y le ayudaba á formar de su persona un gran concepto (echando á un lado toda idea de vanidad), el ver que, tan pronto como él abandonó la portería, habían ocu-

rrido acontecimientos tan graves, que habían puesto en conmoción toda la Corte Celestial y en gran peligro las instituciones. Si á ésto se añade la confianza que de él se hacía para dar cumplimiento á aquella extraña sentencia, y el encargo especial de que volviera pronto á tomar posesión de su antiguo destino, todo le hacía comprender que él era uno de los santos más importantes de la Corte Celestial, y que su presencia era allí tan necesaria como la de cualquiera de las más eminentes potestades. Pero hallábase empeñado su amor propio en dar una lección y preparar un escarmiento á los hombres ignorantes, cuya locura los lleva hasta el extremo de querer enmendar la plana á Dios en la perfectibilidad de sus creaciones; y, toda vez que la orden recibida no le mandaba regresar al Cielo inmediatamente, resolvió tomarse el tiempo necesario para realizar su propósito y llevar á la Corte Celestial pruebas irrecusables de sus talentos diplomáticos.

Todo ésto lo pensó San Pedro en breves instantes; y después, encarándose con el emisorio, entabló con él el diálogo siguiente:

—Con que es decir, que están ya en la Tierra esos dos mocitos, ¿eh?

—Sí, señor—contestó el angel.—Hace poco hemos llegado con ellos mi compañero y yo, y él se ha quedado custodiándolos en una arboleda, á orillas del Tiber, mientras yo venía á comunicaros la noticia de nuestra llegada, y á entregaros el pliego oficial, cuya lectura habéis hecho en mi presencia.

—¿Y qué tal ha sido el viaje?—preguntó San Pedro, recordando sus propias impresiones.

—Yo os diré—respondió el angel, respaldándose en el asiento que el Apóstol le había ofrecido—si hubiéramos venido todos en espíritu, el viaje hubiera sido rápido y cómodo; pero como traíamos la misión de encarnar á los dos criminales que venían confiados á nuestra custodia, tan pronto como llegamos á la atmósfera terrestre, tuvimos que acortar el paso para ir revistiendo de moléculas á los dos espíritus diabólicos, de tal manera, que los gases, líquidos y sólidos, de que había de componerse su envoltura, estuviesen, como los cuerpos humanos, en armonía con las funciones que están llamados á desempeñar durante su vida terrestre; y como los elementos son tantos, y no se puede prescindir de ninguno de los que componen el planeta, si

ha de resultar del conjunto el verdadero *microcosmos*; según la voluntad del Creador, tuvimos que ir eligiendo las partículas convenientes de oxígeno, hidrógeno, carbono, nitrógeno, hierro y demás sustancias indispensables para formar el conjunto y constituir la forma humana, como base esencial para el castigo que iba á imponérseles.

San Pedro que, aunque fué durante el primer período de su vida un pobre é ignorante pescador, recibió después la ciencia infusa, y más tarde, como espíritu celestial, llegó á poseer todas las ciencias, comprendió perfectamente lo acertado del plan puesto en ejecución por los ángeles, y la perfección del procedimiento físico para revestir á aquellos diablos de carne humana; pero no se le ocurrió porque, aunque santo, no está uno siempre en todos los pormenores, cuál pudiera ser la causa de no haberlos desde luego traído á su presencia. Así es que interrogó al ángel por qué había dejado fuera de la ciudad á su compañero y á los delincuentes.

El ángel le dijo:

—Como las formas físicas no pueden ocultarse á las miradas de las gentes, á la manera que nosotros, en nuestra calidad de

espíritus, somos invisibles cuando así nos acomoda, no me pareció oportuno hacer entrar en mitad del día por las calles de Roma aquellos espíritus recién encarnados, sin cubrir previamente su desnudez, para evitar el escándalo que ella hubiera de producir y la intervención necesaria de las autoridades para castigar la ofensa hecha á la moralidad pública.

—¡Tienes razón!—exclamó San Pedro, dándose una palmada en la frente.—¿Cómo pude olvidarme de ese detalle?

Y esto diciendo, hizo sonar un timbre que tenía sobre la mesa, á cuyo sonido acudió un sirviente del hotel en ademán respetuoso para recibir las órdenes que quisieran darle.

El Apóstol le mandó que inmediatamente le compraran dos vestidos hechos, como para dos hombres de regular estatura y de modesta condición social, y que fuesen completo, desde el sombrero hasta el calzado.

El dependiente corrió al punto á cumplir la orden del señor Abate Simón Roca, y al poco rato se presentó con los deseados trajes.

San Pedro los pagó religiosamente, y el ángel se fué con ellos á las orillas del

Tiber, donde Astarot y Patetas quedaron transformados en dos caballeros vestidos á la última moda.

Capítulo XXVII.

De cómo se prepara el casamiento de los diablos y de las dificultades que para ello se encuentran.

Al pasar por las calles de Roma los dos diablos, que tantas veces habían estado en ella; ya para inspirar á Rómulo el patricidio de su hermano Remo; ya para entusiasmar á los tribunos de la plebe contra los patricios afortunados; ya para envilecer á las turbas ignorantes y abyectas, hasta el punto de adorar al caballo de Calígula, hecho cónsul; ya para hacerles doblar la frente ante el parricida Nerón, el más indigno de los juglares, el más inmoral de los hombres y el que manchó la toga de la suprema magistratura con los crímenes más horrendos y más asquerosos; ellos, que habían intervenido en la dego-

llación de los mártires cristianos, en los escándalos de los Médicis y los Borgias, papas envenenadores, asesinos é incestuosos, que hicieron del solio pontificio el pedestal de sus crímenes y el escabel de su ambición y de sus liviandades; ellos, que en los tiempos modernos inspiraron también las simonías y los escándalos de muchos príncipes de la Iglesia, escándalos que produjeron la expresiva frase: *Roma veduta, fede perduta*; ellos, en fin, que se hallaban familiarizados con todos los acontecimientos, con todas las personas y con todas las cosas de la *ciudad santa*, al verla por el nuevo prisma que la encarnación puso ante sus ojos, lo encontraron todo revestido de formas extrañas y completamente desconocidas.

En efecto, los hombres no eran ya para ellos juguetes miserables, destinados á poner en acción sus malévolas inspiraciones, sino émulos á quienes comenzaban á envidiar; y las mujeres les inspiraban sentimientos y deseos hasta entonces no experimentados, y ejercían sobre ellos una atracción extraña y poderosa. Hasta el lujo y boato de que algunos hacían alarde, eran para uno de ellos estímulos que le producían un gran de-

seo de adquirir riquezas terrenales, hasta entonces despreciadas.

Y es que no es lo mismo ver las cosas de nuestro planeta desde el punto de vista de los diablos, que verlas desde el punto de vista de los hombres; porque éstos, de naturaleza distinta, pueden muy poco sin el gran elemento de la riqueza material, que es la única y poderosa ayuda de que pueden valerse para realizar sus deseos.

Cuando llegaron al hotel donde San Pedro los aguardaba, fueron presentados al Apóstol, ante el cual permanecieron con los ojos bajos, como dos novicios que iban á entrar en una nueva religión para ellos desconocida.

El Apóstol los examinó con gran cuidado; les hizo algunas preguntas sobre sus inclinaciones, para elegir la clase social á que habían de pertenecer, y su mayor ó menor resignación á sufrir la pena que les había sido impuesta. Y como ninguno de los dos había pensado nada concreto sobre su porvenir, apenas pudieron contestar otra cosa que su perfecta resolución de cumplir en todas sus partes el precepto divino, porque de él no podían evadirse; y en cuanto á la condición

social, Astarot, que había sido siempre diablo de muchos humos, dijo: que le agradaría sobre manera, ya que por fuerza había entrado en las condiciones de la vida humana, ser uno de los potentados de la Tierra, para hacer todo el mal posible y no contrariar sus naturales inclinaciones. Patetas, que era un diablo menos pretensioso, y, por decirlo así, *à la pata la llana*, confesó francamente que á él le daba vergüenza de ocupar en el mundo una posición de las que los hombres tienen por envidiables, y que para el diablo no pueden tener ni la importancia de un comino; que lo que quería más bien era vivir obscuro é ignorado en cualquier rincón de la Tierra; donde cumplir la pena que se le había impuesto, sin envidiar á nadie, ni excitar envidias, ya que su desgracia había sido tanta; que el cargar con una mujer le parecía sobrada tarea para un diablo ó un hombre solo; que prefería trabajar para ganar su sustento y el de su familia honradamente, y que no deseaba la fortuna, sobre todo si había de venirle por el casamiento, porque tras de ofrecerle mayores cuidados, sería motivo para que algún día su mujer se lo echase en cara, ofensa que estaba resuelto á no to-

lerar, ni como diablo, ni como hombre.

Toda esta conversación la tuvieron en correcto italiano; porque así como San Pedro, que había recibido con las lenguas del Espíritu Santo la facultad de hablarlas todas, para que se cumpliese el *loquebantur variis linguis*, así también los diablos conservaban, apesar de la encarnación, los conocimientos políglotos que habían adquirido en su trato con los hombres de todas las naciones de la Tierra, principalmente las cristianas, donde era mayor su trabajo para enviar almas á los infiernos; porque en las naciones idólatras, ya saben ellas irse por sí mismas sin que nadie les enseñe el camino.

Para casar á los dos diablos encontraba San Pedro una dificultad, que quizás en el Cielo no se tuvo presente; y era que no se podía acreditar el lugar de su nacimiento, ni presentar la fé de bautismo, caso de considerarlos como católicos, ni documento alguno del orden civil que identificase sus personas. Los ángeles nada le podían aconsejar, porque no entendían de aquello ni una palabra. Y como los documentos eran necesarios, sobre todo para casarlos según la religión Católica Apostólica Romana, á fin de

que el vínculo fuese completamente indisoluble y no hubiese lugar al divorcio, con lo cual la pena quedaría degenerada, el Apóstol consultó el caso con un jesuita, hombre de grandes recursos, y éste se encargó de allanarlo todo, valiéndose de otra tercera persona perteneciente á la curia, con lo cual el santo y él quedaban exentos de toda responsabilidad, por no haber intervenido directamente en el negocio.

San Pedro le encargó mucho que los documentos se acercasen en lo posible á la verdad, aunque sólo fuese en la forma externa, y el jesuita le prometió que se arreglaría todo á medida de su deseo.

Los dos ángeles se volvieron á la Gloria sin ser vistos de Celestino ni del Angel Custodio, que lo sintieron mucho al saberlo; y Astarot y Patetas, alojados en un departamento especial del hotel, esperaron resignados la resolución sobre su suerte futura.

Capítulo XXVIII.

Donde se prueba la gran utilidad de las Agencias matrimoniales.

A los dos días de la encarnación de los diablos, y cuando San Pedro estaba más engolfado en hacer sus cálculos para probar á los hombres su extremada ignorancia y su estéril y ridícula vanidad, al pretender introducir mejoras en las obras de Dios, sobre todo en las condiciones físicas del hombre, se presentó el jesuita con todos los documentos perfecta y legalmente arreglados para acreditar el estado civil de Patetas y Astarot, desde su nacimiento, de treinta años de fecha, hasta el presente. Constaba que habían nacido en Loja, provincia de Granada, en España, donde, como se sabe, hay un lu-

gar llamado *Los Infiernos*; pero que, habiéndose quemado los archivos de aquella población en época reciente, hubo que acreditarlo por medio de una prueba testifical, de la cual resultó que la familia de ambos se hallaba establecida en el lugar desde la dominación árabe, desempeñando varios cargos públicos de importancia. Que sus apellidos eran: Astarotti y Patetaski, sin duda de procedencia italiana el uno y polaca el otro; y que desde niños habían desaparecido ambos del hogar y habitado en distintas regiones. Acompañaban á estos documentos los correspondientes árboles genealógicos escrupulosamente formados, y su personalidad estaba fuera de toda duda.

Enviáronse estos antecedentes á varias agencias matrimoniales, ofreciendo la mano de aquellos dos jóvenes, cuyos retratos acompañaban: la de Astarotti á una heredera rica, sobre todo si era poseedora de minas de carbón ó fundiciones de hierro; porque el candidato, que había terminado sus estudios de ingeniería, era muy apto para este género de empresas y muy aficionado á ellas; la de Patetaski llevaba por condición que la novia había de ser una joven pobre y

trabajadora, sin dote de ningún género é instruida solo en las domésticas labores.

La correspondencia había de dirigirse al Sr. Abate Simon Roca, padrino de los aspirantes, que residía en Roma, hotel de las Cuatro Naciones.

Tan pronto como en Roma, en Londres y en París apareció el anuncio, con los retratos, en los periódicos de las Agencias matrimoniales, empezó San Pedro á recibir propuestas á cual más fascinadoras, con retratos también de las interesadas; y desde luego fueron elegidas para Astarotti una lady inglesa, que poseía grandes propiedades en la cuenca carbonífera de Lancáster, y una gran fundición de hierro en el mismo condado. Para Patetaski se aceptaron las condiciones de una joven transtiberiana, huérfana, de una familia humilde, costurera de oficio y excelente mujer de su casa, según certificaciones de las autoridades y del rector de su parroquia.

La inglesa era una joven rubia, de veinticinco años de edad, período en que las mujeres inglesas empiezan á cambiar los dulces y poéticos rasgos de las gracias infantiles en las formas angulosas y trazos de aves de

rapia con que suele llegar á la vejez la mayor parte de las mujeres británicas. La italiana era una niña morena, de veinte años aun no cumplidos, de fisonomía inteligente, grave y simpática; ojos y cabellos negros, aquéllos velados por largas y sedosas pestañas; boca pequeña, esbelto talle, andar mesurado y airoso, voz sonora y maneras insinuantes.

Casólos el jesuita, sin intervenir directamente San Pedro, sino como protector de los dos jóvenes, y el Apóstol pudo ya dedicarse al principal objeto de su excursión, sin olvidar por eso los encargos que de los santos Bartolomé y Dimas y las santas Polonia y Magdalena había recibido.

Tenía, sin embargo, el tiempo tan tasado, que resolvió encargar al mismo jesuita en la búsqueda y adquisición del pedazo de cuero de la pierna, de la causa criminal, de la mue-la olvidada y del contrato de matrimonio, con los guantes y los perfumes tan deseados por la arrepentida pecadora.

Como uno de los puntos principales en que se apoya la soberbia humana para decir que la obra de Dios es muy imperfecta, al tratarse del hombre, es el reducido alcance de los sentidos; pues el lince y el águila tie-

nen el órgano de la visión mucho más perfecto; los animales montaraces de mucha más perspicacia el oído y el olfato; las aves nocturnas y los animales de tentáculos, el tacto mucho más fino; y todos en general el gusto mucho mejor desarrollado para distinguir los sabores de las sustancias de que se alimentan, San Pedro hizo anunciar en los periódicos que había llegado á Roma un personaje de misterioso origen, que, por medios desconocidos de todos los fisiólogos y naturalistas, podía facilitar, no solo el desarrollo y perfeccionamiento de los sentidos, hasta un extremo incalculable, sino producir una longevidad de tal naturaleza, que casi rayaría en los límites de la eternidad, en los que solicitaran perpetuar su existencia en el globo terráqueo. Tan pronto como se publicaron estos anuncios, acudieron de todas partes hombres de muy distinta condición social y de diversos grados de cultura, que deseaban el perfeccionamiento de sus sentidos; y no hubo pocos que solicitaran la cualidad de inmortales, que hubiera sido la generosa dádiva del Creador, si el pecado de Adán y Eva no se hubiera interpuesto para trastornar los soberanos designios.

El hotel de las Cuatro Naciones, donde el Apóstol se hospedaba bajo al modesto nombre del Abate Simón Roca, llegó á ser un verdadero jubileo; cada cual solicitaba lo que más convenía á sus caprichos ó intereses; la mayor parte dudaba de que un hombre pudiera tener poder bastante para realizar las anunciadas maravillas; pero como nada se perdía por hacer la prueba, todos se prestaban gustosos á que se hiciese en ellos el experimento, si éste no llevaba en sí ningún género de peligro.

San Pedro los recibía con la mayor benevolencia, exigiéndoles sólo la solicitud del cambio le fuese hecha por escrito, y señaló un día para hacer el gran experimento.

A no haber terminado ya los tiempos de encantadores y de brujas, en que, por artes diabólicas, se trastornaban las leyes de la naturaleza para producir efectos sobrenaturales, el Abate Simón Roca hubiera ido á dar con su cuerpo á las mazmorras de la Santa Inquisición, donde padecieron muchos los tormentos y la muerte por causas infinitamente menos graves; pero, por fortuna, hoy se cree muy poco en la intervención del diablo para producir ciertos efectos; y en vista de los

grandes triunfos alcanzados por la ciencia sobre las imperfecciones de la naturaleza humana por medios puramente fisiológicos y en virtud de ciertas cualidades de la materia y de los organismos, hasta hoy ignoradas; al ver que el hombre dispone hoy del rayo y lo adapta á sus necesidades para transmitir todo género de fuerzas; al ver que se descubren específicos, anunciados diariamente con nombres más ó menos pomposos, para devolver la salud á todo género de enfermos, dotar de las fuerzas viriles á los ancianos ya decrepitos, hacer fecundas las mujeres estériles, y convertir en mancebos vigorosos los muchachos más enclenques y raquíticos, muchos concibieron la esperanza de que el anunciado perfeccionamiento de los sentidos corporales y la prolongación de la existencia indefinidamente serían el producto de algún específico particular, inventado por aquel hombre misterioso, quitándole hasta la menor sospecha de que pudiera haber algo de brujería el carácter del inventor, por ser un ministro de la religión católica. En poco tiempo sellaron las formalidades de las solicitudes por escrito, y señalado el gran día, todos esperaron con ansia el momento de la prueba.

No dejó de llamar la atención la circunstancia especial de la convocatoria, que decía: que ninguno de los aspirantes podría obtener el perfeccionamiento sino de un solo órgano, y que los que solicitasen la perpetuidad de la vida tendrían que aceptarla en las condiciones en que accidentalmente se encontrasen.

Esperemos nosotros también la llegada del día prefijado, y veamos cómo fué la instalación de Astarot y Pátetas en su nuevo menaje.

Capítulo XXIX.

De cómo los dos matrimonios en que intervienen los diablos se parecen mucho á aquellos otros en que para nada intervienen los malos espíritus.

En el condado de Lancáster, donde los cónyuges, el ingeniero Astarotti y su esposa Emma, fueron á pasar la luna de miel, hubo infinitas diversiones para agasajar á los esposos y hacerles agradable allí su permanencia; hubo ruidosas cacerías en los parques de la desposada, donde las liebres y las zorras fueron en gran número víctimas de la agilidad y destreza de los cazadores de ambos sexos, porque lady Emma, en medio de su aparente delicadeza y debilidad femeniles, manejaba admirablemente la escopeta y regía un bridón como el *gentleman* más vigoroso y el *jokey* más atrevido y sereno so-

bre un caballo de pura raza. Astarotti, aunque en su anterior condición de diablo no había montado nunca sino en algún palo de escoba, para enseñar á las brujas el camino del aquelarre, se daba tan buenas trazas como el mejor de los jinetes, y sus tiros eran tan certeros como el de los más acostumbrados á los ejercicios cinegéticos. La joven esposa estaba encantada de las aptitudes de su consorte, y así lo manifestaba á todos, echando á un lado la reserva propia de las damas británicas, cuyo mérito principal suele consistir en la gazmoñería.

Para que hubiera de todo en aquella serie de fiestas, hasta se representó en uno de los patios del castillo una de esas escenas de barbarie incalificable, ante la cual permanecen impávidos é insensibles los hijos de la poderosa Albión, cuyos nervios se revolucionan y crispan al ver en España una corrida de toros. Los convidados de lady Emma presenciaron desde una galería la lucha de dos boxeadores de formas atléticas que, desnudos de medio cuerpo arriba, se embistieron diferentes veces como animales feroces, ensangrentándose el rostro y el pecho á fuerza de horribles puñadas, sin que la sensi-

bilidad de los espectadores se resintiese en lo más mínimo, ni mostrasen otro interés que el de ganar las apuestas que por todas partes se cruzaban sobre cuál de aquellos dos seres infelices caería más pronto rendido á los golpes de su contrario.

Astarotti veía todo aquello con la impasibilidad y sangre fría de los caballeros que le rodeaban; ganó algunas apuestas de consideración, mereciendo alabanzas de los concurrentes, que lo juzgaron muy digno de ser inglés por sus aptitudes, aunque no lo fuera de nacimiento.

Mientras duraron los primeros albores de la luna de miel, cada cónyuge no veía en el otro sino bellas cualidades de carácter que le prometían una felicidad sin término. Astarotti era complaciente y respetuoso, y hasta evitaba la embriaguez, tan común en los ingleses después de la comida; Emma era en extremo cariñosa con su marido, y no había dejado aún asomar siquiera ninguno de esos caprichos femeniles, ninguno de esos rasgos de mal humor, que son en el matrimonio los primeros síntomas del hastío; pero aquello duró muy poco; y prevalida ella de ser la que había aportado el capital, se atrevió á

echárselo en cara y á querer convertir al pobre marido en un sér abyecto y sin voluntad propia, cuya misión fuese el cumplir como esclavo los preceptos, por absurdos que fuesen, de su envanecida señora.

Ni como hombre ni como diablo podía Astorotti aceptar sin protesta aquella situación humillante; pero, por no dar escándalo, se retiró á las minas y á cuidar de los hornos de fundición, donde, por decirlo así, se encontraba en su elemento, mientras su esposa no iba á atormentarlo y á hacerle dejar sus ocupaciones para satisfacer algunas de sus muchas impertinencias.

En cuanto á Patetaski, diablo de malas inclinaciones, se cansó pronto de su mujer; y la mayor parte de los días los pasaba con sus amigotes, entregado á todo género de vicios, para los cuales rara vez le alcanzaba su modesto jornal de fogonero en los talleres de una industria mecánica. Las noches que pasaba en su hogar, que eran las menos, solía emplearlas en regañar á su esposa, pobre mártir, que vivía á costa de su propio trabajo, y que jamás contestaba á los insultos de su marido sino con palabras dulces, llenas de afecto, de resignación y de benevolencia.

La infeliz María, que así se llamaba la transtiberiana, después de su trabajo diario solía arrodillarse á los piés de la imagen de una Madonna, herencia de sus antepasados, y, puesta en cruz, le imploraba con toda su alma que trajese al camino del bien á su desdichado marido, apartándolo de las malas compañías, que eran, según ella, las que no lo dejaban cumplir con sus deberes.

Patetaski no podía sufrir en paciencia la resignación de su mujer, y buscaba por todos los medios posibles que ella le contestase mal, para armar camorra, llenarla de golpes y desahogar de alguna manera su mal humor y sus endiabladas iras. Pero nada, cuanto más duro estaba él, cuanto más crueles é injustificadas eran sus agresiones, mayor era la humildad de su mujer y menos motivos tenía para castigarla.

Si su origen no hubiera sido el que era, tal vez aquel ejemplo de mansedumbre le hubiera tocado en el corazón, y paso á paso hubiera llegado al remordimiento; pero en él, de naturaleza diabólica, de depravado instinto y de miserables consejeros, no se podía esperar otra cosa que aquel trato inhumano, propio de su carácter y de sus antecedentes.

San Pedro, á pesar de sus graves ocupaciones, había encargado mucho á los ángeles de la guarda de la italiana y de la inglesa, que le diesen noticias de cuando en cuando sobre el estado de los dos matrimonios; porque bastaba que le hubiesen encargado á él su realización, para interesarse en conocer su suerte, y poder dar luego cuenta detallada al Eterno Padre del cumplimiento de aquella pena rara á que los dos diablos habían sido condenados por el dictámen fiscal de San Cornelio el Centurión, que debía haber adquirido personalmente una gran experiencia sobre los matrimonios durante su vida terrenal.

El angel de la inglesa, que no había salido de las islas británicas desde que recibió la misión de guardar almas en el mundo, había perdido ya casi del todo la sensibilidad primitiva; y, calculando que aquella mujer, solo por ser protestante, estaba condenada á los profundos abismos, no se tomaba un gran trabajo en estimular sus buenas inclinaciones, porque, decía él que, al fin y al cabo, había de ser tiempo perdido; razón por la cual, aunque la seguía de cerca, como era su obligación, y le evitaba de cuando en cuan-

do algunos tropiezos, no se empeñaba gran cosa en hacerle variar de carácter; lo cual, si bien se mira, no es tan fácil como algunos suponen, y mucho menos en una mujer rica y voluntariosa.

En cuanto al angel de María, que era católica apostólica romana, la cosa variaba mucho. En primer lugar, no era un angel adocenado, como pudiera suponerse, sino un espíritu sutil, cuidadoso en extremo de las almas que se le encargaban, y que había tenido ya la fortuna de ganar dos grandes victorias sobre el demonio, enviando al cielo dos de sus protegidas, cuyas imágenes se veneraban en los altares. Él era el que inspiraba á María aquella resignación heroica; él el que apartaba de sus labios toda palabra inconveniente, y de su fisonomía todo gesto iracundo; él había infiltrado en su corazón el amor purísimo hacia el esposo que la suerte le había deparado; y él, por último, le había hecho concebir la esperanza de que la bondad divina concedería á sus eminentes virtudes, no sólo el premio que por ellas se estaba conquistando, sino el de salvar á aquel hombre por medio de su dolor y de sus lágrimas.

Nada tiene de extraño que el angel lo creyera así, hallándose ignorante, por disposición divina, de quién era el marido de aquella mujer; secreto que Dios no le quiso revelar, porque no se desanimase ante lo imposible, y por evitar que la pobre María, cayendo en la desesperación, participase al fin de la suerte del sér á quien se hallaba ligada.

El Apóstol guardó en su cartera todas las comunicaciones que recibía de dichos dos ángeles, para dar cuenta de ellas cuando volviese á la morada celestial, donde por momentos se le aguardaba.



Capítulo XXX.

Donde se ve lo que sería el hombre perfeccionado por el hombre.

Con gran impaciencia era aguardado en la capital del mundo católico el día prefijado de antemano por el Abate Simón Roca para realizar los prodigios inconcebibles que la prensa de todas las naciones había anunciado, ya con las entusiastas frases de la admiración, en el convencimiento de que el hombre lo puede todo, ya con el sarcasmo de la incredulidad, ya con las vacilaciones de la duda.

Producir en el organismo humano las alteraciones indispensables para hacer más perfectos los sentidos, parecía á los fisiólogos un hecho imposible, en las circunstancias con

que se anunciaba: concedían algunos que, por medio de la selección, podría lograrse, al cabo de muchas generaciones, el perseguido mejoramiento; pero lograrlo de una vez, sea cualquiera el medio que se emplease; obrar *per saltum*, como no obra jamás la naturaleza, era pretender algo superior, no sólo á las fuerzas humanas, sino hasta al poder divino, que tendría que quebrantar para ello las leyes inmutables dadas desde el principio á la creación entera.

Que el hombre es perfectible, no sólo bajo el aspecto moral é intelectual, sino bajo el aspecto físico, lo confesaban todos; pero el modo de operar en sólo un instante ese perfeccionamiento no lo comprendía ninguno.

Sin embargo, era tal la curiosidad, principalmente en los que habían cultivado con más esmero las ciencias físicas y naturales, que aun convencidos de que aquellos pomposos anuncios no eran más que una superchería ó una locura, habían acudido de diversas naciones para presenciar la derrota de aquel embaucador, ó para admirar los prodigios de una ciencia ignorada, si había algo de cierto y de real en las promesas de aquel

hombre. El salón principal del hotel, que servía de morada al Abate Simón Roca, se hallaba desde muy temprano completamente lleno de los hombres más ilustrados de las naciones cultas, porque allí no se entraba sino presentando títulos académicos. Había también entre la concurrencia algunas autoridades, tanto políticas como científicas, que habían penetrado con derecho propio, y algunos periodistas ansiosos de publicar el éxito de un experimento tan nuevo como portentoso. Las demás clases sociales no habían sido admitidas, y mucho menos las mujeres, cuya curiosidad las hubiera llevado á querer ejercer un monopolio en el acto de las pruebas.

Hallábase el salón en su mayor parte lleno de asientos cómodos para los concurrentes, y en uno de sus lados se levantaba una estrecha plataforma reservada para el operador, sus ayudantes y las personas que sucesivamente fueran sometándose á los experimentos.

A las doce en punto de la mañana, según estaba anunciado, se abrió una puertecita interior que daba á la plataforma, y vieron aparecer dos mancebos rica y originalmente

vestidos, y después el Abate con el traje sacerdotal de los primeros tiempos de la Iglesia cristiana.

La muchedumbre quedó inmóvil, dirigiendo la vista con manifiesta ansiedad hacia los tres personajes que acababan de presentarse en la escena, y conteniendo la respiración, para no perder ni una sílaba del discurso que, sin duda, habría de pronunciar aquel hombre misterioso.

El Abate dirigió un saludo digno y grave á la concurrencia, y lo mismo hicieron sus acompañantes, que no eran otros que Celestino y el angel de la Guarda redactor de las Memorias que ya, aunque en pequeñísima parte, conocemos.

Si grande había sido la expectación, mayor fué todavía el asombro de los asistentes á aquel acto, al ver que no aparecían aparatos de ninguna clase, de que pudiera valerse el operador para practicar sus asombrosos anuncios.

Todos aguardaban alguna maquinaria especial, principalmente eléctrica, ó cuando menos algunos frascos con específicos para modificar químicamente los órganos que habían de perfeccionarse; pero nada: aquel

hombre iba, sin duda, á operar por medios desconocidos, y esto solo aumentaba el número de los que veían en él un charlatán, que iría desde la plataforma á la cárcel, para que la justicia se encargara de imponerle el merecido castigo, ó sería encerrado en un manicomio, de que tal vez debieran de participar los que habían dado crédito á sus patrañas.

Sin embargo, era tal el respeto que el Abate infundía, que, aunque muchos pensaban lo que acabamos de escribir, ninguno se atrevía á manifestarlo en voz alta.

En la plataforma había tres asientos, que por el pronto no fueron ocupados, y colocándose el Abate entre los dos jóvenes que lo acompañaban, y reinando el silencio más imponente, dirigió la palabra á su auditorio en estos términos:

«Señores: Consagrado al estudio de la naturaleza humana desde tiempos muy remotos y en regiones desconocidas para la humanidad viviente, he descubierto grandes secretos y tengo en mi poder medios infalibles para modificar todas las formas y multiplicar las facultades de los organismos en todas sus percepciones, sin otro aparato que la im-

sición de mis manos y la fuerza de mi voluntad, facultades que no debo á mis propios méritos, sino á la benevolencia de un poder superior al de todas las criaturas.

Hoy que los hombres se ufanan tanto con sus conquistas científicas; que han puesto á su servicio la potencia de los líquidos y de los sólidos, convertidos en gases por la intervención del calor; que han hecho un tributario obediente y humilde del rayo de las tempestades; que han descubierto, por medio de lentes poderosos, el movimiento ordenado y la magnitud incomprensible de muchos de los globos que giran en la inmensidad del espacio, y han podido observar alguna de las maravillas del mundo de lo infinitamente pequeño, oculto hasta ahora á sus investigaciones; que estudian con afán los fenómenos de la sugestión, procurando inquirir por ellos las relaciones que existen entre el espíritu y la materia: al presentarse ante vosotros un sér dotado de facultades de que carecéis, y dispuesto á demostrarlas prácticamente, sin propósito alguno de lucro material, que es el móvil que hoy determina casi todas las acciones humanas, vuestro principal deseo será conocer el origen y procedencia de un sér

tan prodigioso, y averiguar dónde y cómo ha adquirido los conocimientos necesarios para producir fenómenos tan fuera del alcance de vuestra comprensión y tan superiores á vuestras fuerzas.

Los conocimientos astronómicos de la India y del Egipto me son familiares; los resortes mecánicos de que se valieron los pueblos llamados primitivos, para elevar á prodigiosa altura las inmensas moles que hoy no sabría cómo remover la dinámica, puesta al alcance de vuestros ingenieros, me son perfectamente conocidos; las combinaciones químicas que producían el fuego y la luz inextinguibles; los grandes secretos empleados en sus artes mecánicas por los pueblos del extremo Oriente para producir artefactos que hoy os asombran, como el poder de intuición y las fuerzas magnéticas de sus agoreros, no tienen para mí nada de extraño; pero ninguno de esos conocimientos sería capaz de producir uno solo de los fenómenos que voy á ofrecer á vuestra consideración y á vuestro estudio.

¿Quién soy yo? Ni vosotros necesitáis saberlo, ni yo necesito decirlo. Contentaos con saber que soy un ministro de la religión cris-

tiana, que me llamo Simón Roca, y que vengo directamente del Celeste Imperio, provisto de un poder sobrenatural para demostrar á los hombres lo infinito del poder de Dios para modificar sus obras por medios tan sencillos como grande es su omnipotencia.

Conviniedo con vosotros en la imperfección de los sentidos humanos, y dispuesto á realizar á vuestra vista el perfeccionamiento de todos ellos, para que podáis disfrutar á vuestro antojo de la facultad de comprender y sentir hasta el último extremo las admirables bellezas de la creación, en cualquiera de sus formas, voy desde luego á concederos, según las solicitudes que en mi poder obran (y sacó unos cuantos pliegos que colocó sobre la mesa), las facultades que os convertirán, bajo el aspecto de los sentidos, en seres muy superiores á cuantos la creación encierra. Á los que desean la longebidad les concederé que vivan en la tierra miles de años, aunque sujetos siempre á las debilidades humanas. La vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto de los que deseen la perfección de estos órganos llegará á tal extremo, que los unos divisarán, al tender la vista por el espacio, las miriadas de soles á que no puede alcanzar

el mejor de los telescopios, y distinguirán en el mundo de lo infinitamente pequeño lo que se ha ocultado hasta ahora á la investigación de los microscopios más perfeccionados; el oído de otros percibirá hasta los sonidos más lejanos de las armonías de la creación; el olfato de los favorecidos en este órgano sentirá en él hasta los perfumes que las flores más distantes y diminutas exhalan en sus humildes fiestas nupciales, mientras los del paladar y los del tacto, llevados á igual extremo de perfección, experimentarán sensaciones infinitas, vedadas á los demás mortales, y adquirirán sobre la creación ideas tan completas como ningún otro sér haya adquirido hasta ahora.»

Terminada la oración, que fué escuchada por todos con religioso silencio, y aplaudida al final de una manera estrepitosa, fueron llamados á la plataforma, en que se hallaban San Pedro y los ángeles, los que habían presentado sus solicitudes, dando principio por los que aspiraban á ser eternos en la tierra, que eran un viejo casi decrepito y un joven enclenque, que, disfrutando ambos de buena posición social, querían conservarla á todo trance.

Siguieron á éstos un miope y un présbita, que deseaban dar á su vista todo el alcance imaginable; y después los que aspiraban á la perfección de los otros sentidos, subiendo todos sucesivamente á la plataforma, donde, arrodillándose ante el Apóstol, éste les impuso las manos sobre la cabeza, recitó con los ángeles una breve oración, y quedaron todos relativamente perfeccionados, según sus individuales aspiraciones.

Concluido el acto, San Pedro se retiró con sus acompañantes por la misma puerta que les había dado entrada, y empezó en el salón una escena que es menester capítulo aparte para describirla.

Capítulo XXXI.

De los efectos que produjo la perfección en los seres modificados.

En el momento de salir San Pedro con los ángeles, acudieron todos los concurrentes alrededor de los seres perfeccionados, para ver si los efectos correspondían á las esperanzas. Los que habían recibido la perfección de la vista permanecían como espantados, sin atreverse á caminar ni á moverse siquiera del sitio en que la modificación los había sorprendido. Siendo sus ojos á un mismo tiempo telescopios muy poderosos y microscopios que aumentaban los objetos en muchos millares de diámetros, y habiendo adquirido la facultad de ver al través de los cuerpos opacos, como si fueran transparen-

tes, cuando dirigieron la vista á la inmensidad del espacio, se espantaron de ver tan cerca de sí los globos de nuestro sistema solar; y no menos terror les produjeron las grandes constelaciones siderales girando en sus respectivas órbitas, y adquiriendo proporciones inconmensurables. Al mirar luego cerca de sí, vieron en el aire que les redeaba millones de millones de corpúsculos, ya animados por la fuerza animal ó vegetal, según su procedencia, con sus organismos perfectos y en disposición de desarrollarse tan pronto como se depositaran en un medio oportuno, ya despojos inertes de seres que habían disfrutado de la vida, ó masas minerales que, arrancadas en forma de polvo impalpable é invisible de las diferentes rocas que ocupan la superficie de la tierra, adquirían á su vista proporciones extraordinarias que les producían el mayor asombro (*a*).

Con el afán de impedir que penetraran en su boca, y de allí á sus pulmones, aquellas cantidades inmensas de materiales de los tres reinos, que ellos veían de tamaños colosales, cerraban los labios para impedir que entrasen por medio de la respiración; pero obligados por las necesidades de su organismo á ejer-

cer aquella función fisiológica, cerraban los ojos y dejaban entrar aquellas avalanchas de cuerpos de distintas formas, cuyo escarabajeo sentían en los bronquios, como si la magnitud aparente de todos ellos fuese real y efectiva.

Con estas penosas impresiones sintieron una especie de desvanecimiento, y cayeron los dos casi sin sentido. Inmediatamente acudieron los circunstantes á reanimarlos y les trajeron algunos vasos de agua con el objeto de hacerles beber para que volviesen en su acuerdo. Ya tenían cerca de sus labios el líquido bienhechor, cuando abrieron los ojos y retrocedieron con mayor espanto, diciendo:— ¡Apartad de aquí ese brebaje! ¿Cómo queréis que bebamos ese líquido inmundo, poblado de enormes serpientes, de horribles crustáceos y de otros animales de horribles formas, capaces de devorar nuestras entrañas?—Y volvían á cerrar los ojos ante el espectáculo de la vida múltiple, desarrollada en aquel elemento por millones de seres de ese mundo infinitamente pequeño, muchos de los cuales el ojo humano no podrá nunca descubrir, ni aun con la ayuda de los mejores aparatos ópticos (*b*).

Por fortuna no les llevaron nada de co-

mer, porque, en ese caso, les hubieran producido el mismo efecto los poderosos agentes de la fermentación, encargados de transformar las substancias elaboradas ó naturales, seres vivientes que en pocos momentos se reproducen de un modo prodigioso y en formas distintas, ya creando espesas selvas de hongos y otras plantas criptógamas, ya desarrollando extraños organismos, que en sus formas y en sus actitudes parecen más bien productos de una imaginación calenturienta, que el resultado de fuerzas ordenadas y de leyes físicas dadas por Dios á la materia.

Mientras esto pasaba con los de la vista perspicaz, los del oído perfeccionado sentían en sus tímpanos, al escuchar la voz de los que los rodeaban, como el rudo golpe de cien martillos golpeando á un tiempo sobre yunques sonoros y resistentes, ó como si disparasen á la vez horribles cañonazos de inmenso calibre; y los dos cayeron también aturdidos por aquel estruendo verdaderamente insoportable. Los del olfato, sin poder resistir las impresiones que les producía todo género de miasmas, al tocar su membrana pituitaria, se llevaron las manos á la nariz, tratando de evitar á todo trance aquellas inaguantables sensaciones.

Los del gusto sintieron en su paladar la acritud de sus propios jugos y de las materias externas, de que el aire se halla impregnado; y los del tacto, cuyas papilas nerviosas habían adquirido una sensibilidad extrema, sentían, al contacto de sus propios vestidos, como si les arañaran las carnes con garfios acerados y puntiagudos.

Entonces comprendieron la estupidez de sus exigencias para mejorar sus condiciones físicas, dado el medio en que habían de vivir, y corrieron como locos á la habitación del Abate, suplicándole que, por amor de Dios, los libertara de aquellas horribles *perfecciones*.

En cuanto á los que habían adquirido la facultad de vivir miles de años sobre la tierra, pensaron mejor en la suerte que les aguardaba, teniendo que sufrir, el uno la existencia de un sér débil y miserable, combatido por los dolores de una juventud decrepita, y sujeto el otro á la inmovilidad y á las amargas que le produciría muy pronto la osificación de los cartilagos, la inacción de los músculos y la dificultad de la circulación tan luego como los conductos, se fueran obstruyendo; porque las leyes físicas habrían de cumplirse con fatalidad inexorable, y sólo

la muerte es capaz de librar al hombre de las penalidades de la vida y proporcionarle el apetecido reposo.

Bajo esta dolorosa impresión unieron sus ruegos á los de los sentidos perfeccionados, y el Abate Simón Roca los recibió sonriente y les dijo: que estaba pronto á volverlos á su primitivo estado, pero con la condición de que firmasen todos un acta en que se retractasen de sus preocupaciones y confesasen paladinamente que reconocían en las obras de Dios todas las perfecciones compatibles con su manera de ser y con el destino para que habían sido creadas.

El acta se extendió inmediatamente, y, valiéndose el Apóstol de los mismos medios de la imposición de las manos sobre las cabezas de aquellos ilusos, éstos volvieron á recobrar sus condiciones naturales. San Pedro guardó cuidadosamente el acta para hacer de ella el uso oportuno, y los periódicos publicaron la noticia, á la cual algunos lectores dieron crédito, y otros la consideraron como una invención para divertir á las gentes.

Capítulo XXXII.

De cómo el Apóstol comienza á hacer sus preparativos para el regreso á la Corte Celestial, y de cómo obtuvo el dinero para sus gastos.

Ya el antiguo pescador había satisfecho en el mundo una de sus principales aspiraciones, que era el hacer confesar á los más obcecados la perfección relativa de todos los seres creados por la Divinidad, y especialmente el hombre, para llenar los fines á que su destino los llama, ejercitando su actividad en el medio ambiente que los rodea, sin tener en su organización un átomo de más ni de menos de lo que cada cual necesita para desempeñar su papel en el complicado é incomprendible mecanismo del Universo.

Sin separarse de Roma, había podido conocer el Apóstol, por las relaciones de

los periódicos de las naciones civilizadas, el estado lamentable de la humanidad, bajo el punto de vista de sus adelantos morales, que son los de mayor importancia, y había visto con dolor que cada día se apartaban más del camino del bien, por lo cual no extrañaba que fuesen tan pocas almas al cielo, y que el enemigo malo anduviese triunfante y orgulloso, arrancando á Dios el dominio eterno sobre sus principales criaturas.

Meditando en ésto, quizás por hallarse lejos del lugar en que los espíritus son casi impecables, le pasó por las mentes una idea que lo hizo estremecer, porque al fin era una especie de reproche á la Divina Majestad, cuyo poder veía como humillado ante la astucia del demonio. Y por más que el santo se arrepintiese de haber dado entrada en su imaginación á un pensamiento que en el orden moral equivalía al pretendido mejoramiento físico de las obras del Creador, no dejó de formularlo en éstos ó parecidos términos: «¿Qué necesidad tenía Dios de permitir que algunos ángeles hubieran sido accesibles á la soberbia y á la envidia? Si pecaron aquellos ángeles, ¿por qué, al arrojarlos del cielo, les concedió el poder de disputarle la pose-

sión de su obra predilecta, con la enorme ventaja de tener á su favor todas las pasiones, mientras que Dios se reservó sólo el dominio de la conciencia, que tan poco uso tiene ya entre los mortales? ¿No sabía Dios, por su presciencia, que el libre albedrío entre los hombres había de producir efectos tan desastrosos? Y, si lo sabía, ¿por qué consiente su voluntad que sea estéril hasta el cruento sacrificio del Hijo amado, del Divino Maestro, en la cumbre del Gólgota?»

Quizá San Pedro hubiera continuado en aquel trabajo psíquico si no hubiera sentido dentro de sí algo que le conmovió profundamente, como si una voz superior le dijera:— «¡Insensato, los juicios de Dios se respetan, pero no se discuten!»

El santo humilló la cabeza, se dió algunos golpes de pecho, hizo un acto de contrición y se prometió á sí mismo no volver á meterse en tantas honduras.

De buena gana hubiera vuelto á tomar en aquel acto el camino del Cielo; pero aún le faltaba por averiguar la situación de Astarot y Patetas; saber qué había de hacer de ellos al dejar este mundo, y conseguir, si le era posible, el pedazo de cuero de San Bartolomé,

la inuela de Santa Polonia, el contrato matrimonial de la Magdalena con los perfumes y los guantes color de lila, y la destrucción del proceso sustanciado en Jerusalém contra Dimas y Gestas, ya que el primero quería borrar las huellas de sus fechorías, para hombrarse en el Cielo con los santos de más limpios antecedentes, como las almas de los pecadores lo consiguen también á fuerza de indulgencias, misas, responsos y otros sufragios, piadosamente establecidos por la Iglesia en favor del que puede pagarlos en vida ó consigue que otros se los envíen después de la muerte.

—¡Con qué cara —dijo para sí— me presentaría yo á aquellos santos y santas sin llevarles sus respectivos encargos! Aunque ellos no se enfadaran mucho, lo que es ellas seguro estoy de que soltarían la lengua contra mí y serían capaces de desacreditarme en los círculos que más frecuentan, achacándolo á mi ineptitud, á mi desidia ó á mi impotencia, cuando no lo achacaran á mi falta de educación, que sería lo más probable.

Afortunadamente —continuó— ya el jesuita estará concluyendo las diligencias que le encomendé; y en cuanto á los diablos en-

carnados, pronto recibiré noticias por los ángeles de la Guarda más próximos, y no creo que á la llegada de los conductores á la patria celestial, y al dar cuenta en el Ministerio de estar cumplida en un todo la voluntad del Señor, tardará mucho el Arcángel en darme órdenes para lo que haya de hacer antes de mi partida.

Además, el santo necesitaba saber de dónde sacaría los fondos para pagar en el hotel los gastos de hospedaje; pues si bien con las monedas que recibió de sus compañeros en bienaventuranza, cuando le hicieron los encargos que el lector conoce, pagó los vestidos de los diablos y otros gastos menudos, la cuenta del hotel sería bien larga, y la del jesuita de seguro no sería corta.

En estas dudas resolvió poner un telegrama cifrado al jefe de su departamento; y como tenía en su propia habitación la extremidad del hilo conductor y los aparatos consiguientes para producir la corriente eléctrica, dirigió una comunicación en estos términos:

«A. M. D. G., Ministro Relaciones Exteriores.—Por olvido vñeme sin recursos. Necesito, para gastos hospedaje y demás que

se me han ocasionado, recibir fondos para quedar aquí como corresponde á mi clase. Provéanme, aunque sea por cuenta de mi sueldo, que no he cobrado hace años por el mal estado del Tesoro. ¿Qué hago de los diablos Astarot y Patetas? Deseo regresar pronto. No me olviden.—PEDRO, APÓSTOL.»

A poco de haber dirigido San Pedro la comunicación que antecede, sintió el tic tac del aparato, y recibió una contestación que decía:

«A. M. D. G. El Ministro al Representante del Gobierno Celestial en la Tierra.—Recibida su comunicación. Dirijase con copia del presente telegrama al palacio del Vaticano y reclame los fondos que necesite del *Dinero de San Pedro*, dejando en pago cuantas indulgencias plenarias le exijan en beneficio de los fieles.—GABRIEL, ARCÁNGEL.»

Rascóse el Apóstol la cabeza, como si aquello le contrariara; y no queriendo presentarse por sí mismo á reclamar los fondos que juzgó necesarios, ya que se había abstenido de darse á conocer, por no producir algún

disgusto, sacó una copia del telegrama, puso un recibo de mil libras esterlinas, pagaderas en el acto al portador del documento, y envió con él á Celestino á la tesorería del Papa. Entretanto aguardó lleno de dudas la vuelta del angel, diciendo para sí:

—Quizás no me equivoque. En el Cielo están muy ajenos de lo que pasa en la Tierra, y no saben que los gastos del personal son aquí enormes; cada uno de los que representan ó dicen representar al que nada poseyó en el mundo, siendo el Señor de todo lo creado; al que no tuvo siquiera donde reclinar la cabeza, necesita rentas cuantiosas para sostener el lujo y el boato de un príncipe, que es el título con que su humildad se engalana.

Como á la hora de haber salido Celestino, se presentó éste en el hotel con las manos vacías y el rostro macilento.

—¿Qué ocurre?—le preguntó el Apóstol al verlo entrar de aquella manera.

—¡Qué ha de ocurrir!—contestó el angel—que al llegar á las oficinas de la Tesorería, donde había un infinito número de empleados, presenté los documentos que llevaba, y los pasaron de mesa en mesa, mirándose con asombro unos á otros y dirigién-

dome unas miradas que, á ser yo un hombre, me hubieran causado miedo. Después me hicieron esperar; entraron con los papeles en diferentes departamentos, y en todas partes se producían el mismo alboroto y el mismo escándalo. Por último, salió un señor de muy mala cara, y me dijo con peores modos: **Diga usted á quien le ha entregado estos papeles** que no hay nada que acredite su autenticidad; que hace mucho tiempo que no recibimos comunicaciones directas de allá arriba, por lo cual tenemos que inventarlas A. M. D. G. Que, por consiguiente, guarde sus documentos, que juzgamos apócrifos, y agradezca que carecemos de autoridad propia para hacernos justicia por nuestra mano, y no damos cuenta á la justicia laica, porque no nos fiamos de ella.

San Pedro, lleno de santa cólera y de indignación beatífica, dirigió inmediatamente otro telegrama al Ministro, el cual fué contestado en el acto en estos términos:

«Vuelva á presentar recibo con protesta de que, si no se satisface sin dilación, se les darán pruebas de la autenticidad de la orden: se pondrá de manifiesto ante los fieles que

aquí nada llega de lo que en nuestro nombre se recauda y se les retirará el poder de sacar del Purgatorio las ánimas benditas, con las cuales no se guardan hoy todas las consideraciones que ellas merecen. Por el pronto allá va un pequeño aviso.»

Al oír ésto, San Pedro sintió, y se sintió en Roma, una especie de terremoto, á cuya trepidación las campanas se tocaron por sí solas; la atmósfera se cubrió de una densísima nube, que empezó á despedir exhalaciones eléctricas sin respetar los pararrayos; y todos los que habían tenido en sus manos los documentos que presentó el angel Celestino, se sintieron presa de una convulsión de nervios, que les hizo temer por su vida, y escucharon una voz misteriosa que les decía: «Así castiga Dios á los que no obedecen sus mandatos. Este es el principio de su verganza.»

En aquellos momentos de tribulación, volvió á presentarse el angel en las oficinas recaudadoras, y, sin detenerlo un sólo instante, le fueron entregadas las mil libras esterlinas que solicitaba, y se le manifestó que le quedaba crédito abierto para todo lo demás que necesitase.

Pasado aquel fenómeno meteorológico, que pocos supieron de dónde procedía, se aquietaron los ánimos de los que temieron perderlo todo, y al día siguiente los periódicos dieron cuenta detallada de los estragos de la tempestad, y los pormenores del movimiento seísmico que en tanto riesgo puso á la ciudad eterna.

Capítulo XXXIII.

Donde se ve que, si hay mujeres que con sus caprichos condenan, hay otras que con su amor redimen y salvan.

Cada vez eran más vehementes los deseos que el viejo portero sentía de volver á ocupar su puesto á la entrada de la Gloria.

El destino aquel, tan sosegado de suyo, que merecía tantas consideraciones de toda la Corte Celestial, y hasta del mismo Padre Eterno, que, como hemos visto, se dignaba alguna vez visitarlo; que, además de eso, proporcionaba un sueldo no despreciable, por más que no ofreciera, por otros medios ilícitos, los provechos de que hablaba la hermosa Judit en su tertulia de confianza (según refería San Simplicio), envidiosa quizás, ó despreciando, mejor dicho, la cuchillada de

Pedro á Malco, que, comparada con la suya á Holofernes, no fué, en realidad, sino un miserable rasguño; lisonjeado, por otra parte, su amor propio con haber dado á los hombres una lección severa en cuanto á sus locas utopias de mejoramiento de la especie humana, y satisfecha su curiosidad sobre el estado de la civilización moderna, cada vez más apartada del espíritu del Evangelio y sometida más ciegamente á los siete pecados capitales, no merecía la pena de que permaneciese más tiempo entre los hombres, viendo con horror y con lástima lo inútil del sacrificio de la redención y de la sangre vertida en el Calvario.

Las noticias que de cuando en cuando iba recibiendo sobre la desesperación de Astarot, por no poder dominar á su mujer, y de las penas amargas de María, cada vez más atormentada por Patetas, le hacían prever en ambos matrimonios un desenlace próximo y desgraciado. Por lo que hace al jesuita, la última carta que de él había recibido, fechada en Jerusalén, le daba algunas esperanzas respecto al proceso de San Dimas; pero el acta del contrato matrimonial de la Magdalena le parecía muy difícil encontrarla.

En medio de estas perplejidades, y cuando menos lo podía esperar, entró el angel Celestino á anunciarle la visita de un caballero.

—¿Quién es—le preguntó San Pedro—y qué es lo que solicita?

—Si mi memoria no me es infiel—contestó el angel—es uno de los dos diablos remitidos á Vuestra Santidad para someterlos á la pena conocida aquí con el nombre de matrimonio.

—¿Cuál de los dos?—volvió á preguntar el Apóstol sobresaltado.

—Me parece que es—respondió Celestino—el que se casó con la inglesa. Viene muy bien portado y trae todos los humos....

—¿Humos?

—Eso que llaman aquí humos de la aristocracia.

—Pues díle que entre, y veremos lo que se le ocurre.

Dicho ésto salió el angel á transmitir la orden, y á poco se presentó Astarot bufando de coraje y echando chispas por los ojos.

—¿Qué se te ofrece?—le dijo San Pedro, tomando una actitud severa.

—Se me ofrece—contestó el interpelado

—que no creí nunca que el castigo á que me han sometido fuera tan despiadado y cruel, ni que se abusara de ese modo de la ley del vencedor, faltando á toda equidad y á toda justicia. Yo, en mi condición de diablo, sufría sin quejarme las horribles penas del infierno, que llegaron á hacérseme llevaderas, devolviendo mal por mal, al vengarme del Tirano en sus predilectas criaturas. Por mucho tiempo creí que las amargas de mi situación, aun siendo inextinguibles, eran hasta cierto punto merecidas, y no sospeché nunca que pudiera haber otras mayores; pero al ser luego encarnado; al unirme con una mujer que, por sus condiciones de carácter, por sus instintos de dominación, por su ingenio sutil para inventar cada día un nuevo tormento, supera en mucho á las más diabólicas naturalezas; veo con horror el porvenir que me aguarda, y prefiero los mayores suplicios de los condenados á vivir más tiempo en su compañía. Aniquiladme, si os parece; volvedme á la condición del último de los diablos; hacedme echar en las calderas más inflamadas de Pedro Botero (y perdonad la semejanza del nombre), pero libradme de esa mujer que ni el mismo diablo puede aguantarla. Y si ha-

béis de librarme, libradme pronto, porque creo que viene en mi seguimiento, y si ella se presenta aquí, no respondo de lo que pueda hacer, sin respetar vuestra presencia y contraviniendo á las órdenes que se me han dado de sufrir sus impertinencias sin estrangularla.

—¿Y no será tuya la culpa?

—No, señor; mi naturaleza humana me inclinó en un principio á ser tolerante con ella; quise con buenos modos hacerla entrar en razón y ser menos exigente; pero cuanto más dócil y sumiso procuraba yo ser, más aviesa é indómita la encontraba. Quizás, si ella hubiera observado conmigo otra conducta, mi espíritu infernal se hubiera modificado, y mi vida terrestre hubiera podido tener un fin menos desastroso; pero me pasó lo que á muchos hombres: quise vivir con lujo y con boato, sin reparar en los medios, y ahora veo las consecuencias, cuando por mi desgracia son ya inevitables. La única esperanza que me resta es que sus días terminen pronto, y me sea permitido volver á mi antigua condición, para apoderarme de su alma y sepultarla conmigo en los profundos infiernos, donde le haré sufrir por una eternidad

las penas horribles que ella me ha ocasionado en este mundo.

Al decir ésto, se oyó una voz de mujer que llamaba á Astarot con insistencia.

—¡Es mi mujer que me busca!—exclamó Astarot fuera de sí; y sin aguardar más, se arrojó por un balcón á la calle y salió huyendo de Roma.

Pocos minutos después le fué anunciada á San Pedro otra visita.

—¿Quién es?—preguntó al angel.

—Es el otro diablo encarnado—contestó Celestino—y viene con una mujer joven y hermosa.

—Que entren.

Y saliendo el angel, se presentaron ante el Apóstol Patetaski y María, modestamente vestidos.

Desde luego llamó la atención de San Pedro la humildad que revelaba el rostro de Patetas, que apareció con los ojos bajos, la frente inclinada y en actitud temerosa, como la del reo convicto ante el magistrado que ha de juzgarlo.

—Habla—le dijo el Apóstol—y dí lo que quieres.

—Señor—respondió Patetas con voz en-

trecortada por suspiros profundos.—Yo, al encarnarme para sufrir el castigo que me fué impuesto, elegí esta mujer humilde y pobre y la atormenté con todo género de iniquidades; ella sufrió resignada y tranquila, sin quejarse de su suerte y empleando á todas horas la persuasión y el ruego para hacerme comprender mi error, modificar mi condición perversa y acarrearne al buen camino. Lo que yo tenía de diablo se revelaba dentro de mí y me impulsaba á ser cada día más cruel con mi desgraciada compañera; pero á veces lo que tenía de sér humano hacía callar á mi espíritu y me mostraba otros horizontes; recuerdos tal vez de una felicidad gozada, antes de que la envidia y la soberbia me hubiesen hecho perder mi condición de angel. Un día.... entré en mi casa con ánimo de atormentar más y más á esta pobre mártir, y al oír su voz, me detuve en el umbral de la puerta; tendí la vista y la observé que, arrodillada ante la Madre de Dios, le decía con lágrimas en los ojos: «Interceded, Señora, con vuestro Santísimo Hijo para que lo perdone y lo salve. Yo sufriré cuantas penas puede sufrir una criatura por la redención de mi esposo; lo amo con todo mi corazón y

lo compadezco con toda mi alma. Si el amor al hombre hizo á Dios espirar en un madero; si vuestro amor purísimo os constituye en medianera de los desdichados, aceptad, Señora, este amor mío, estas lágrimas que derramo, como una débil ofrenda por su salvación, y añadid de vuestros propios méritos lo necesario para que Dios me oiga y me conceda el perdón que para él imploro!

Aquí se detuvo un momento para exhalar algunos sollozos, y luego continuó:

—A pesar de mi convencimiento de estar condenado á pena eterna, los ruegos y el llanto de mi pobre mujer me conmovieron de tal modo, que caí junto á ella arrodillado é imploré también el perdón divino.

—Vos, señor—continuó dirigiéndose con María á San Pedro, arrodillándose ambos á sus pies y humedeciendo con sus lágrimas las manos que el Santo Apóstol les tendía—vos, señor, cuya naturaleza y cuyo poder conozco; vos, que podéis atar y desatar en la Tierra á vuestra voluntad, para que Dios lo dé por atado ó desatado en el Cielo, concededme el perdón en nombre del Altísimo para que me vuelva á su divina gracia. No aspiro ya á la condición de angel que antes

tuve sin merecerlo, sino á la condición de alma redimida por el amor, y á vivir en la eternidad sin separarme de la que obtuvo mi redención sufriendo y orando.

San Pedro se concentró en sí mismo; elevó luego los ojos al Cielo, y, colocando las manos sobre la cabeza de Patetas y de María, pronunció las palabras de la absolución, que el Eterno Padre confirmó lleno de complacencia desde su excelso trono, mandando hacer demostraciones de júbilo á todos los habitantes de la Gloria.

Capítulo XXXIV.

Donde San Pedro recibe las últimas noticias sobre los encargos que algunos santos y santas le habian hecho á su salida para la Tierra.

Como el jesuita tardaba en llegar, y San Pedro sentía cada vez mayor comezón por dejar este mundo, rogó al angel Custodio que moraba en su compañía, que llevase, con la rapidez propia de sus alas de ángel, una carta, en la cual daba al jesuita la orden expresa de regresar inmediatamente con los documentos y objetos deseados, ó sin ellos; porque él estaba resuelto á emprender su viaje lo más pronto posible, y no quería detenerse más por causa de los encargos, que, por muy importantes que fueran, nunca lo eran tanto como su regreso á la patria celestial, donde hacía mucha falta.

En cuanto á Celestino, no quería separarle de sí, porque le hacía mucha falta para ir poniendo en orden todos sus apuntes y coleccionando el inmenso fárrago de periódicos que tenía reunidos, para acreditar allá el lamentable estado de la familia humana, cada vez más descreída, más encenagada en los vicios y más dispuesta á perder el alma y los goces celestiales por el más pequeño de los placeres mundanos.

El ángel Custodio se partió inmediatamente para Jerusalém, donde el jesuita se encontraba, y puso en sus manos la carta del Apóstol en que se le mandaba volver á Roma.

Él, por su parte, regresó también inmediatamente, evacuada su comisión, para ayudar al otro ángel en su penosa tarea, pues tenía resuelto, con anuencia del Apóstol, acompañarlos en su viaje, en unión de otros compañeros, que también habían obtenido licencia temporal para trasladarse á la mansión de los bienaventurados.

A los pocos días llegó el jesuita á Roma, y presentándose á San Pedro, le dijo:

—Encargado por Vuestra Santidad de la misión difficilísima que me fué confiada, y

después de adquirir algunos datos en los archivos de la Compañía, para ir á tiro hecho á donde pudiera encontrar lo que se buscaba, me ocupé primeramente en lo de la muela de Santa Polonia; pero, á pesar de las muchas que fueron inutilizadas en tiempo del gran Sixto V, como reliquias apócrifas, me he encontrado hoy con que existen, consagradas por la devoción de los fieles como objetos dignos de culto, cantidades prodigiosas de los mismos huesos dentarios, atribuidos á la santa, que aunque hubiese dispuesto de mandíbulas de un kilómetro de extensión, le hubiera sido imposible colocarlas todas. Para arreglar el siniestro, y con el fin de que la santa no permanezca con ese hueso menos, tan necesario á la masticación, consulté con un dentista norteamericano sobre el modo más fácil de encubrir la falta, y le compré una muela artificial, y un poco de pasta, para aumentar su volúmen en caso necesario, á fin de que llene cumplidamente la cavidad, quedando muy bien adherida y sin movimiento, porque la pasta se petrifica poco después de su colocación y permanece inalterable. Estoy seguro de que Santa Polonia no echará de menos la muela natural; y

en no confiando á nadie el secreto de su adquisición, ninguna de sus amigas podrá echarle en cara si tiene ó nó algo postizo en su dentadura.

Por lo que hace al pedazo de cuero de San Bartolomé, lo he buscado con la mayor insistencia, y resulta que el cuero auténtico fué roído hace muchos años por la polilla, bicho destructor que, careciendo de creencias religiosas, no tiene respeto alguno por las cosas sagradas, y destruye las santas reliquias como si fueran objetos viles destinados á satisfacer su voracidad insaciable. Para remediar el mal he comprado también un específico que Su Santidad puede llevarle, en la convicción de que, á las pocas unturas, la piel quedará completamente restablecida, según el anuncio de su inventor, que es un médico muy acreditado, individuo de todas las Academias y Corporaciones médico científicas del globo.

El contrato matrimonial de Santa María Magdalena no parece ya por el mundo entero. La población de Magdala, un día floreciente, se halla hoy reducida á un informe montón de ruinas y escombros, y sus archivos no han podido salvarse de la destrucción

que ha alcanzado á sus edificios. Ocúrreme, sin embargo, un medio para que la santa quede perfectamente rehabilitada entre la sociedad, que al parecer la desdenna, y es que la coloquen allá en un buen puesto, donde pueda ostentar el favor de las más elevadas clases sociales, y es seguro que entonces el desdén se convertirá en simpatía y la frialdad en respeto.

Réstame sólo dar cuenta á Vuestra Santidad del asunto de San Dimas, que, con razón, desea ocultar á los demás su origen poco honroso, por más que, al merecer la honra de morir crucificado cerca de Nuestro Divino Redentor, y arrepentido de sus maldades, sus culpas quedaron lavadas, y subió con Él á las alturas. A pesar de eso, la memoria de sus latrocinios, anteriores á su conversión, va siempre unida á su nombre, y él desea borrar, ó atenuar al menos, lo afrentoso de esa memoria, lo cual me parece muy fácil. Para conseguirlo, he hecho levantar un acta, que entregaré á Vuestra Santidad, en la cual consta que no fué un ladrón adocenado, sino un hombre de inteligencia y de mérito que, en vez de robar á los particulares, se dedicó exclusivamente á sus-

traer é *irregularizar* los caudales públicos; lo cual, si entre los hombres es digno de premio y acarrea todo género de consideraciones, los santos no podrán menos de tenerlo en cuenta, por más que un gobierno imbécil, como era entonces el de Jerusalén, hubiese cometido la insigne torpeza de condenarlo á muerte como al más indigno de los criminales.

San Pedro, aunque no quedó muy convencido por las palabras del jesuita, como todo aquello le proporcionaba un medio para disculparse con los que le habían hecho los encargos, por no haberlo podido hacer con mayor eficacia, se dió por satisfecho; abonó sus honorarios al hijo de Loyola y mandó activar los trabajos que los ángeles ejecutaban, para volver á la morada celestial con la mayor premura.

Capítulo XXXV.

De cómo San Pedro, terminadas sus ocupaciones en la Tierra, se volvió á los Cielos.

El ángel Custodio, que era un excelente pendolista y que se había acostumbrado á dar forma á sus pensamientos al escribir sus Memorias, fué, con ayuda de su compañero Celestino, entresacando de los periódicos cuantas noticias podían contribuir á dar una idea del estado social, moral, político y religioso de la especie humana; y con todos aquellos elementos formó una especie de cuadro sinóptico en que resaltaba á primera vista la depravación de los hombres; y eso que sólo constaban allí los crímenes, delitos y faltas que salen á la superficie y se hacen del dominio público, los cuales constitu-

yen un número muy pequeño, en comparación de los muchos que se cometen de una manera oculta y quedan para siempre ignorados.

Al presentar al Apóstol aquel documento perfectamente meditado y escrito, el santo se llenó de satisfacción y dió las gracias á los dos ángeles, manifestándoles su extremada complacencia y prometiéndoles que haría valer aquel trabajo ante el trono del Altísimo, el cual, en su soberana y recta justicia, les concedería un ascenso en su carrera y los relevaría de volver al globo sublunar á sufrir nuevas penas y contrariedades en la difícil custodia de las almas.

San Pedro anunció por telégrafo su salida inmediata; arregló sus paquetes en dos envoltorios, para que los ángeles pudieran con más comodidad llevarlos á la espalda, sin que les molestasen al batir las alas en el espacio; avisó á Patetas y á María para que viniesen á reunírseles en la mañana siguiente, que debía empezar la jornada; pagó con esplendidez al hostelero la cuenta de gastos, que no fué muy pequeña, y el resto lo distribuyó entre los pobres, en la seguridad de que nada necesitaba para el camino,

y que, en llegando arriba, tenía sobrados recursos con los ahorros de su sueldo.

Á la mañana siguiente salieron los cinco viajeros de la ciudad y se encaminaron á un montecillo, en el cual San Pedro hizo desnudar al matrimonio feliz, no sólo de los vestidos, sino de la carne humana; y vistiendo sus espíritus con la túnica celestial de los elegidos de Dios, hicieron todos la señal de la cruz, y á la voz del Apóstol empezaron á elevarse y atravesar el espacio con una celeridad mucho mayor que la del globo henchido de hidrógeno que sube á nivelarse en los aires con la capa de su misma gravedad específica.

Al salir de la atmósfera de la tierra, su rapidez era tanta, que, en comparación de ella, los astros que giran en sus órbitas, la chispa eléctrica, lanzada por el alambre conductor, y hasta el movimiento de la luz eran la lentitud personificada. Baste decir que, á pesar de la enorme distancia á que se halla de nosotros el Cielo Empíreo (tan enorme que el hombre no ha tratado siquiera de averiguarlo, ni Dios se ha dignado hacernos sobre ello revelación alguna), en la tarde del día en que abandonaron la tierra vislumbra-

ron ya el gran reino de Dios, y antes de oscurecer llegaban á sus puertas.

Tan pronto como se acercaron, sintieron ya el repique de las campanas; vistosos bólidos inflamados, con luces de diversos colores, cruzaban el espacio á guisa de cohetes, y reventaban en él, produciendo sonoros chasquidos; los resplandores de la luz eléctrica se reflejaban sobre la ciudad como si en ella hubiese un incendio formidable, y las músicas angélicas llenaban el espacio con sus melodiosas armonías.

Al llegar al vestíbulo ó salón de espera que, como nuestros lectores ya saben, precede á la portería de la Gloria, los ángeles que guardaban la entrada formáronse en dos filas, con su jefe á la cabeza, batieron marcha de honor y presentaron las armas á los recién llegados. San Pedro saludó cortés y militarmente á aquellos dignos veteranos, y al pasar por su antigua habitación no pudo menos de enternecerse, oyendo el canto de su gallo, que lo conoció al instante y comenzó á aletear de alegría.

El Apóstol no se atrevió á detenerse á contestar con un halago siquiera á aquel cariñoso saludo, porque su deber le mandaba ir

inmediatamente á palacio á postrarse á los pies de Su Divina Majestad, á presentarle sus compañeros y á rendirle el debido homenaje.

Cuando atravesó el dintel de la puerta interior no pudo menos de causarle asombro el ver la multitud inmensa de bienaventurados de ambos sexos que llenaban la calle y le vitoreaban con entusiasmo.

El viejo portero contestaba á todos, al pasar, con sonrisas benévolas y saludos de mano, y los dos ángeles, con sus envoltorios acuestas, saludaban también, al pasar, á sus conocidos y amigos. Patetas, que ya había cambiado su nombre por el de Liberato, y á quien conocían todos los ángeles como antiguo compañero, recibía por todas partes muestras de grata satisfacción, como el cautivo libre de sus cadenas es recibido en el paterno hogar con afectuoso regocijo. En cuanto á María, para quien todo aquello era nuevo, iba como alelada, cogida de la mano de su esposo y llena de satisfacción; al saborear el fruto de sus virtudes en aquella felicidad ya interminable.

Al llegar á la morada del Altísimo, cuyas grandezas y maravillas no tienen explicación

en la lengua humana, el arcángel San Miguel salió á recibirlos en nombre del Padre Eterno y los condujo hasta las gradas de su trono. En él se hallaban, sobre una nube de vivísimos resplandores, las tres Personas de la Santísima Trinidad; un escalón más abajo la Madre de Dios, su digno Esposo el Patriarca San José y demás miembros de la Sacra Familia; descendiendo otro escalón más, ocupaban vistosos escaños los santos que componían el Ministerio Celestial con el arcángel San Gabriel, presidente del Consejo, á la cabeza; después, en una ancha plataforma, las principales potestades; y el resto del salón lo llenaban ángeles y arcángeles, serafines y querubines, apóstoles y profetas, patriarcas de la Antigua Ley, santos y santas de la Nueva; y, por no haber podido penetrar en el recinto, á pesar de su inmensa anchura, se agitaban en la calle, y alrededor del palacio de la Divina Majestad, los bienaventurados de menor cuantía; porque en todas partes las clases inferiores tienen poco contacto con los poderosos.

Cuando San Pedro llegó á los piés del Altísimo, dejando á honesta distancia á sus acompañantes, dobló ambas rodillas, cruzó

los brazos sobre el pecho é inclinó la cabeza casi hasta tocar el suelo con la frente. El Señor le mandó levantar con tono grave, aunque siempre bondadoso; ordenó retirar después la concurrencia y que quedase solo el Consejo de Ministros con la Santísima Trinidad, la Sacra Familia y el recién llegado Portero, para que éste explicase ante ellos, con la reserva debida, los pormenores de su viaje.

San Miguel designó una escolta de serafines para que despejase el local, y todos fueron saliendo con el mayor orden, hasta quedar solos los personajes que el Padre Eterno había indicado.

Capítulo XXXVI.

Del carácter que tuvo la audiencia de recepción del Apóstol y de lo que resolvió la Santísima Trinidad sobre la suerte futura de los hombres.

Después del ruido que naturalmente produce al moverse una multitud considerable, reinó un silencio profundo, y el Padre Eterno mandó entonces al Apóstol viajero que manifestase los pormenores de su excursión y el juicio que había formado sobre la especie humana en el tiempo de su visita.

San Pedro que, para proceder con orden, llevaba un ligero apunte de las materias que había de tratar, á fin de que no se le olvidara ningún detalle, lo sacó del bolsillo de su túnica, leyó los primeros renglones, y empezó su peroración de esta manera:

—Soberano Señor de todo lo creado;

Trinidad Santísima, compuesta de un solo Dios, aunque comprende tres distintas Personas; Purísima María, Virgen y Madre del Redentor; Patriarca José, que del taller humilde del carpintero te elevaste por tus virtudes al puesto envidiable de padre putativo ú honorífico del Redentor, mi Divino Maestro; Arcángeles y Santos que componéis el ilustrado y sabio Gobierno de la Jerusalém Celestial: escuchadme con benevolencia. (*Profunda atención.*) Desde hace mucho tiempo, en mi calidad de portero de estas mansiones, venía yo observando las pocas almas que acudían á disfrutar de la bienaventuranza eterna, señal infalible de que el sacrificio de Jesús no había surtido en el mundo todos los efectos que de aquel acto se aguardaban. Sabía yo también, por algunas almas recién llegadas del Purgatorio, que allí eran cada día los ingresos más escasos, y que la corriente de emigración, causada por el término natural de la vida, se encaminaba toda á los dominios de Luzbel, enemigo de Dios y de los hombres. Con el deseo de investigar por mis propios ojos la desventurada situación de la Tierra, y de dar alguna lección á los miserables y presuntuosos seres que la habitan,

para demostrarles su ridícula vanidad y humillar su infundado orgullo y su escandalosa soberbia, haciéndoles pensar en la grandeza de Dios y en la ingratitud con que pagan sus inmensos é inmerecidos favores, solicité del Eterno Padre licencia para bajar por algún tiempo á aquel hormiguero alborotado, como con justísima razón se le llama; y una vez concedida, me trasladé allá con un solo angel por compañero, y me establecí en la ciudad de Roma, en donde dejé mi primera envoltura carnal, cuando fuí llamado á este paraíso. Mi intención era recorrer todos los países de aquel globo, principalmente los que se tienen por más civilizados; pero me lo impidieron dos causas muy poderosas: la primera, que para conocer ese mundo no se necesita ya más que leer con atención los periódicos que en él se publican, porque en ellos están como estereotipados sus sentimientos y sus ideas, sus aspiraciones, sus instintos, sus vanidades y sus depravaciones; la segunda fué, que los acontecimientos ocurridos en esta patria celestial, á consecuencia de haberse introducido furtivamente dos malos espíritus á conspirar contra el Divino poder, hicieron necesaria mi intervención en

el castigo de aquella rebeldía, á la cual se debe, por la Divina Misericordia, uno de los actos más importantes de la benevolencia del Altísimo, que es el arrepentimiento y perdón de uno de los ángeles caídos con Luzbel en el fondo de las tinieblas; rehabilitación que, una vez conocida por los espíritus infernales, tal vez logre hacer entre ellos muchos prosélitos; y ya libre la humanidad de sus continuas tentaciones, se aparte del camino de perdición por donde hoy corre extraviada. La doctrina y el ejemplo que Nuestro Divino Redentor dejó en la Tierra como semilla santa para producir el bien, se ha perdido completamente entre la zizania que la ahoga y la ingratitud que la esteriliza. Allí no hay ya más Dios que el dinero, ante el cual sacrifican los hombres su vida y su honra, sus creencias y sus esperanzas; la vanidad, el lujo y el desenfreno arrastran en su vertiginosa carrera todas las clases de la sociedad hacia el abismo de todas las ruinas. En vez de venerar el nombre de Dios y de Su Santísima Madre, por donde quiera se le escarnece y hasta se le maldice, oyéndose con horror las más horribles blasfemias, pronunciadas hasta por los labios del niño, antes inocente, y hoy

entregado, como sus padres, á las costumbres más depravadas y á los instintos de la bestia. La religión, con muy raras excepciones, no es más que un medio de lucro para vivir en la molicie; el guerrero no piensa ya en la salvación de la patria ni en el honor de los laureles, sino en el dinero que le ha de proporcionar la sangre vertida por sus hermanos. La esclavitud del hombre por el hombre, abolida por Dios, al querer que todos se amaran como hermanos, aunque hoy no se manifiesta con los mismos caracteres que en los tiempos de la Roma imperial, se ejerce de la misma manera, y acaso con crueldad mayor, sobre los desvalidos, por los poseedores de la riqueza, dedicados á consumir en locas orgías lo que otros producen con su ímprobo trabajo. Aquí traigo, Señor, los documentos que acreditan el estado miserable de la humanidad, y ellos ratificarán mis asertos para no hacer este discurso interminable. En el estado en que están las cosas, creo que si Vos, Padre Celestial, no os dirijís á la Tierra; si con Vuestro inmenso poder y sabiduría no ponéis á raya aquellos desmanes escandalosos; si no operáis otra redención, el hombre está perdido para siempre. He dicho.

El Padre Eterno, que había escuchado con mucha atención las palabras del Apóstol, frunció sus divinos labios con cierto desdén, movió pausadamente la cabeza, y dijo:

—Bien comprendo que la cosa ande allí tan embrollada como me dices; pero cuando los favores del Paraíso terrenal fueron tan poco agradecidos; cuando el diluvio de Noé fué tan pronto olvidado; cuando en las barbas de Moisés se pusieron á adorar al becerro de oro; cuando el pueblo escogido por Mí como el mejor de la especie sacrificó á mi Hijo, que se resolvió á morir por los pecadores, ¿qué se puede esperar de la raza humana? Bien hice Yo en arrepentirme de su hechura, á poco de haberles dado el sér; pero hubo quien intercediera por ellos, y cedí, con la esperanza de que mejorasen de conducta; pero ya que no lo hacen, por lo que á Mí toca, no bajaré entre ellos; primero, porque estoy ya cansado, y mi edad no es propia para andar buscando aventuras; y segundo, porque tengo que atender á infinitas creaciones mucho más importantes, y no quiero que otra distracción, como la que tuve por causa de ellos, cuando se me reventó el hermoso planeta del sistema solar, que flota

ba entre Júpiter y Marte, y cuyos restos ocupan aún aquel anchuroso espacio; no quiero, repito, que me vuelva á suceder otro caso igual, por atender á aquellos miserables pigmeos. Si el Espíritu Santo quiere ir.... que vaya en buen hora.

—¿Yo?—dijo el Espíritu Santo batiendo con rapidez las alas.—¡Cualquier día voy yo á exponerme entre aquella canalla!... ¡Y así que no hay escopetas para que, en viéndome en forma de paloma!... Nada, nada; el que la armó que la desarme. Si Jesusito, que los ama tanto, quiere volver á probar fortuna y á rectificar su redención, que vuelva á la Tierra; lo que es yo, abrenuncio.

Ya el Verbo Divino iba á contestar, cuando su Santísima Madre se le adelantó, y, sin pedir la palabra, exclamó llena de angustias:

—¡De ninguna manera, Hijo mío; de ninguna manera quiero que te expongas á sufrir otra vez los horribles martirios que te hicieron pasar aquellos desalmados! ¡Aún tengo en mi corazón los acerbos dolores, clavados como agudos puñales; y los conservaré eternamente!

—Tiene razón María—dijo San José

á media voz, enjugándose una lágrima.

El Verbo entonces exclamó:

—No llores, Madre mía, que si mi Eterno Padre y el Espíritu Santo tienen razones más que sobradas para no bajar á la Tierra á verificar una nueva redención de aquellos pertinaces pecadores, Yo las tengo también, y no muy flojas, para no exponerme de nuevo á verter mi sangre por quien tan poco la merece. Allí les quedó, como Pedro ha dicho muy bien, la semilla de mi doctrina y de mi ejemplo. Si saben aprovecharla, como espero que lo harán algún día, cuando salgan de ese periodo de loca ebullición en que se encuentran; cuando la Fé, la Esperanza y la Caridad dirijan sus actos, y no la ambición, la vanidad y el orgullo, con su séquito de malas pasiones, ellos volverán los ojos hacia aquí y ganarán por su propio esfuerzo la eterna felicidad que á nuestro lado les espera. Si no lo hacen, que á nadie se quejen de las consecuencias de su propia culpa.

Y dicho esto, el Eterno Padre levantó la sesión; San Pedro entregó sus documentos y corrió á encargarse de la portería, mientras los ángeles que lo acompañaron tomaban

parte, con Liberato y su compañera, en la alegría bulliciosa de la Jerusalém Celestial, que por tres días estuvo de fiesta y de gala.

FIN



Índice

de las materias contenidas en este libro.

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	5
CAPITULO I.—Donde se refiere el interesante monólogo que hizo el señor San Pedro, sentado en su portería. . . .	7
CAP. II.—De la conversación que hubo entre el Padre Eterno y el Príncipe de los apóstoles.	14
CAP. III.—De cómo el Apóstol fué autorizado por el Creador para bajar á la Tierra, y de la ratificación del poder para <i>atar</i> y <i>desatar</i> que el Redentor le había conferido.	21
CAP. IV.—Que trata de la toma de posesión por San Simplicio, de la portería del Cielo, y de los preparativos del Apóstol para su bajada á la Tierra.	27

CAP. V. —De la sensación que produjo en el Cielo el cambio de personas, no esperado, con otros sucesos muy importantes.	39
CAP. VI. —Del carácter que fué tomando aquella manifestación pública; de cómo se fueron con la música á otra parte; de los discursos que se pronunciaron, y de las sospechas que empezó á concebir la policía.	47
CAP. VII. —De cómo San Pedro comenzó á hacer visitas de despedida, y de la multitud de encargos que varios santos y santas le hicieron.	59
CAP. VIII. —De la ojeada rápida que San Pedro y el Angel echaron sobre el sistema solar, desde un balcón del Cielo, antes de bajar á la Tierra.	72
CAP. IX. —De cómo San Pedro se metió á filosofar, apenas llegó á este mundo.	83
CAP. X. —Donde se revela un proyecto infernal de los ángeles caídos.	94
CAP. XI. —De los nombres que San Pedro y el Angel tomaron en la Tierra, sin faltar á la verdad; de la primera comunicación telegráfica, interrumpida por un fraile, y de las lecciones que el Apóstol empezó á dar á su discípulo.	107
CAP. XII. —De cómo en el Cielo continuaron rumores alarmantes. Carta de Asta-	

rot á Luzbel. Convoca éste á su pueblo para entusiasmarlo, y con un discurso de Belial le sale el tiro por la culata.	121
CAP. XIII.—Donde se refieren las trazas de que se valieron los diablos para entrar en el Cielo.	132
CAP. XIV.—Donde el angel se impone en los acontecimientos más importantes de la humanidad, desde su origen hasta la dispersión de los hijos y nietos del primer arquitecto naval que hubo en el mundo.	144
CAP. XV.—Donde se refiere el gran incremento que tuvo la revolución infernal, y el extraño giro que fué tomando.	155
CAP. XVI.—Del trabajo empleado por los diablos para trastornar en el Cielo el orden público; de la torpeza de la policía, y de cómo San Miguel va á los alcances de los conspiradores.	169
CAP. XVII.—Del nuevo personaje que entró en escena; de otros telegramas cruzados entre la Tierra y el Cielo; de las <i>Memorias de un Angel de la Guarda</i> , y de la curiosidad impaciente de Celestino por conocer dichas <i>Memorias</i> .	183
CAP. XVIII.—Donde se da cuenta de la emigración de Luzbel y algunos de sus súbditos, y se refieren los abusos que los condenados y los demonios hicieron de	

la libertad recién conquistada; el arrepentimiento de muchos de los que habían entrado de buena fe en la revolución, y el de todos los que no habían podido sacar provecho de ella.	197
CAP. XIX.—De la alarma que produjo entre los bienaventurados aquella situación anómala, y de cómo en el Cielo, igual que en la Tierra, á veces pagan justos por pecadores.	211
CAP. XX.—Del atrevimiento con que obraron los emisarios de Luzbel, cuando se vieron perdidos, y las consecuencias de su audacia.	226
CAP. XXI.—Del resultado que tuvo la causa de este santo; del nuevo chasco sufrido por la policía, y de cómo se resolvió que los diablos fuesen juzgados por un Consejo de Guerra.	239
CAP. XXII.—En que el Angel de la Guarda lee una sola página de sus <i>Memorias</i> , y demuestra que por el hilo se puede sacar el ovillo.	248
CAP. XXIII.—Donde llega á su <i>máximum</i> la revolución infernal, y se impone un castigo que nadie espera á los dos diablos sometidos al Consejo.	260
CAP. XXIV.—De cómo al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir.	272

CAP. XXV.—De cómo los diablos llegaron á la Tierra y fueron revestidos de carne humana.	278
CAP. XXVI.—Donde el Apóstol celebra una <i>interview</i> con los periodistas y se cumple la primera parte de la pena impuesta á los diablos por el Consejo de Guerra.	286
CAP. XXVII.—De cómo se prepara el casamiento de los diablos y de las dificultades que para ello se presentan.	296
CAP. XXVIII.—Donde se ve la grande utilidad de las Agencias matrimoniales.	302
CAP. XXIX.—De cómo los dos matrimonios en que intervinieron los diablos se parecen mucho á aquellos otros en que para nada intervienen los malos espíritus.	310
CAP. XXX.—Donde se prueba lo que sería el hombre perfeccionado por él mismo.	318
CAP. XXXI.—De los efectos que produjo la perfección en los seres modificados.	328
CAP. XXXII.—De cómo el Apóstol comienza á hacer sus preparativos para el regreso á la Gloria, y cómo obtuvo el dinero para sus gastos.	334
CAP. XXXIII.—Donde se ve que, si hay mujeres que con sus caprichos condenan, las hay también que con sus virtudes redimen y salvan.	344
CAP. XXXIV.—En que San Pedro recibe las últimas noticias sobre los encargos	

que algunos santos y santas le habían hecho á su salida para la Tierra. . . .	353
CAP. XXXV.—De cómo San Pedro, termi- nadas sus ocupaciones en la Tierra, se volvió á los Cielos.	359
CAP. XXXVI.—Del carácter que tuvo la au- diencia de recepción del Apóstol en la Corte Celestial y de lo que la Santísima Trinidad resolvió sobre la futura suerte de los hombres.	366

Notas

(a)

Microbios del aire.—Según el Dr. Miguel, jefe del servicio micrográfico del Observatorio meteorológico de París, contiene la atmósfera:

En el Oceano Atlántico, 0,6 bacterias por metro cúbico.—t. m.

En las montañas elevadas, 1.

En la cámara de un barco, 66.

En la cúspide del Panteón, París, 200.

En el parque de Montsouris, id., 480.

En la ciudad de Berna, 580.

En la calle de Rívoli, París, 3,480.

NOTAS.

En las casas nuevas de id., 4,500.

En las alcantarillas, id., 6,000,

En el laboratorio de Motsouris, 7,420.

En las casas viejas de París, 36,000.

En el nuevo Hotel-Dien, París, 40,000.

En el Hospital de la Pieté, id, 79,000.

(*Revista de Medicina dosimétrica*, página 155)

(b)

Microorganismos que nadan en los líquidos.—Entre los que han recibido nombre, se hallan: mónadas, micrococcus, vibriones, kólpodos, tardígrados, rotíferos, vorticelas, estentores y otras infinitas especies que quizás nunca conocerá el hombre. Viven en perpétua guerra y se devoran unos á otros.

Las aguas de los ríos más puros contienen, por término medio, 60 microbios por centímetro cúbico.

Las de los otros menos limpios, pero también potables, 1,200 como mínimum, ó sea 1.200,000 por litro.



NOTAS.

Las del Sena, abajo de París, 180,000 por litro.

(*Aristides Rey: Travailleus et malfaiteurs microscopiques.*—Pag. 191 y siguientes.)

¿Cuántos contendrán, abajo de Madrid, las aguas del Manzanares?

EL AUTOR.

1919

Received of the Treasurer of the
Board of Directors of the
City of New York
the sum of \$100.00
for the year ending
December 31, 1919
in full payment of the
dues for the year ending
December 31, 1919
of the City of New York
for the year ending
December 31, 1919

Fe de erratas.

Página.	Línea.	DONDE DICE	LEÁSE
12	7	banastas	banasta
15	25	que iba	que aquel iba
22	19	y nombrar	nombraré
22	20	en lugar	en tu lugar
23	3	estuviere	estuvieres
24	3	<i>per omnia</i>	<i>per omnia</i>
25	4	están	estén
27	11	tasa	taza
31	22	dios	medios
32	17	están	está
34	7	soñaba	señala
34	17	después de sino, se consideran en conjunto; aquí se llaman coros, legiones y otras cosas parecidas, que significan lo mismo ó que no	
34	18	llaves, añádase: continuó	
34	27	todos lo	todos los
36	9	conoce	conocen
37	7	conocidas. añádase este signo :	
37	23	exclusivo, añádase y	
44	8	joven J.	joven F.
48	27	Después de ella, añádase: rivalizaba en blancura con la barba y con los escasos cabellos que	

Página.	Línea.	DONDE DICE	LÉASE
50	23	<i>mean</i>	<i>mean</i>
52	4	la ven	le ven
52	21	ejercer	ejercerse
53	9	será	serán
65	27	cuerpo	cuero
112	15	saliéndoseles	saliéndosele
130	23	Dejo	Deja
149	18	les daba	les daban
150	14	de que	de quien
153	16	ALFAXAD	ARFAXAD
155	3	<i>resolución</i>	<i>revolución</i>
178	3	averiguar	averiguad
216	9	una escuadra	un piquete
231	7	que lo	que los
234	20	masa	masas
290	9	diez mil	diez
295	20 21	completo	completos
308	23	el carácter	en el carácter
302	23	ninguno	uno
225	20	longevidad	longevidad
331	4	seres	en seres
332	3	externas	extrañas
345	18	dominar	aguantar
350	10	revelaba	rebelaba



Obras dramáticas del mismo Autor

REPRESENTADAS EN LOS TEATROS DE MADRID

La elección de un diputado, comedia	1	acto, verso.
Diego Corrientes (primitivo), drama	3	v.
Idem, zarzuela,	3	v.
Idem refundido (el tercero nuevo) .	5	v.
Hombre tiple y mujer tenor, com. ^a	3	v.
Empeños de honra y amor, drama. .	3	v.
El zapatero de Jerez, drama. . . .	3	v.
Una mujer literata, comedia. . . .	3	v.
La roca encantada, melodrama. . .	4	p. y v.
Un club revolucionario, comedia. .	1	p.
Un infierno ó la casa de huéspedes, comedia.. . . .	3	p.
Aventura de un cantante, zarzuela. .	1	v.
La flor de la serranía, zarzuela. . .	1	v.
Un auto de prisión, zarzuela. . . .	1	v.
Un jaleo en Triana, zarzuela.. . .	1	v.
Remedio para una quiebra, comedia.	1	v.
El tío Zaratán, parodia.	1	v.
La mujer de dos maridos, comedia..	1	p.
Un día de prueba, drama.	3	v.
Un verso de Virgilio, comedia. . .	3	p.
El hijo de la Caridad, comedia. . .	3	v.
Vanidad y pobreza, drama.	3	v.
Los españoles en Méjico, drama.. .	3	v.
Un recluta en Tetuán, comedia. . .	1	v.
1864 y 1865, revista.	1	v.
La dote de Patricia, fábula lírico- dramática.	1	v.
Revista de un muerto, juicio del año 1865.	1	v.
Por amor al arte, ó la escuela de de- clamación.	1	p.

Enfermedades secretas, comedia po- lítica.	1	acto, verso.
La estrella de Belén, drama relig. ^o	3	v.
1866 y 1867, revista.	1	v.
D. Carnaval y D. ^a Cuaresma, zarz. ^a	1	v.
Los farsantes, sátira.	1	v.
Las aleluyas vivientes, revista prohi- bida.	1	v.
Consolar al triste, comedia.	3	v.
El castillo del fantasma, melodrama.	6	p.
¿Quién será el rey? ó los pretendien- tes, revista.	1	v.
Maese Gorgorito, zarzuela.	2	v.
Pecar sin malicia, juguete cómico.	1	p.
La moza del cura (por Un Presbítero)	1	p.
Libertad de cultos, entremés cómico- lírico impolítico.	1	p.
Del Infierno á Madrid, viaje de ida y vuelta, zarzuela.	1	p. y v.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

- Romancero español contemporáneo, en colaboración
con nuestros primeros escritores.*—Un tomo.
- La tapada, novela tradicional (agotada).*—Un tomo.
- Fábulas políticas, (agotada).*—Un tomo.
- Elementos de agricultura, poemita didáctico.*—Un
tomo.
- Poemas y leyendas (Biblioteca universal).*—Dos to-
mos.
- Del Cielo á la Tierra (Viaje de San Pedro), novela
fantástica.*—Un tomo.

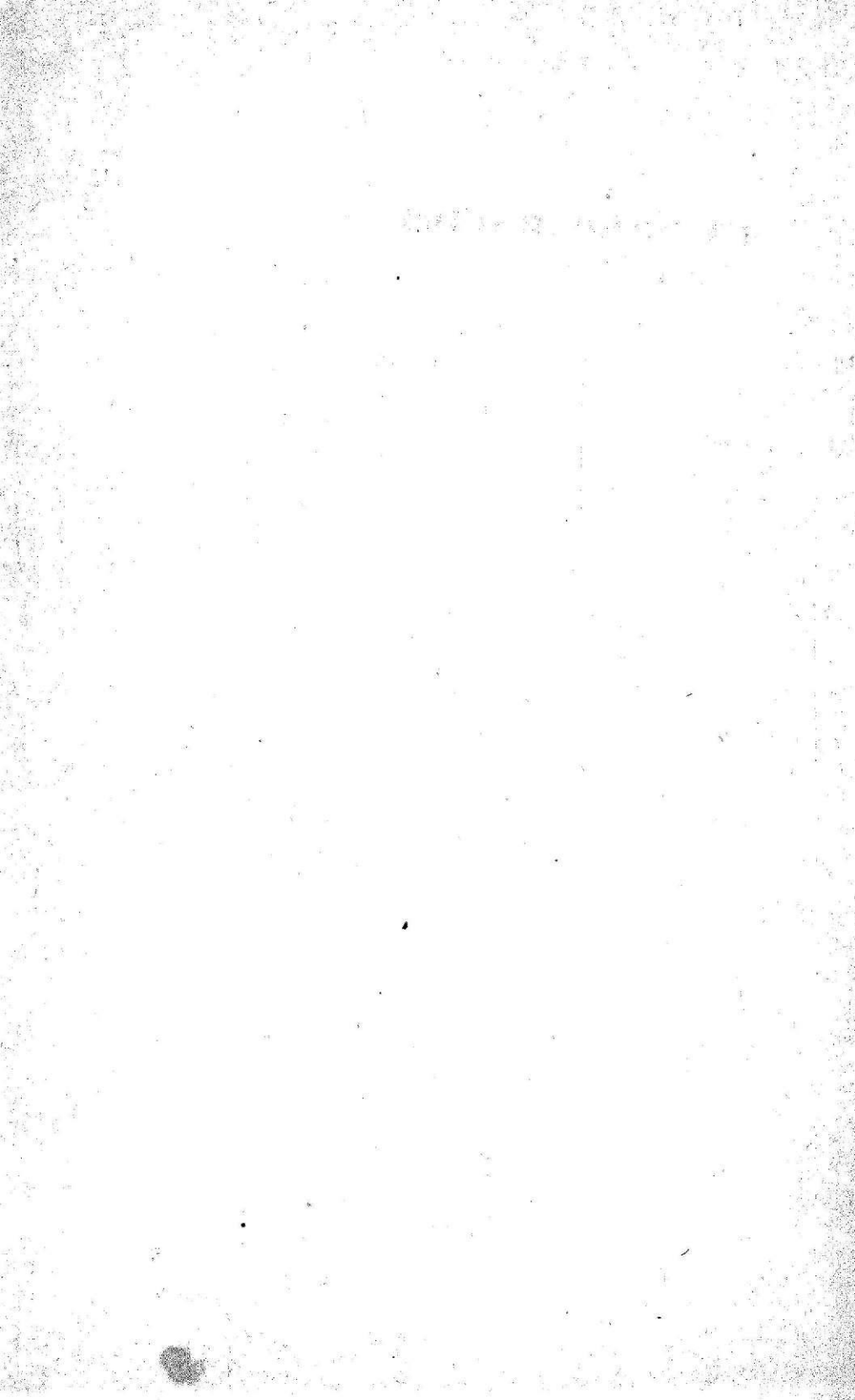
EN PREPARACIÓN

La política de aldea (novela).—Un tomo.

Tinieblas y penumbras (poesías líricas).—Un tomo.

Cuentos de varios colores.—Un tomo.

Colombia pintoresca (Diario de un viajero).—Tipos, costumbres, monumentos geológicos y arqueológicos, poblaciones civilizadas, tribus salvajes, productos del suelo, minas, industrias, etc., etc.
—(Obra ilustrada con 400 láminas).—Trece tomos.







PRECIO DEL TOMO

1'50 pta. en toda España

PEDIDOS

Al autor, Alcalá de Guadaira

A las librerías de los señores

D. Victoriano Hernández

D. Fernando Fe y

D. Leocadio López

MADRID

A la imprenta de EL BALUARTE

SEVILLA